Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

John stott



El autor, de reconocida trayectoria como uno de los más destacados expositores bíblicos del siglo 20, comparte aquí sus convicciones relativas a la tarea del predicador evangélico. Para ello recurre al estudio de cinco palabras del léxico del nuevo testamento relacionadas con el tema (administrador, heraldo, testigo, padre y siervo) y define el mensaje y la autoridad, la proclamación y la invitación, la experiencia y la humildad, el amor y la ternura, el poder y la motivación del predicador. No trata cuestiones tales como las técnicas, los métodos o los problemas de la comunicación, pero se refiere a puntos aún más básicos que deben estar en el centro mismo de la preocupación de toda persona llamada al ministerio de la palabra. Es de esperar que esta obra despierte en muchos predicadores y maestros un ardiente deseo de conformar su ministerio al modelo perfecto que pios nos ha dado en su palabra.

JOHN STOTT desarrolla un ministerio de alcance mundial como expositor bíblico, evangelista y autor de numerosos libros. Ha visitado américa Latina en varias oportunidades. Muchas de sus obras, entre las cuales se cuentan La fe cristiana frente a los desafíos contemporáneos y El cristiano contemporáneo (publicadas por NUEVA CREACIÓN), han sido traducidas al castellano.

portada: stephanie настіпдя







# Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

por John Stott

NUEVA CREACION
William B. Eerdmans Publishing Company
Buenos Aires - Grand Rapids

#### ©1996 Nueva Creación filial de Wm. B. Eerdmans Publishing Co. 255 Jefferson Ave. S. E., Grand Rapids, Michigan 49503, EE. UU.

Nueva Creación, José Mármol 1734 - (1602) Florida Buenos Aires, Argentina

Título original: *The Preacher's Portrait*© 1961 Wm. B. Eerdmans Publishing Co.

Traducción: equipo de la Comunidad Kairós

Reservados todos los derechos All rights reserved

Impreso en los Estados Unidos Printed in the United States of America

ISBN 0-8028-0944-9

ex libris eltropical

#### Indice

Prólogo	5
1. Administrador El mensaje y la autoridad del predicador	7
<b>2. Heraldo</b> La proclamación y la invitación del predicador	27
3. Testigo La experiencia y la humildad del predicador	53
<b>4. Padre</b> El amor y la ternura del predicador	73
5. Siervo El poder y la motivación del predicador	93
Notas	117

#### Prólogo

No voy a tratar directamente en este libro de las «técnicas» de la predicación, de lo que el fallecido Dr. W. E. Sangster, de Westminster Central Hall, ha llamado «El artè del sermón», su construcción e ilustración, ni voy a referirme tampoco a los problemas de su «comunicación». No dudo que hay métodos de predicar que hay que aprender, ni que la comunicación es un tema de vital importancia en nuestros días, cuando el abismo entre la Iglesia y el mundo ha alcanzado ya unas proporciones tan vastas que quedan pocos puentes que puedan mantener a ambos en contacto.

Voy a referirme a puntos aún más básicos. Vamos a echar una ojeada a algunas de las palabras que se emplean en el Nuevo Testamento para describir al predicador y su tarea. Creo que necesitamos alcanzar en nuestros días una visión más clara del ideal que Dios ha revelado sobre el predicador, qué es y cómo debe realizar su obra. Por ello voy a considerar su mensaje y su autoridad, el carácter de la proclamación que está llamado a hacer, la necesidad vital de que él mismo tenga una experiencia del evangelio, la naturaleza de su motivación, la fuente de su poder y las cualidades morales que deberían caracterizarlo, especialmente la humildad, la mansedumbre y el amor. Este es, a mi modo de ver, un retrato del predicador, un retrato pintado por la mano de Dios mismo en el gran lienzo del Nuevo Testamento.

Me siento indeciso al disponerme a escribir sobre este tema. No me presento como un experto: estoy muy lejos de serlo. Solamente he empezado a aprender los rudimentos de la predicación, pero puesto que Dios en su gracia me ha llamado al ministerio de la Palabra, tengo un ardiente deseo de conformar mi ministerio al modelo perfecto que él nos ha dado en la misma Palabra.

J. R. W. S.

Las citas bíblicas pertenecen mayormente a la versión Reina-Valera, revisada en 1960. En caso contrario, se indica la versión con las siguientes abreviaturas:

BJ: Biblia de Jerusalén 1967 / CI: Cantera-Iglesias 1975

NBE: Nueva Biblia Española 1975 🗸

NVI: Nueva Versión Internacional 1995 /

RV: Reina-Valera 1960 VP: Versión Popular 1979

#### 1 Administrador

#### El mensaje y la autoridad del predicador

L a primera pregunta importante que tiene que afrontar el predicador es: «¿Qué voy a decir y de dónde obtendré mi mensaje?». Se han dado diversas respuestas equivocadas a esta pregunta fundamental sobre el origen y el contenido del mensaje del predicador. Vamos a empezar con algunas de carácter negativo.

#### No es un profeta

En primer lugar, el predicador cristiano no es un profeta, es decir, no obtiene el mensaje mediante una revelación directa y original de Dios. Desde luego, hay personas hoy en día que usan la palabra «profeta» erróneamente. No es raro que a alguien que predica con pasión se lo describa como poseedor del fuego profético; y de un predicador que puede discernir las señales de los tiempos, que ve la mano de Dios en los acontecimientos del momento y pretende interpretar el significado de las corrientes sociales y políticas, se dice a veces que es profeta y que tiene el don profético.

Pero sugiero que este uso del término «profeta» es incorrecto.

Entonces, ¿qué es un profeta? El Antiguo Testamento lo consideraba como el portavoz directo de Dios. Cuando Dios eligió a Aarón para que transmitiera las palabras de Moisés a Faraón, explicó el plan a Moisés con estas palabras: «Mira, yo te he constituido dios para Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta.» Y de nuevo: «Tú hablarás a él [Aarón] y

pondrás en su boca las palabras, y yo estaré con tu boca y con la suya, y os enseñaré lo que hayáis de hacer. Y él hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios» (Ex. 7.1-2; 4.10-17). Ello deja bien claro que el profeta era «boca» de Dios, que Dios hablaba por medio de él. De manera parecida, al explicar que levantaría un profeta como Moisés, Dios dijo: «Les suscitaré un profeta de en medio de sus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en boca de él, quien les hablará todo lo que Yo le ordene ... él pronunciará [mis palabras] en mi nombre» (Dt. 18.18-19, CI). El profeta no hablaba ni sus propias palabras ni en su propio nombre, sino las palabras de Dios y en nombre de Dios. Esta convicción de que Dios les había hablado y revelado sus secretos (Am. 3.7-8) explica las conocidas fórmulas proféticas «Vino palabra de Jehová a...», «...Así dice Jehová...», «Oíd la palabra del Señor» y «La boca de Jehová ha hablado».

La característica esencial del profeta no era que predecía el futuro ni que interpretaba el presente, sino que hablaba la Palabra de Dios. Como Pedro dijo: «Porque nunca la profecía [es decir, la verdadera profecía, en oposición a la de los falsos profetas que describe a continuación] fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P. 1.21).

Así pues, el predicador cristiano no es un profeta. No se le da revelación original alguna. Su misión es exponer la revelación que fue dada ya, una vez por todas. Y aunque realmente predica con el poder del Espíritu Santo, no está «inspirado» por el Espíritu en el sentido en que lo estaban los profetas. Es verdad que «si alguno habla» se le enseña a hacerlo «conforme a las palabras de Dios». Sin embargo, esto no es porque él mismo sea, o acabe de recibir, un oráculo divino, sino porque es un administrador o mayordomo (1 P. 4.10) a quien, como veremos más adelante, han sido confiadas las Sagradas Escrituras que son «la palabra de Dios» (Ro. 3.2). La última mención en la Biblia de la expresión «vino palabra de Dios» se refiere a Juan el Bautista (Lc. 3.2), quien realmente era un profetas como Agabo (Hch. 21.10), y la profecía

era considerada como un don espiritual (Ro. 12.6; 1 Co. 12.10, 29; Ef. 4.11); pero este don ya no se otorga a las personas en la Iglesia. Hoy en día, cuando la palabra escrita de Dios está al alcance de todos nosotros, ya no se necesita el mensaje divino en lenguaje profético. La Palabra de Dios ya no viene como en el pasado. Ha venido una vez por todas; ahora debemos ir a ella.

#### No es un apóstol

En segundo lugar, el predicador cristiano no es un apóstol. Naturalmente, la Iglesia sí es «apostólica», por estar edificada sobre el fundamento de la doctrina apostólica y, a la vez, por ser enviada al mundo a predicar el evangelio. Sin embargo, los edificadores de la iglesia misionera no deberían ser llamados propiamente «apóstoles». Es incorrecto hablar de «Hudson Taylor, apóstol de China», o «Judson, apóstol de Birmania», como se podría hablar de «Pablo, apóstol de los gentiles». Un estudio reciente ha venido a confirmar que los apóstoles eran únicos. Karl Heinrich Rengstorf, en su artículo sobre «Apostolado» en el famoso Theologisches Wörterbuch de Gerhard Kittel,1 sostiene que los apóstoles de Jesús equivalían a los shaliachim judíos, quienes fueron mensajeros especiales enviados a la dispersión con plena autoridad para enseñar, de tal manera que decían: «el que es enviado por una persona, es como esa persona misma». Rengstorf escribe: «...mientras que los otros verbos connotan un envío como tal, apostellein lleva consigo las ideas de propósito especial, misión o comisión, autorización y responsabilidad».2 Apostolos, dice, es «siempre la designación de alguien que es enviado como embajador, y sobre todo como embajador autorizado. La palabra griega apostolos únicamente nos da la forma. El contenido y la idea salen a luz por el shaliach del iudaísmo rabínico.»3

Norval Geldenhuys, en su valioso libro Supreme Authority,<sup>4</sup> lleva el artículo de Rengstorf a su conclusión lógica. El apóstol del Nuevo Testamento es «alguien escogido y enviado con una comisión especial como representante plenamente autorizado de quien lo envía».<sup>5</sup> Al llamar «apóstoles» a los doce discípulos escogidos, Jesús indicó que ellos tenían que

Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

Administrador

ser «sus delegados, a quienes El enviaría con la comisión de enseñar y orar en su nombre y con su autoridad».6 Les dio una autoridad especial (p. ej., Lc. 9.1, 2, 10), que más tarde proclamaron tener y ejercieron. Pablo sostenía que también era apóstol, igual que los doce, por elección directa de Jesús resucitado. «La única base del apostolado era una comisión personal», 7 a lo cual debería añadirse un encuentro con Jesús después de la resurrección. La conclusión de Geldenhuys es: «Nunca más puede haber alguien que posea todas estas cualidades para ser un shaliachim de Jesús.»8 Incluso Rengstorf, que dice: «no sabemos cuántos apóstoles hubo en los primeros días, pero deben haber sido bastante numerosos»,9 añade que el apostolado «estaba limitado a la primera generación y no se convirtió en un cargo eclesiástico». Además, «todo apóstol es discípulo, pero no todo discípulo es apóstol». 10 Geldenhuys cita del artículo de Alfred Plummer sobre «Apóstol», del Dictionary of the Apostolic Church de Hastings: «No era posible la transmisión de un cargo tan excepcional.»11

Esta evidencia sugiere un estrecho paralelo entre los profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles del Nuevo, al cual dirige su atención Rengstorf: «La unión de la conciencia del apóstol con la del profeta ... enfatiza de manera absoluta el hecho de que lo que predica es revelación y está preservado de cualquier tipo de corrupción humana ... Igual que el profeta, Pablo es el siervo de su mensaje ... El paralelo entre los apóstoles y los profetas está justificado porque ambos son portadores de la revelación.»<sup>12</sup>

Por tanto, así como la palabra «profeta» debería estar reservada a los hombres del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento a quienes vino la Palabra de Dios de manera directa, se haya conservado o no su mensaje, de igual modo la designación «apóstol» debe estar reservada a los doce y a Pablo, a quienes Jesús comisionó especialmente e invistió con autoridad como sus *shaliachim*.

#### No es un falso profeta o apóstol

En tercer lugar, el predicador cristiano no es (o no debería ser) un falso profeta ni un falso apóstol.¹³ Leemos acerca de ambos en las Escrituras, y la diferencia entre el auténtico y el espurio se describe de manera muy clara en Jeremías 23. El profeta verdadero «estuvo en el secreto de Jehová, y vio, y oyó su palabra ... Estuvo atento a su palabra, y la oyó» (Jer. 23.18, 22). En cambio, los falsos profetas hablaban «visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová» (Jer. 23.16). Profetizaban «el engaño de su corazón (Jer. 23.26). Mentían en el nombre de Dios (Jer. 23.25). En el versículo 28 se contrastan vívidamente: «El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice Jehová.» Los que oían el mensaje de los profetas estaban escuchando, o bien la propia «palabra de cada uno» o «las palabras del Dios viviente» (Jer. 23.36).

Aunque, hablando estrictamente, hoy en día no hay profetas o apóstoles, temo que sí hay falsos profetas y falsos apóstoles. Hablan su palabra en vez de la Palabra de Dios. Su mensaje procede de su propia mente. Son personas a quienes les gusta airear sus opiniones sobre religión, ética, teología o política. Pueden ser lo suficientemente convencionales para presentar el sermón con un texto bíblico, pero este texto tiene poca o ninguna relación con el mensaje que sigue y no hacen ningún esfuerzo para interpretar el texto dentro de su contexto. Se ha dicho con mucha razón que el texto sin el contexto es un pretexto. Muy a menudo, también, estos predicadores, como los falsos profetas del Antiguo Testamento, hablan palabras halagadoras, diciendo «paz, paz» cuando no hay paz (Jer. 6.14; 8.11; cf. 23.17), y no mencionan los aspectos menos halagüeños del evangelio para no ofender el gusto popular (cf. Jer. 5.30-31).

#### No es un «palabrero»

En cuarto lugar, el predicador cristiano no es un «charlatán». Esta palabra es la que los filósofos atenienses usaron en el Areópago para describir a Pablo. «¿Qué querrá decir este palabrero?» (Hch. 17.18), preguntaban con sorna. El término griego es spermologos, que significa «recolector de semillas». Se aplicaba en su sentido literal a las aves que se alimentaban de semillas, y especialmente, según Aristófanes y Aristóteles,

a la corneja. Metafóricamente se llegó a aplicar al basurero, o trapero, «uno que se gana la vida recogiendo desperdicios». <sup>14</sup> De aquí se transfirió a la chismografía, «uno que recoge y revende fragmentos de conocimiento». El charlatán comercia con las ideas como un revendedor, recogiendo pedazos y remiendos dondequiera que los encuentre. Sus sermones son una auténtica bolsa de retazos.

Ahora bien, no hay nada malo, evidentemente, en citar en un sermón las palabras o los escritos de otro. Es más, el predicador juicioso tiene un libro o archivo en el que guarda citas famosas o inspiradoras, y siempre que las use de manera sensata y honesta, con el debido reconocimiento, pueden añadir luz, fuerza y peculiaridad al tema. Si se me permite poner en práctica ahora mismo lo que estoy diciendo, voy a citar a alguien, aunque no puedo dar crédito al autor del dicho porque lo desconozco: «Copiar de una persona se llama plagio; copiar de mil, "investigación".»

Sin embargo, citar con cuidado otras fuentes no es necesariamente palabrería. La característica esencial del charlatán es que no tiene opinión propia. Su parecer es el de la última persona con quien ha hablado. Repite las ideas de otros sin examinarlas, sopesarlas o hacerlas suya. Como los falsos profetas a los que Jeremías <u>fustigó</u>, usa únicamente la lengua pero no la mente o el corazón, y es culpable de «robar» el mensaje de otros (Jer. 23.30).

#### Es un administrador o mayordomo

¿Qué es, entonces, el predicador? Es un administrador o mayordomo. «Téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel» (1 Co. 4.1-2). El administrador es el depositario y el dispensador de los bienes de otro. Del mismo modo, el predicador es un administrador de los misterios de Dios, es decir, de la autorrevelación que Dios ha confiado a los hombres y que ahora está preservada en las Escrituras. Por tanto, el mensaje del predicador cristiano no se deriva directamente de la boca de Dios como si el predicador fuera un profeta o un apóstol, ni tiene su origen en su propia mente,

como en el caso de los falsos profetas, ni procede de la mente o la boca de otros, como en el caso del charlatán, sino de la Palabra de Dios revelada una vez y registrada ahora, de la cual el predicador es un privilegiado administrador.

El concepto de administrador de la casa era más conocido en el mundo antiguo que en el moderno. Hoy en día, el pueblo cristiano asocia la palabra «administrador» con campañas para obtener dinero, y en nuestro vocabulario cotidiano un administrador atañe únicamente a empresas de comercio o industria, o a instituciones residenciales como asilos, hospitales, etc. Pero en los tiempos bíblicos todo buen padre de familia tenía un administrador o mayordomo para dirigir los asuntos de su casa, su propiedad, su granja o viña, sus cuentas y sus esclavos. Encontramos al administrador varias veces en el Antiguo Testamento.15 No se emplea ni una sola palabra hebrea para identificarlo, pero se puede conocer su ocupación mediante varias palabras. Se encuentra particularmente en las familias nobles y las cortes reales de Judá, Egipto y Babilonia. Así, José tenía un administrador en Egipto. Este «mayordomo de su casa» estaba encargado de atender a los huéspedes de José. Procuraba que tuvieran agua para los pies y forraje para los asnos. Era el responsable de matar a los animales para comer y de preparar las comidas. Parece también que tenía que proveer de alimentos a los que vinieran a comprarlos y le pagaran con dinero. Tenía esclavos bajo su autoridad (Gn. 43.16-25; 44.1-13). De manera parecida, los reyes de Judá tenían un administrador encargado de la casa real. 16 Durante el reinado de Ezequías el administrador se llamaba Sebna (Is. 22.15). Parece que era un hombre ambicioso y que se había enriquecido con espléndidos carros, a expensas, quizás, de la cuenta de la casa. Pero Dios dice a Sebna que tiene que ser destituido y que pondrá en su lugar a Eliaquim, hijo de Hilcías; «Y lo vestiré de tus vestiduras, y lo ceñiré de tu talabarte, y entregaré en sus manos tu potestad; y será padre al morador de Jerusalén, y a la casa de Judá. Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro...» (Is. 22.21-22). Se deduce de ello que el administrador era un hombre con autoridad dentro de la casa, que ejercía una supervisión paternal sobre sus miembros y que el símbolo

de su cargo era una llave, <u>sugerid</u>ora, indudablemente, de los almacenes donde se guardaban todos los bienes.<sup>17</sup>

En la corte del rey Nabucodonosor en Babilonia, el jefe de los eunucos puso a Daniel y sus tres compañeros al cuidado de alguien llamado «Melsar». Probablemente esta palabra, más que un nombre propio, indica un cargo, como «superintendente», por lo que la VP lo denomina «mayordomo». Su tarea era entrenar a los hombres para el servicio de palacio, proporcionándoles raciones diarias según su discreción, fuesen éstas los ricos alimentos y vinos de la corte o los sencillos vegetales solicitados por Daniel (Dn. 1.16-18).

En el Nuevo Testamento encontramos ejemplos paralelos a estos del Antiguo Testamento. Herodes Antipas tenía un administrador en la corte, un hombre llamado Chuza, cuya esposa, Juana, era discípula de Jesús y le servía «de sus bienes» (Lc. 8.3). Además, el escenario de varias parábolas de nuestro Señor está situado en casas grandes, en las que el administrador ocupa una posición de responsabilidad. En la parábola de los obreros de la viña, el dueño, el propietario, ordenó al administrador que pagara sus salarios a los obreros (Mt. 20.1-8), mientras que al mayordomo infiel lo empleó «un hombre rico», cuyos bienes estaba acusado de despilfarrar. Era, evidentemente, una persona muy responsable que ordenaba las provisiones y administraba los gastos, ya que pudo falsificar las cuentas reduciendo las obligaciones de los deudores de su señor y, al parecer, evitar el descubrimiento del proceso (Lc. 16.1-9).

Estamos ahora en condiciones de reconstruir la situación de una casa rica en los tiempos bíblicos. Podemos hacerlo considerando el grupo de palabras análogas al verbo oikeō, habitar. Hay cinco importantes. Primera: oikia u oikos, la casa misma, la casa como vivienda. En segundo lugar, oikeioi, la familia, la casa como conjunto de personas. El único uso secular de esta palabra en el Nuevo Testamento lo encontramos en 1 Timoteo 5.8, donde el apóstol dice que si alguien no hace provisión «si alguien no tiene cuidado de los suyos, principalmente de sus familiares (oikeiōn) ... es peor que un infiel» (BJ). En tercer lugar, viene la palabra oikodespotōs, el padre de familia o dueño de la casa, llamado el «señor de la

casa» (p. ej., Mr. 14.14). 20 Gobierna o dirige la casa, y el verbo que indica su trabajo (oikodespoteō) se encuentra en 1 Timoteo  $\bar{5}$ .14. En cuarto lugar, tenemos *oiket ēs*, el siervo de la casa o, como se lo llama en Africa, «el chico de la casa». Doulos era la palabra general que se aplicaba a un esclavo, pero oiket ēs en particular describía al siervo que trabajaba en la casa. El equivalente latino es domesticus, que originalmente incluía a todos los que vivían bajo un mismo techo o en la misma domus, pero luego pasó a significar «siervo» o «criado».21 En quinto lugar, está oikonomos, el administrador o mayordomo, cuyo cargo se llama oikonomía, administración.22 Estas palabras provienen de oikos, casa, y nemō, administrar o dirigir, y de ellas derivan lógicamente nuestros vocablos economía y económico. La definición de oikonomos que da el diccionario de Grimm y Thayer merece citarse en su totalidad: «Administrador de una casa o de los asuntos de una casa; especialmente mayordomo, administrador, director, superintendente ... a quien el señor de la casa o propietario ha confiado la administración de sus asuntos, el control de los ingresos y los gastos, y el deber de distribuir la parte correspondiente a todos los siervos e incluso a los hijos que todavía son menores de edad.» Fuese libre o esclavo, ocupaba una posición de responsabilidad entre el dueño y su familia.23 La misma palabra se emplea también en Romanos 16.23 hablando de Erasto, que aparece como «tesorero de la ciudad» de Corinto. En Gálatas 4.2 se dice que un niño está bajo epitropoi y oikonomoi: los primeros son sus tutores legales y maestros, mientras que los últimos cuidan su propiedad durante su minoría de edad.

Estas cinco palabras juntas describen la situación social de una familia acomodada. La oikos (casa) estaba habitada por los oikeioi (familia), formada por hijos y esclavos a la vez. El dueño de la casa era el oikodespot és (padre de familia), quien tenía a sus órdenes varios oiketai (siervos de la casa) y también un oikonomos (administrador o mayordomo) cuya misión era supervisar a los siervos, alimentar a la familia y administrar los asuntos y cuentas de la casa o hacienda.

No es sorprendente que los primeros creyentes viesen en esta estructura social un retrato de la iglesia cristiana.

Llamaban a Dios «Padre» y, puesto que un padre era por lo general padre de familia, era natural pensar en la familia cristiana como «la familia» de Dios. No podemos, sin embargo, aplicar la imagen con detalles. Tampoco el uso en el Nuevo Testamento es totalmente coherente, porque aunque Dios es siempre el padre de familia, la iglesia es la casa en que habita,<sup>24</sup> su familia, que es una «familia de fe»,<sup>25</sup> o sus siervos, quienes son responsables de su trabajo ante él (Ro. 14.4).

Todos los cristianos son también administradores de Dios, a quienes se les han confiado ciertos «bienes», no para su propio provecho, sino para bendición de la familia en general. La parábola de los talentos y la de las minas ilustran la responsabilidad del cristiano de mejorar y usar las oportunidades y dones que Jesucristo le ha dado (Mt. 25.14-30; Lc. 19.11-27). El administrador no debe guardar ni tampoco malgastar los bienes que su Maestro le ha confiado. Tiene que usarlos para la familia. Como cristianos, todos nosotros somos, en memorable frase de Pedro, «administradores de la multiforme [literalmente, "abigarrada" o "multicolor"] gracia de Dios» (1 P. 4.10), y deja claro que «cada uno» tiene que usar sus dones «para los otros». Luego da dos ejemplos, hablar y servir, el último de los cuales tiene un interés especial para nosotros.

El ministerio o servicio cristiano es una administración sagrada. Pablo describe al obispo-presbítero como «administrador de Dios» (Tit. 1.7). El apóstol se consideraba a sí mismo y a Apolos como «administradores de los misterios de Dios» (1 Co. 4.1) y, aunque Pablo era administrador de un misterio especial que le había sido revelado personalmente (Ef. 3.1-3, 7-9), «administrador» no era una designación exclusiva de los apóstoles, puesto que la aplica a sí mismo y la aplica también a Apolos, quien no era un apóstol como él. «Administrador» es un título descriptivo de todos aquellos que tienen el privilegio de predicar la Palabra de Dios, particularmente en el ministerio. Como veremos en el capítulo 5, los corintios mostraban una deferencia exagerada hacia sus dirigentes. Pablo reprende esta clase de adoración. «Así es como se nos debería considerar --dice--, somos

meramente instrumentos subordinados a Cristo y administradores de los bienes de Otro.» Esta es la posición que ocupamos. A los «bienes» que administra el predicador cristiano se los denomina «los misterios de Dios». Mysterion, en el Nuevo Testamento, no es un enigma oscuro e indescifrable, sino una verdad que se ha dado a conocer, que solamente puede hacerse accesible porque Dios la ha manifestado; que hasta aquí ha estado oculta, pero que ahora ha sido revelada y en la que Dios ha iniciado a los hombres. Así que «los misterios de Dios» son sus secretos, la suma total de la revelación que él ha dado de sí mismo y que ahora está contenida en las Escrituras. De estos «misterios» revelados, el predicador cristiano es el administrador, el encargado de darlos a conocer a la familia.

De esta gran metáfora podemos aprender cuatro lecciones importantes que muestran diferentes aspectos de la fidelidad que se exige a los mayordomos o administradores.

#### El incentivo y el mensaje del predicador

La primera verdad concierne al origen del incentivo del predicador. Predicar es un trabajo duro. El predicador se ve llevado con frecuencia al desaliento. Necesita incentivos poderosos que fortalezcan su alma cuando está debilitada y, sin duda, esta metáfora es un lugar apropiado para encontrar uno de estos incentivos. Pablo ciertamente lo encontró. Era un mayordomo de los misterios de Dios, «un depositario de los secretos de Dios» (Phillips). El evangelio era un depósito sagrado que le había sido confiado. Varias veces en sus epístolas escribe en estos términos.27 Este depósito le era una pesada carga. «La comisión me ha sido encomendada», dijo, y la palabra que emplea aquí es de nuevo oikonomia, mayordomía (1 Co. 9.17). Otra vez: «Me es impuesta necesidad; y jay de mí si no anunciare el Evangelio!»; y también «soy deudor» de predicar el evangelio» (1 Co. 9.16; Ro. 1.14). «Se requiere de los administradores --escribió-- que sean hallados dignos.» El administrador ha recibido un depósito; su deber ahora es hacerse digno de este depósito. El padre de familia depende de él. La familia espera de él provisiones. No puede fallar.

Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

En segundo lugar, la metáfora del administrador muestra el contenido del mensaje del predicador. Efectivamente, si en la metáfora hay alguna enseñanza, ésta es que el predicador no provee su propio mensaje, sino que es provisto del mensaje. Si no se espera que el mayordomo alimente a la familia de su propio bolsillo, tampoco el predicador debe proveer su mensaje a expensas de su propio ingenio. Muchas metáforas del Nuevo Testamento señalan esa misma verdad: que la tarea del predicador es proclamar un mensaje que le ha sido dado. El predicador es el sembrador de la semilla y «la semilla es la palabra de Dios» (Lc. 8.11). Es un heraldo a quien se le ha dicho qué buenas noticias tiene que proclamar. Participa en la construcción de un edificio en el que ya están puestos los cimientos y el material (v.g., 1 Co. 3.10-15).28 De manera similar, es el administrador de los bienes que le ha confiado el dueño de la casa.

Este es el segundo aspecto en que se requiere del administrador que sea fiel, especialmente a los bienes mismos. Tiene que preservarlos de cualquier daño y ser diligente al distribuirlos a la familia. El apóstol pone gran énfasis, en su carta a Timoteo, en la responsabilidad de «guardar el depósite». El precioso evangelio había sido encomendado a su cuidado fiel. Era un «buen depósito». Debía vigilarlo de la misma manera que los centinelas montan guardia alrededor de una ciudad o los celadores en una cárcel (1 Ti. 1.11; 6.20; 2 Ti. 1.12-14).29 Si somos buenos administradores, no nos atreveremos a adulterar la Palabra de Dios (2 Co. 4.2), ni a «falsificarla» (2 Co. 2.17). Nuestra misión es «la manifestación de la verdad» (2 Co. 4.2; cf. Hch. 4.29, 31; Fil. 1.14; 2 Ti. 4.2; He. 13.7). Tenemos aquí una buena definición de la predicación. La predicación es una «manifestación», faner ōsis, de la verdad que está contenida en las Escrituras. Por tanto, toda predicación debería ser de algún modo una predicación expositiva. El predicador puede usar ilustraciones sobre política, ética o sociología para iluminar y dar fuerza a los principios bíblicos que pretende explicar, pero el púlpito no es lugar para comentarios puramente políticos, exhortaciones éticas o debates sociales. Tenemos que predicar «la palabra de Dios» y nada más (Col. 1.25).

Además, somos llamados a predicar toda la palabra de Dios. Esa fue la ambición del apóstol Pablo, quien reconoció que su «administración divina» era dar a conocer la Palabra de Dios de manera completa, es decir, predicarla entera y completamente. Sí, él podía exclamar en presencia de los ancianos de Efeso: «No ĥe rehuido anunciaros todo el consejo de Dios» (Hch. 20.27). ¡Qué pocos predicadores podrían tener la misma pretensión! La mayoría de nosotros cabalgamos mortalmente sobre unos pocos caballos favoritos. Seleccionamos de las Escrituras las doctrinas que nos agradan y pasamos por alto las que nos disgustan o encontramos difíciles. De esta manera somos culpables de negar a la familia algunas de las provisiones que el Dueño de casa ha preparado para ellos en su sabia generosidad. Algunos no solamente quitan algo de la Escritura, sino que añaden algo, mientras · que otros se atreven incluso a contradecir lo que está escrito en la Palabra de Dios.

Permítanme usar una ilustración doméstica. El desayuno favorito de los ingleses incluye básicamente huevos y tocino ahumado. Supongamos que un padre de familia ha provisto a su administrador de huevos y tocino ahumado, dándole instrucciones para que los distribuya a la familia en el desayuno durante los cuatro días siguientes. El lunes por la mañana el mayordomo echa el tocino y los huevos a la basura y en su lugar les da pescado; esto es contradecir y por ello su señor se enfada. El martes les da solamente huevos, sin tocino; esto es sustraer y su señor se enoja de nuevo. El miércoles les da huevos, tocino y salchichas; esto es añadir, y el amo continúa airado. Pero, al final, el jueves por la mañana les da huevos y tocino, nada más y nada menos, y finalmente ¡su señor está satisfecho con él! La familia de Dios necesita con urgencia administradores fieles que le provean sistemáticamente la Palabra de Dios completa, no sólo el Nuevo Testamento, sino también el Antiguo Testamento; no sólo los textos más conocidos, sino también los menos familiares; no únicamente pasajes que apoyen los prejuicios particulares del predicador, sino los que no los apoyen. En nuestros días necesitamos más hombres de la talla de Charles Simeon de Cambridge, quien en el prólogo a Horae Homileticae

escribió: «El autor no es amigo de sistematizaciones en la teología; ha procurado formar sus opiniones sobre religión sólo a expensas de las Escrituras y es su deseo adherirse a ellas con escrupulosa fidelidad; nunca tergiversar alguna parte de la Palabra de Dios para apoyar una opinión particular, sino dar a cada una de sus partes el sentido que en su juicio el gran Autor se ha propuesto comunicar.» Por consiguiente, «estaba libre de todos los estorbos de los sistemas humanos», pudo «pronunciar la palabra bendita de Dios de forma completa, ore rotundo sin atenuar nada, sin temer nada», 30 y no pensó en ningún sistema particular en el que apoyarse. Unicamente una exposición tan fiel de la Palabra de Dios nos librará a nosotros y a nuestras congregaciones de los pequeños antojos y caprichos (sean nuestros o suyos) y de una extravagancia y un fanatismo más serios. Sólo así les enseñaremos a discernir entre lo que se ha revelado de una manera clara y lo que no, no temiendo ser dogmáticos respecto a lo primero, pero estando satisfechos de permanecer agnósticos respecto a lo segundo (ver Dt. 29.29).

Además, la iglesia necesita laicos instruidos que no sean como «niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina» (Ef. 4.14), sino que crezcan en el conocimiento de Dios y de su Palabra y que puedan resistir así la sutil intromisión de las sectas modernas. Nada puede producir este feliz estado de cosas excepto la predicación coherente, sistemática y didáctica de toda la Palabra de Dios.

Una enseñanza tan concienzuda no es posible sin una preparación cuidadosa de varios meses de antelación. Necesitamos examinar el alcance de nuestros sermones para ver si hay aspectos de la verdad que no hemos mencionado en absoluto u otros en los que nos hemos detenido en demasía. Una manera de evitar los extremos de pasar por alto o enfatizar demasiado es trabajar sistemáticamente, de principio a fin, los libros de la Biblia, o al menos capítulos enteros, exponiendo todo lo que haya, sin eludir nada. Otra manera es planear series regulares u ocasionales de sermones, tratando de modo equilibrado y comprensivo algunos aspectos de la verdad revelada. Y no seamos cobardes

imaginando que el laico no podrá soportar estas cosas. Recuerden las sabias palabras de Richard Baxter al pueblo de Kidderminster: «Si desearan conocer a Dios y las cosas celestiales tanto como el modo en que trabajan en su oficio, se habrían aplicado a ello antes y no habrían escatimado esfuerzos hasta alcanzarlo. Siete años les parecen poco para aprender el oficio y no quieren dedicar un día de cada siete al aprendizaje diligente de lo que concierne a la salvación de ustedes.»

Sin embargo, al recomendar que el predicador debería pretender exponer toda la Palabra de Dios, no quiero dar a entender que debería ser torpe o carente de imaginación. Pablo, quien dijo que no había rehuido «anunciaros todo el consejo de Dios», afirmó también, en el mismo discurso, que «nada que fuese útil he rehuido anunciaros» (Hch. 20.20, 27). Desde luego, «toda la Escritura es ... útil» (2 Ti. 3.16), pero no toda es igualmente útil para todos al mismo tiempo. El administrador inteligente varía la dieta que ha de dar a la familia. Averigua sus necesidades y se vale de su discreción para proveerles de comida adecuada. El administrador no tiene parte al decidir qué va a entrar en la despensa; quien la llena es el padre de familia. Pero su responsabilidad es decidir qué va a salir, cuándo y en qué medida. Tenemos aquí otro aspecto de la fidelidad del administrador, esta vez no respecto al dueño o a sus bienes sino respecto a la familia. Como dijo Jesús: «¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa para que a tiempo les dé su ración?» (Lc. 12.42). El buen criterio y la fidelidad del administrador se pondrán de manifiesto en el equilibrio y la idoneidad de la dieta que dé a los de su casa. Debe alimentar a la familia de las provisiones que le han sido confiadas, pero ya que ha de persuadirlos a comer lo que él les sirve, se afana en hacerlo sabroso. Se vale de su imaginación para que la comida sea apetitosa. Incluso les insta a comer como una madre hace con sus hijos. Así que un buen administrador ha de conocer las necesidades y predilecciones de la familia tanto como el contenido de su despensa.

Todo esto es de gran importancia. No es suficiente que el predicador conozca la Palabra de Dios: debe conocer a los

que lo escuchan. No debe, desde luego, falsificar la Palabra de Dios para hacerla más llamativa. No puede diluir el fuerte medicamento de la Escritura para que sea más dulce a los que lo prueban. Pero puede intentar presentarlo como si se lo recomendara. Además, lo hará de manera sencilla. Esto es seguramente lo que Pablo quería decir cuando recomendó a Timoteo que fuera un «obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad» (2 Ti. 2.15). El verbo orthotomounta significa literalmente «cortar recto». Se empleaba para referirse a la tarea de hacer caminos y se encuentra, por ejemplo, en la Versión de los Setenta en Proverbios 3.6: «El enderezará tus sendas» (BJ). Nuestra exposición de las Escrituras tiene que ser tan simple y directa, tan fácilmente inteligible, que se parezca a una carretera recta. Es fácil seguirla. Es como la calzada de los redimidos en Isaías: aun «por torpe que sea, no se extraviará» (Is. 35.8). Este corte recto de la Palabra de Dios no es fácil. Requiere mucho estudio, como veremos más adelante, no sólo de la Biblia, sino también de la naturaleza del hombre y del mundo en que vive. El predicador expositivo es el constructor de un puente destinado a cruzar el precipicio que hay entre la Palabra de Dios y la mente humana. Ha de hacer lo posible por interpretar la Escritura con tanta exactitud y sencillez y aplicarla tan poderosamente que la verdad cruce el puente.

#### La autoridad y la disciplina del predicador

En tercer lugar, la metáfora del administrador nos enseña la naturaleza de la autoridad del predicador. El predicador tiene, en efecto, cierta autoridad. No deberíamos asustarnos o avergonzarnos de ello. La autoridad no es incompatible con la humildad. El profesor James Stewart ha escrito:

Es bastante erróneo suponer que la humildad excluye la convicción. En cierta ocasión G. K. Chesterton escribió unas sabias palabras sobre lo que denominó «la dislocación de la humildad»: «Hoy estamos padeciendo de una humildad traspuesta. La modestia se ha trasladado de la esfera de la ambición para asentarse en la de la convicción, donde nunca debería estar. Un hombre debería dudar de sí mismo y no de la verdad; pero esto se ha invertido. Estamos en vías de producir una raza de hombres demasiado

modestos mentalmente para creer en la tabla de multiplicar.» Siempre hemos de ser humildes, pero jamás debemos mostrarnos inseguros o tratar de excusarnos cuando se trata de presentar el Evangelio.<sup>31</sup>

Pero, ¿dónde descansa la autoridad del predicador? La autoridad de un predicador no es la de un profeta. El predicador cristiano no puede decir con propiedad «así dice el Señor», como los profetas cuando presentaban un mensaje directo de Dios. Tampoco se atreve a decir «de cierto, de cierto os digo», como hacía el Hijo de Dios hablando con la autoridad absoluta de su Padre, y como harían algunos falsos profetas dogmáticos atreviéndose a presentarse en su propio nombre. Tampoco deberíamos convertirnos en «charlatanes» modernos y hablar «de acuerdo con los mejores eruditos de la actualidad», citando alguna autoridad humana, por valiosas que sean las citas adecuadas cuando las ponemos en su lugar debido. Por el contrario, nuestra fórmula, si es que usamos alguna, debería ser la bien conocida frase del Dr. Billy Graham, a menudo repetida y bastante adecuada: «la Biblia dice».

Esta es la autoridad real. Cierto, es una autoridad indirecta. No es directa como la de los profetas, ni como la de los apóstoles, quienes daban órdenes y esperaban obediencia (cf. Pablo en 2 Ts. 3.14), pero no deja de ser la autoridad de Dios. También es cierto que el predicador que declara la Palabra con autoridad está bajo esa Palabra y debe someterse a ella. Aunque distinto de la congregación, es uno de ellos. Aunque tiene el derecho de hablarles utilizando un estilo directo --«yo/ustedes»--, con frecuencia prefiere emplear la primera persona del plural --«nosotros»-- porque es consciente de que la palabra que predica es tan aplicable a sí mismo como a cualquier otro. No obstante, puede hablar con la autoridad de Dios.

Sí, estoy convencido de que cuanto más un predicador haya «temblado» ante la Palabra de Dios (v.g., Esd. 9.4; 10.3; Is. 66.2, 5) y sentido su autoridad sobre su conciencia y en su vida, más preparado estará para predicarla con autoridad a otros. La metáfora del mayordomo no contiene toda la verdad

acerca del predicador y su autoridad. No debemos pensar en el predicador como en un administrador oficioso, ni como un escriba judío, que da interpretaciones monótonas y escolásticas de puntos discutidos. La verdadera predicación nunca es algo anticuado, aburrido o académico, sino algo nuevo y punzante con la autoridad viva de Dios. Pero la Escritura sólo llega viva a los oyentes si previamente ha llegado viva al predicador. Únicamente si Dios le ha hablado a él por la Palabra que predica, la congregación oirá la voz de Dios por medio de sus labios.

Aquí está, pues, la autoridad del predicador. Depende del grado de su identificación con el texto que maneja, es decir, de la exactitud con que lo ha entendido y de la fuerza con que el texto ha hablado a su propia alma. En el sermón ideal habla la Palabra misma o, más bien, Dios en su Palabra y por ella. Cuanto menos el predicador interfiera entre la Palabra y sus oyentes, mejor. Lo que de verdad alimenta a la familia es la comida que el Dueño de casa provee, no el mayordomo que la dispensa. El predicador cristiano está mucho más satisfecho cuando la luz que brilla en la Escritura eclipsa su persona y cuando la voz de Dios apaga su propia voz.

En cuarto lugar, la metáfora del mayordomo nos enseña una lección práctica sobre la necesidad de disciplina en el predicador. El mayordomo fiel llegará a conocer muy bien todo lo que hay en su despensa. La despensa de la Biblia es tan grande que ni siquiera toda una vida de arduo estudio descubriría por completo sus riquezas o su variedad.

La predicación expositiva es una disciplina muy exigente. Quizás por ello es tan poco frecuente. Sólo la realizarán los que estén preparados para seguir el ejemplo de los apóstoles y decir: «No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas ... Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra» (Hch. 6.2, 4). La predicación sistemática de la Palabra es imposible sin un estudio sistemático de la Palabra. No es suficiente examinar superficialmente algunos versículos durante nuestra lectura diaria, ni estudiar un pasaje sólo cuando tenemos que hablar sobre él. No; hemos de sumergirnos diariamente en las Escrituras. No debemos estudiar solamente las minucias

lingüísticas de unos pocos versículos, como a través de un microscopio, sino que hemos de sacar nuestro telescopio y escudriñar los anchos espacios de la Palabra de Dios, asimilando el gran mensaje de su soberanía divina en la redención de la humanidad. «Es una bendición --escribió C. H. Spurgeon-- alimentarse del alma misma de la Biblia hasta llegar a hablar el lenguaje de las Escrituras, y hasta que el espíritu esté sazonado con las palabras del Señor, a fin de que nuestra sangre sea *biblineal* y la esencia misma de la Biblia brote de nuestro interior.»<sup>32</sup>

Aparte de esta disciplina diaria y tenaz en el estudio de la Biblia, cada uno de nosotros en particular necesitaremos aplicarnos al versículo o pasaje que hayamos elegido para exponer desde el púlpito. Ŷ vamos a necesitar energía mental para esquivar los atajos. Tenemos que dedicar tiempo a estudiar el texto de manera concienzuda, meditando en él, luchando, inquietándonos por él como un perro con su hueso, hasta que veamos claro su significado; y algunas veces este proceso irá acompañado de penas y lágrimas. Echaremos mano también en este trabajo de todos los recursos de nuestra biblioteca: el diccionario y la concordancia, las traducciones modernas y los comentarios. Pero, por encima de todo, hemos de orar sobre el texto, puesto que el Espíritu Santo, que es el autor final del libro, es, por tanto, su mejor intérprete. «Considera lo que digo --escribió Pablo a Timoteo--, y el Señor te dé entendimiento en todo» (2 Ti. 2.7). Nosotros debemos poner la reflexión y la meditación, pero Dios nos da el entendimiento. Aun cuando se entienda el texto, la obra del predicador estará a medias, por cuanto la aclaración del significado debe ir seguida de su aplicación a alguna situación real de la vida actual.

Sólo por medio de este estudio disciplinado, general y particular, el predicador logrará tener la mente llena de los pensamientos de Dios. Sin duda, guardará en archivos o cuadernos de notas los tesoros que Dios ha desenterrado para él. De esta manera nunca temerá que se le agoten las provisiones o que no tenga nada sobre lo cual pueda predicar. Su problema será más bien cómo seleccionar el mensaje entre tanto material disponible.

Así, el administrador experto ve que su despensa está bien provista. No va a cansar nunca a la familia con un menú monótono, ni les causará una indigestión con comida inadecuada. El administrador será más bien como el padre de familia que describió Jesús, «que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas» (Mt. 13.52).

Este es el mayordomo «de los misterios de Dios», fiel en el estudio y la predicación de la Palabra, y fiel al dejar que los oyentes sientan la autoridad de Dios en ella y por ella; fiel al Dueño de casa que le ha encargado esta tarea; fiel a la familia que espera de él sostén y fiel al depósito que le ha sido confiado. Quiera Dios hacernos a nosotros administradores fieles.

#### 2 Heraldo

### La proclamación y la invitación del predicador

**S** i la única metáfora del Nuevo Testamento sobre la predicación fuera la del administrador, podríamos tener la impresión de que la tarea del predicador es un asunto algo insulso, prosaico y rutinario. Pero el Nuevo Testamento es rico en otras metáforas, y destaca entre ellas la del heraldo encargado de la solemne pero estimulante responsabilidad de proclamar las buenas nuevas de Dios. Los dos no son incompatibles entre sí. Pablo pensaba en sí mismo y en sus compañeros de las dos maneras. Si al principio de 1 Corintios 4 dice que son «administradores de los misterios de Dios», en el capítulo 1 de la misma epístola resume la actividad de los predicadores cristianos en la frase «nosotros predicamos [kēryssomen, proclamamos como heraldos] a Cristo crucificado», y afirma que mediante esta proclamación hecha como heraldos (kērygma) Dios se complace en «salvar a los creyentes» (1 Co. 1.21-23). De manera parecida, en las epístolas pastorales, en las que insta a Timoteo como administrador a «guardar el buen depósito» y al mismo tiempo a confiarlo «a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros» (2 Ti. 2.2), repite dos veces que ha sido «constituido predicador [kāryx, heraldo]» del evangelio (1 Ti. 2.7; 2 Ti. 1.11).

Sin embargo, aunque los cargos de administrador y heraldo no son de ninguna manera incompatibles entre sí, son diferentes y puede ser oportuno que empiece nombrando las cuatro maneras principales en que deben distinguirse.

En primer lugar, mientras que la tarea del administrador es alimentar a la familia de Dios, el heraldo tiene unas buenas nuevas que proclamar a todo el mundo. Esta clase de predicación del Nuevo Testamento --dice un estudioso-- no es un discurso formal y teórico, «dirigido a un reducido grupo de creventes convencidos, dentro del recinto de la iglesia», sino, más bien, «una proclamación hecha por un heraldo, por el pregonero de la ciudad, a plena luz del día, al toque de trompeta, de la máxima actualidad, dirigida a todos porque viene del rey mismo». 1 Varios verbos griegos describen esta actividad pública, sobre todo (an/ap/di/kat) angellein, «declarar, anunciar» (cf., Lc. 9.60; 1 Jn. 1.1-5), euangelizesthai, que no es tanto nuestro «evangelizar» --el cual es transitivo y supone un complemento-- sino simplemente «anunciar buenas nuevas», y kēryssein, «proclamar como heraldo». «La idea fundamental de estas palabras --escribe Alan Richardson-- es anunciar noticias a personas que no las habían oído antes.»<sup>2</sup>

En segundo lugar, esta acción de proclamar como heraldos a extraños difiere de la función del administrador cristiano por ser, más que una exposición de palabras, la proclamación de un hecho, el anuncio de la intervención sobrenatural de Dios que culmina en la muerte y resurrección de su Hijo para la salvación de la humanidad. Como James Stewart ha dicho, «existe la predicación, no para propagar puntos de vista, opiniones o ideales, sino para proclamar los hechos poderosos de Dios». 3 No pretendo decir que las dos funciones sean contradictorias. El predicador cristiano es a la vez administrador y heraldo. En verdad, las buenas nuevas que ha de proclamar están contenidas en la Palabra de la cual él es administrador, porque la Palabra de Dios es esencialmente el relato y la interpretación del gran acto redentor de Dios en Cristo y por Cristo. Las Escrituras dan testimonio de Cristo, el único Salvador de los pecadores. Por tanto, un buen administrador de la Palabra está obligado a ser también un heraldo celoso de las buenas nuevas de la salvación en Cristo.

Somos mayordomos de lo que Dios ha dicho, pero heraldos de lo que Dios ha hecho. Nuestra mayordomía concierne a una revelación, pero la redención consumada es

la buena nueva que proclamamos como heraldos. «El concepto de proclamar como heraldo --ha escrito Robert Mounce-- es la manera característica que tiene todo el Nuevo Testamento de referirse a la proclamación del hecho de Cristo.»<sup>4</sup>

En tercer lugar, en la metáfora del administrador parece que el énfasis está casi totalmente en su actividad y en la necesidad de que sea fiel en la vigilancia y la dispensación de los bienes de su señor, pero en la metáfora del heraldo se espera también actividad por parte de los oyentes. El heraldo no se limita a predicar buenas nuevas, lo escuchen o dejen de hacerlo. No, la proclamación lleva consigo un llamamiento, una exhortación. El heraldo espera una respuesta. El embajador cristiano que ha anunciado la reconciliación que Dios ha alcanzado por medio de Cristo, insta a los hombres a reconciliarse con Dios.

En cuarto lugar, aunque ambos --el administrador y el heraldo-- son intermediarios, el administrador está entre el dueño y la familia, y el heraldo entre el soberano y el pueblo; el heraldo parece poseer en el Nuevo Testamento una autoridad más directa y representar a su Señor más estrechamente. El administrador continúa su trabajo aunque el dueño esté lejos durante largo tiempo; pero cuando el heraldo proclama, se oye la voz del rey. El diccionario de Grimm y Thayer define al kēryx como «heraldo, un mensajero investido de autoridad pública que comunicaba los mensajes oficiales de los reyes, magistrados, príncipes y jefes militares o que daba citaciones públicas o demandas...» Así, los predicadores cristianos son «embajadores en nombre de Cristo», como veremos luego con mayor detalle, «como si Dios rogase por medio de nosotros» (2 Co. 5.20). Un ejemplo notable de esta misma verdad lo encontramos en el capítulo 2 de la epístola a los Efesios, en el que el apóstol describe la reconciliación que Dios ha efectuado entre judíos y gentiles y, a la vez, entre éstos y Dios. Resume lo que Cristo ha hecho mediante su cruz en las palabras «haciendo la paz». Luego añade: «Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca» (Ef. 2.15, 17). Esta predicación de paz por parte de Jesucristo (cf. Hch. 10.36), según el contexto, tuvo lugar después de su muerte. Difícilmente puede referirse a su enseñanza durante los cuarenta días comprendidos entre la resurrección y la ascensión, puesto que en este período parece que se reveló únicamente a sus discípulos. Debe aludir, por tanto, a la obra de los predicadores cristianos. El mismo Cristo que una vez hizo la paz mediante su cruz, ahora predica la paz mediante sus heraldos. En este sentido los pensadores modernos han descrito la predicación como «existencial». Es una actividad de proclamar las buenas nuevas por medio de la cual Dios, en Cristo hace que los hombres y mujeres se enfrenten directamente con él mismo.

Habiendo insinuado brevemente las principales diferencias que existen entre los conceptos de administrar y de proclamar, estamos en condiciones ahora de examinar más a fondo el oficio y el trabajo de un heraldo. En gran parte de este capítulo pondré de manifiesto mi deuda con el profesor Robert Mounce. Su libro *The Essential Nature of New Testament Preaching* [La naturaleza esencial de la predicación del Nuevo Testamento] se publicó en 1960. Como A. M. Hunter dice al principio del prólogo, «este libro trata del kērygma, el evangelio predicado que los primeros heraldos de Cristo proclamaron al gran mundo pagano de su momento, ese evangelio que después de diecinueve siglos continúa siendo la Palabra del más allá para nuestra angustiosa situación humana». <sup>5</sup> Lo he encontrado un libro novedoso, sugestivo y apremianțe.

«En el nuevo mundo de Homero --escribe Mounce-- el heraldo era un hombre de dignidad y ostentaba una posición notable en la corte real», mientras que «en la era poshomérica ... el heraldo servía al estado más que al rey.» Su tarea, como la del pregonero de nuestros días, era hacer públicos los edictos oficiales. Era necesario que tuviera una voz potente y algunas veces usaba una trompeta. Además, «era esencial que el heraldo fuese un hombre de notable dominio propio. Debía recitar la proclamación tal como la había recibido. Como boca de su señor, no se atrevía a añadir su propia interpretación.» Se encuentran hombres así, y no con poca frecuencia, en el Antiguo Testamento. Faraón hizo que sus

heraldos precedieran la carroza de José y gritasen delante de él: «¡Doblad la rodilla!» (Gn. 41.43). Una deferencia parecida se tributó a Mardoqueo cuando lo condujeron a «caballo por la plaza de la ciudad» (Est. 6.9-11). Un heraldo en la llanura de Dura proclamó el edicto de Nabucodonosor de que todos los hombres debían postrarse y adorar la estatua de oro que había levantado (Dn. 3.1-5). En Judá, como en las tierras extranjeras, los heraldos promulgaban las ordenanzas reales, como, por ejemplo cuando el rey Ezequías envió cartas por todo Israel y Judá, citando a la gente para que viniera a Jerusalén y celebrase la Pascua (2 Cr. 30.1-10).

Juan el Bautista fue uno de estos heraldos. Algunos de los profetas menores habían hecho proclamaciones públicas en el papel de heraldos de Jehová, pero en Juan el Bautista este ministerio fue claro e inequívoco. El evangelista Marcos lo identifica como «mensajero» de Dios enviado a preparar el camino de Dios delante de él (Mal. 3.1; Mr. 1.2). Era el precursor del Mesías que llamaba a la gente al arrepentimiento a fin de que se preparase para la llegada del que había de venir. Y si Juan el Bautista proclamaba el acercamiento del Reino de Dios, Jesús iba proclamando que con su venida ello ya se había cumplido de alguna manera. «Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos y predicando [kēryssōn, proclamando] el evangelio del reino» (Mt. 4.23). También encomendó esta tarea a sus discípulos. Durante su vida en la tierra los envió diciendo: «Predicad [kēryssete] diciendo: El reino de los cielos se ha acercado» (Mt. 10.7), y después de la resurrección les dio su comisión universal de que «se predicase [kērychthenai] en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones» (Lc. 24.47).

#### El kērygma apostólico

Ello nos lleva a los Hechos de los Apóstoles y a toda la cuestión del contenido del *kērygma* apostólico. Es bien sabido que C. H. Dodd, en su libro *La predicación apostólica y sus desarrollos*, ha trazado una rígida distinción entre el *kērygma* y la *didajē*. Al primero lo define como la «proclamación pública del cristianismo al mundo no cristiano», y al segundo

como «instrucción ética», es decir, a los conversos.<sup>8</sup> Aunque esta diferenciación ha tenido amplia aceptación, casi con toda seguridad se ha enfatizado demasiado. Mounce ha señalado acertadamente que los verbos *kēryssein* (proclamar como heraldo) y *didastein* (enseñar) se usan a veces indistintamente en los evangelios; donde un evangelista dice que Jesús «estaba enseñando en las sinagogas», otro dice que «estaba predicando en las sinagogas».<sup>9</sup> Los significados de ambas palabras se superponen también en los Hechos. Por ello, Mounce escribe acerca de un «*kērygma* didáctico» y dice: «Enseñar es explicar con detalle lo que se proclama.»<sup>10</sup> Y de nuevo: «*kērygma* es el cimiento y *didajē* la superestructura; pero ningún edificio puede estar completo si le falta uno de los dos».<sup>11</sup>

Aceptando, entonces, que había bastante didajē en el kērygma apostólico primitivo que enseñaban estos heraldos cristianos de los primeros tiempos, ¿cuál era el contenido de su proclamación? El resumen de Dodd sobre ello es que era «una proclamación de la muerte y resurrección en un marco escatológico del que derivan su significado salvífico estos hechos». 12 Mounce, digno crítico de esto también, afirma que el kērygma apostólico no era «un tipo de sermón estereotipado de seis puntos», 13 sino más bien «una declaración sistemática de la teología de la Iglesia primitiva», 14 sugiere que «en un bosquejo sumamente simplificado», éste consistía en tres partes, que resume de la siguiente manera:

- 1. Una proclamación de la muerte, resurrección y exaltación de Jesús, vistas como el cumplimiento de la profecía e implicando la responsabilidad del hombre.
- 2. La resultante evaluación de Jesús como Señor y Cristo a la vez.
- 3. Un llamamiento a arrepentirse y recibir el perdón de los pecados. 15

Juntando las tres, define el *kērygma* primitivo como «una proclamación de la muerte, resurrección y exaltación de Jesús, que llevó a una evaluación de su persona como Señor y Cristo

a la vez, que confrontó al hombre con la necesidad de arrepentimiento y prometió el perdón de los pecados». 

16 De este modo el kērygma completo incluía «una proclamación histórica, una evaluación teológica y una invitación ética». 

17 Habiendo hecho esta reconstrucción del kērygma a partir de los cinco discursos de Pedro al principio de Hechos, Mounce muestra cómo esto se confirma por lo que llama «un kērygma prepaulino», como puede deducirse de los elementos «semicredales enclavados en las epístolas paulinas», que son «prepaulinas» en el sentido de que pertenecen "al período del crepúsculo" entre la fundación de la Iglesia y la escritura del corpus paulino». 

18

Para el propósito práctico de este capítulo, creo que todavía podemos simplificar más el excelente resumen de Mounce acerca del kērygma apostólico. Fundamentalmente consistía en dos partes que podemos denominar, quizás, «proclamación» y «apelación». La primera comprende a la vez los dos primeros puntos del resumen Mounce. Trata de la obra de Jesucristo y de la consiguiente evaluación de su persona. Es una proclamación de él como Salvador y Señor. Ello es seguramente el mínimo irreductible del Evangelio. Predicar el Evangelio es predicar a Cristo porque Cristo es el Evangelio (p. ej., Hch. 8.5; Fil. 1.15). Pero ¿cómo lo predicaremos? Lo predicaremos como Señor (2 Co. 4.5), el Señor del cielo, exaltado a la diestra del Padre, a quien todos le deben lealtad. Lo predicaremos también como el Salvador crucificado, «el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Ro. 4.25). Estas son las dos partes esenciales de la proclamación de Cristo. Se refieren a su persona divina y a su obra salvadora:

*Kēryssomen Jriston estaur ōmenon* (1 Co. 1.23: «Predicamos ... a Cristo crucificado»)

Kēryssomen ... Jriston ... kyrion (2 Co. 4.5: «Predicamos ... a Cristo como Señor»)

Se ha dicho a menudo que el énfasis de los primeros sermones de los Hechos, y por tanto del *kērygma* primitivo,

recaía sobre la resurrección de Jesús más que sobre su muerte, y que Lucas da una declaración concisa de su mensaje al afirmar que Pablo «anunciaba a Jesús y la resurrección» (Hch. 17.18 BJ). Ello es verdad; no obstante, puede ser engañoso. No predicaban la resurrección aislada sino en relación con la muerte que la precedió y la ascensión que la siguió. Así, la resurrección era «el más central de los tres grandes acontecimientos que formaron el fundamento histórico del kērygma». 19 Sin embargo, no puede ponerse en duda que, aunque el ministerio salvador de Cristo es único, la salvación es principalmente por su muerte. Leemos en 1 Corintios 15.3ss. (versículo que Mounce califica como «indudablemente el fragmento más valioso de la cristiandad prepaulina del Nuevo Testamento», e incluso «el documento existente más antiguo de la Iglesia cristiana»20) que «Cristo murió por nuestros pecados», no que «Cristo resucitó por nuestros pecados». Ciertamente el apóstol continúa con esta declaración primitiva del Evangelio para decir que «resucitó» y que «apareció» a varios testigos escogidos, pero su resurrección no completó en sí misma nuestra salvación, sino más bien dio una evidencia pública de su cumplimiento por la muerte de Cristo, con la que el Padre se complació. Por ello Pablo puede escribir más adelante en el mismo capítulo: «Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también nuestra fe ... si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados» (1 Co. 15.14, 17). Si Jesús no resucitó, los creventes continúan siendo pecadores sin salvar, no porque la resurrección les habría salvado, sino porque se demuestra que sin la resurrección la muerte de Jesús no tiene eficacia salvadora.

Por este motivo, la frase «predicamos a Cristo crucificado» es el corazón del Evangelio. También predicamos a Cristo nacido y viviendo en la tierra (puesto que no habría podido ser nuestro Salvador si no se hubiese encarnado y vivido una vida exenta de pecado). Predicamos igualmente a Cristo resucitado y exaltado (ya que por su resurrección fue públicamente vindicado y por su exaltación pasó a ser nuestro mediador). Pero el énfasis en el kērygma del Nuevo Testamento está en la muerte expiatoria del Salvador por

los pecados del mundo. Bien podemos repetir la afirmación de Pablo: «Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (1 Co. 2.2).

Así pues, la primera parte de nuestro kērygma simplificado es la proclamación de Jesús como Salvador y Señor. La segunda parte es la invitación, la apelación a los hombres y mujeres a que vengan a él en arrepentimiento y fe. La definición de evangelización elaborada originalmente en 1918 por el Comité de Arzobispos para Investigación de la Obra Evangelizadora de la Iglesia y adoptada posteriormente (con ligeras variaciones) por el Departamento de Evangelización del Consejo Mundial de Iglesias no dice «Evangelizar es presentar a Jesucristo», sino «Evangelizar es presentar a Jesucristo de tal manera ... que los hombres lleguen a poner su confianza en Dios por medio de él, lo acepten como su Salvador y le sirvan como su Rey...» En otras palabras, la verdadera evangelización busca una respuesta. Espera resultados. Es predicar para llegar a un veredicto. Proclamar no es lo mismo que dar una conferencia. Una conferencia es algo desapasionado, objetivo, académico. Va dirigida a la mente. No busca ningún resultado, sino simplemente impartir determinada información y quizás hacer que el estudiante investigue luego por su propia cuenta. Pero el heraldo de Dios viene con una proclamación urgente de paz mediante la sangre de la cruz y con un reto a los oventes a arrepentirse, a deponer sus armas y a aceptar humildemente el perdón que se les ofrece.

#### Embajadores de Cristo

Esta distinción entre proclamación e invitación en el trabajo del heraldo en ningún lugar se encuentra más plenamente detallada que en 2 Corintios 5.18-21. Es cierto que las palabras «heraldo» y «proclamar» no aparecen en estos versículos, pero la idea está implícita de manera bastante clara. Aquí Pablo dice: «somos embajadores de Cristo (VP)», y realmente no hay diferencia entre las funciones de un «heraldo» y las de un «embajador». «Te felicito muy sinceramente --escribe Charles Simeon a John Venn en ocasión de su ordenación en 1782--, no por la

IMÁGENES DEL PREDICADOR EN EL NUEVO TESTAMENTO

oportunidad de ganar 40 ó 50 libras al año, no por el título de reverendo, sino por el acceso al cargo más valioso, más honorable, más importante y más glorioso del mundo: el de embajador del Señor Jesucristo.»<sup>21</sup> Antes de examinar detalladamente el pasaje de 2 Corintios 5, debemos detenernos a observar la palabra que se emplea en «somos embajadores» (*presbeuomen*).

Proviene de *presbys*, hombre mayor o anciano. *Presbeia*, por tanto, significaba al principio edad o ancianidad, pero más tarde llegó a aplicarse a la dignidad y al rango que eran propios de la ancianidad o la precedencia. De aquí, según el diccionario de Grimm y Thayer, se empleó para «asuntos que acostumbraban a confiarse a los mayores, especialmente el cargo de embajador». Moulton y Milligan afirman que esta palabra era «de uso cotidiano en el contacto entre las ciudades griegas, y entre éstas y los reyes». El hombre que ocupaba este cargo se llamaba *presbeus* o *presbeutēs*, que era el equivalente del latino *legatus*, <sup>22</sup> mientras el término *presbeuein* describía su actividad. Esta --dicen Moulton y Milligan-- «era la palabra corriente que en el griego oriental se aplicaba al legado del emperador», es decir, a su representante personal, quien a menudo era el gobernador de una provincia.

Estas palabras aparecen varias veces en el primer libro de los Macabeos<sup>23</sup> y también en los libros canónicos de la Septuaginta --por ejemplo cuando los príncipes de Babilonia enviaron unos «mensajeros» a Ezequías (2 Cr. 32.31).-- Pero en el Nuevo Testamento el sustantivo presbeia, embajada, aparece únicamente dos veces, lo mismo que el verbo presbeuein, actuar como embajador. Las dos ocasiones en que se encuentra presbeia son relatos de parábolas de Jesús recordadas por Lucas. En la parábola de las minas, cuando «un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver», «sus conciudadanos ... enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros» (Lc. 19.12-14). En la parábola del rey que va a la guerra, Jesús apunta que, cuando aquél descubre que el otro rey tiene un ejército dos veces mayor que el suyo, «le envía una embajada y le pide condiciones de paz» (Lc. 14.31-32).

Los dos usos del verbo *presbeuein* son de pluma del apóstol Pablo. Al final de la epístola a los Efesios, él mismo se describe como «embajador en cadenas» por causa del evangelio (Ef. 6.20). Era embajador del evangelio, proclamando las buenas nuevas, pregonando su oferta de paz y, como consecuencia de esto, ahora se encontraba prisionero. El otro uso del verbo *presbeuein* está en 2 Corintios 5.18-21, pasaje del que debemos hacer un detallado estudio.

Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Este pasaje trata de la salvación en términos de reconciliación, que, según Vincent Taylor, «es la mejor palabra del Nuevo Testamento para describir el propósito de la expiación». Es, sin duda, el término más sencillo y personal, cuando las ideas de sacrificio, compra y juicio implicadas en la propiciación, la redención y la justificación pueden sonar extrañas y poco familiares a oídos modernos. Al tratar este gran tema, el apóstol actúa en dos etapas. Primero hace su proclamación de cómo Dios ha llevado a cabo la reconciliación por Cristo. Luego, llamándose embajador, invita a los hombres a reconciliarse con Dios.

#### La proclamación

Vamos a tomar en primer lugar la proclamación. Pablo empieza: «Y todo esto proviene de Dios.» Dios es el autor de la reconciliación. La iniciativa en la obra de expiación la ha tomado el Padre, no el hombre. Como bien dice el arzobispo William Temple, «todo es de Dios. La única cosa mía con la que contribuyo a la redención es el pecado del que necesito ser redimido». Tampoco es iniciativa de Cristo. La reconciliación es «por Cristo» (v. 18) y «en Cristo» (v. 19), pero «de

IMAGENES DEL PREDICADOR EN EL NUEVO TESTAMENTO

[ek] Dios» (v. 18). Jesucristo es el instrumento por medio del cual viene la reconciliación, y no su origen. Debemos rechazar drásticamente, por no ser bíblica, cualquier explicación de la expiación que sugiera que la iniciativa salvadora está en el Hijo más que en el Padre, o que el Padre fue en la reconciliación «el objeto de la intervención de un tercero».<sup>24</sup> No podemos tolerar la idea de que hubo cierta desgana en el Padre. Por el contrario, «...Dios nos reconcilió consigo mismo» (v. 18). Para dejarlo fuera de toda discusión, hay siete verbos principales en esta frase (en indicativo o como participios) que tienen a Dios como sujeto. Es Dios quien reconcilió, quien dio, quien estaba en Cristo reconciliando, quien no nos imputó pecado, quien nos confió el mensaje de la reconciliación, quien dirigió su invitación a los hombres, quien hizo a Cristo pecado. El deseo, el pensamiento, el plan, el instrumento para reconciliar, «todo proviene de Dios».

Pero si el autor de la reconciliación es Dios, el agente es Cristo. «Por Cristo» y «en Cristo» Dios la ha llevado a cabo. Y lo ha hecho de manera objetiva y definitiva. Esto es claro por el participio aoristo katallaxantos en el versículo 18, al que debemos dar plena fuerza. Aquí hay algo, no que Dios está haciendo, sino que Dios hizo. Para citar a P. T. Forsyth de nuevo, «de hecho, Dios estaba reconciliando, acabando la obra. No era una tentativa, algo preliminar ... Con la muerte de Cristo quedó terminada la reconciliación. Pablo no predicó una reconciliación gradual, sino lo que los antiguos teólogos solían llamar la obra consumada ... Predicó algo hecho una vez por todas: una reconciliación que es la base de la pacificación de toda alma, no solamente una invitación».<sup>25</sup> De manera similar, James Denney escribió: «La obra de la reconciliación, en el sentido del Nuevo Testamento, es una obra que ya está terminada, y que debemos concebir como tal antes de predicar el Evangelio.»<sup>26</sup>

Esta realización objetiva de Dios por la cruz de Cristo es indicada por algo más que el participio aoristo *katallaxantos*. Esto resulta claro por el contraste que hay entre los verbos «reconciliar» de los versículos 18 y 19, por un lado, y del versículo 20, por otro. Debemos encontrar alguna explicación

de las palabras «Dios ... nos reconcilió consigo mismo» (v. 18) y «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (v. 19), que, sin embargo, concuerdan plenamente con el versículo 20: «Reconciliaos con Dios». Si interpretamos los dos primeros verbos como refiriéndose a la actual influencia reconciliadora de Dios sobre los hombres, la invitación del versículo 20 es despojada de su significado y hemos logrado entonces que el pasaje entero no tenga ningún sentido. Es claro que hay una diferencia que debemos guardar. No podemos confundir las dos etapas. Tenemos que distinguir entre la iniciativa divina en la muerte de Cristo y la invitación divina que lleva hoy al hombre a responder. La primera fue una realización, un hecho (expresado por el participio aoristo *katallaxantos*, v. 18); la segunda es una invitación (expresada por el imperativo aoristo *katallagēte*; v. 20).

¿Cuál fue este logro? ¿Qué ha hecho Dios en Cristo y por Cristo para eliminar nuestros pecados (sobre los que permanece su ira), quitar así la barrera que nos separa de él y reconciliarnos consigo mismo? En primer lugar, y negativamente, él no quiso imputarnos nuestros pecados (v. 19). La frase está tomada del Salmo 32.2 (citada en Ro. 4.8), donde se describe la bienaventuranza del hombre a quien Dios no quiere inculpar iniquidad. Las palabras implican que habría sido legal y natural que Dios nos hubiese imputado nuestros pecados. Cierto, «donde no hay ley, no se inculpa de pecado» (Ro. 5.13); pero cuando hay ley, los pecados (llamados correctamente «transgresiones» en BJ) sony deben ser imputados. Es decir, son estimados como responsabilidad del pecador y atribuidos a él. Pero esto es precisamente lo que Dios en su gracia pura ha rehusado hacer. Ha declinado ponerlos en nuestra cuenta. En lugar de ello, y ésta es la segunda y positiva acción, Pablo dice que Dios los ha tomado. «Al que no conoció pecado por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (v. 21). Se ha considerado que estas maravillosas palabras forman una de las frases más osadas del Nuevo Testamento sobre la muerte de Cristo. Inevitablemente uno las asocia con Gálatas 3.13, donde se dice que Cristo «fue hecho por nosotros maldición». ¿Qué quería decir Pablo?

El versículo 21 se inicia con una declaración de la impecabilidad de Cristo. No se lo identifica por nombre, pero solamente hay una persona que responde a la descripción «al que no conoció pecado». No lo «conoció» en el sentido hebreo de la palabra, pues no tuvo experiencia alguna de pecado. Este Cristo puro fue hecho pecado. ¿Qué puede significar esto sino que él fue hecho pecado con nuestros pecados? Pablo no está meramente insinuando que Jesucristo tuvo un profundo sentimiento de simpatía y compañerismo por nosotros en nuestros pecados; más bien está señalando su identificación real y terrible con nosotros en nuestros pecados, una identificación para la cual lo preparó de manera singular el hecho de que él mismo no tuviera pecado.<sup>27</sup> Habiendo «sido hecho carne» en el vientre de María, su madre, fue «hecho pecado» en la cruz del Calvario. Dios, quien no nos inculpo de nuestras transgresiones, las imputó en su lugar a Cristo, e hizo que su Hijo, libre de pecado, fuese hecho pecado por nuestra causa. Al decir esto no estamos olvidando lo que enseña propiamente el versículo 19, que «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo». ¿Cómo pudo Dios haber estado en Cristo si hizo que fuera pecado? No puedo decirlo. Estamos tocando aquí la paradoja esencial de la expiación. Pero Pablo enseñó las dos cosas y nosotros las sostenemos, aun cuando no podamos reconciliarlas satisfactoriamente o formularlas con claridad. Dios hizo que Cristo fuese pecado con nuestros pecados, para que nosotros pudiéramos llegar a ser justos con su justicia. Este cambio misterioso únicamente es posible para aquellos que están «en él» (las dos últimas palabras del capítulo), los que están unidos personalmente con Cristo mediante la fe. Dios estaba en Cristo para realizar nuestra reconciliación (v. 19); nosotros debemos estar en Cristo para recibirla (v. 21).

Es evidente, por tanto, que la reconciliación consiste no sólo en vencer la obstinada resistencia humana, sino también en cargar con su pecado y condenación. El «cambio» está también en Dios y no en el hombre. Es verdad que el Nuevo Testamento nunca dice específicamente que Dios ha sido reconciliado o está reconciliado con el hombre; nunca es el complemento del verbo «reconciliar» y, cuando es el

sujeto, el verbo está siempre en voz activa y nunca en voz pasiva. Sin embargo, J. H. Bernard escribe sobre la idea de Dios reconciliándose con nosotros: «Que San Pablo hubiese tenido alguna dificultad en una frase así es muy improbable.»<sup>29</sup> Lo cierto es que el apóstol Pablo presenta la reconciliación como un logro divino, mediante la muerte de Cristo e independiente de la contribución humana, un logro que solamente tenemos que «recibir» (Ro. 5.11) como un regalo. Para citar a James Denney otra vez, «en virtud de algo ya consumado en su cruz Cristo puede invitarnos tal cual lo hace y obtener la respuesta en la que recibimos la reconciliación».<sup>30</sup>

Hemos sido llamados a proclamar esta reconciliación. Si el autor de la reconciliación es Dios y el agente Cristo, los hombres son sus embajadores. Esta es la continuación del pensamiento. La reconciliación nos viene de Dios mediante Cristo, primero para que la recibamos nosotros mismos y luego para darla a conocer a otros. Dios no está satisfecho una vez que ha planeado nuestra reconciliación, la ha efectuado y la ha concedido; toma medidas también para su promulgación. Los que la proclaman tienen que ser aquellos que la han récibido. Así que Dios nos da dos regalos: primero la reconciliación en sí, y luego el «ministerio» (v. 18) y el «mensaje» (v. 19 CI) de reconciliación. Mientras no la hayamos recibido, no podemos comunicarla a los demás; pero una vez que la hayamos recibido, tenemos el deber de proclamarla. O bien, diciendo lo mismo en otras palabras, cuando ya estamos «en Cristo» y hemos sido hechos «justicia de Dios» (v. 21), vemos que somos «para Cristo» y nos hemos convertido en sus embajadores (v. 20). Además, no es detalle pequeño notar que en ambas expresiones, «el ministerio de la reconciliación» (v. 18) y «el mensaje de la reconciliación» (v. 19 CI), «reconciliación» lleva el artículo definido. Hemos sido llamados al ministerio de la reconciliación. Debemos proclamar el mensaje de la reconciliación. Hemos sido comisionados como heraldos de la única y sola reconciliación de la que Pablo ha estado escribiendo, y que fue consumada por el Padre en la cruz por medio del Hijo.

Así pues, el apóstol Pablo expone lo que hemos llamado la proclamación, el anuncio de lo que Dios ha hecho por nuestra reconciliación con él mismo. Ha rehusado culparnos de nuestros pecados. Ha hecho que Cristo fuera pecado por nosotros. Este es el «evangelio» del que somos heraldos. Es la proclamación de un hecho, de un acto que se ha realizado, de un regalo que ahora puede recibirse gratuitamente. Pero aun siendo tan preciosa esta noticia, no podemos permanecer indiferentes a la respuesta de aquellos que la escuchan. Y por ello Pablo pasa de la proclamación a la invitación. «Somos embajadores en nombre de Cristo --escribe--, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (v. 20).

#### La invitación

La invitación del embajador está representada aquí de dos maneras. En primer lugar, «somos embajadores en nombre de Cristo ... os rogamos en nombre de Cristo». En segundo lugar, «como si *Dios* rogase [el griego deja en claro que se trata de la invitación *de* Dios] por medio de nosotros». Vamos a estudiar estas dos expresiones por separado.

En primer lugar, «somos embajadores en nombre de Cristo ... os rogamos en nombre de Cristo». La repetición de *hyper Jriston* («por» o «en nombre de») es maravillosa. Este es nuestro gran privilegio. Fue «por nosotros» (*hyper hēmōn*, v. 21) que Dios hizo a Cristo pecado; y ahora por Cristo (*hyper Jristou*, v. 20) Dios nos hace embajadores. Su cuidado por nosotros fue tan grande que lo llevó a la cruz. ¿Cuánto afecto sentimos nosotros por Cristo? Si le amáramos tanto como él nos amó, seríamos realmente embajadores entusiastas. Este «por Cristo» podría transformar nuestro ministerio. No hay incentivo más poderoso en la evangelización que *hyper tou onomatos autou*, «en honor a su nombre» (Ro. 1.5 NVI).<sup>31</sup>

Que todos puedan de ti participar Sin ningún egoísmo o escasez; Que nada yo *en tu nombre* pueda hacer Que no sea honesto y limpio de verdad. Jorge Herbert (1593-1632) Entonces, por causa de Cristo, por la extensión de su reino y la gloria de su nombre, somos embajadores y rogamos a los hombres que se reconcilien con Dios. No podemos tolerar el pensamiento de que él haya sufrido en vano. ¿Ha hecho Dios en Cristo y por Cristo todo lo necesario para la reconciliación de la raza humana? Entonces no escatimemos esfuerzos para instar a todos, persistente y encarecidamente, a la necesidad de reconciliarse con Dios. Una exhortación tan apremiante no es muy popular hoy en día en ciertos círculos de la iglesia, pero estoy seguro de que esto es lo que quería decir Pablo y espero demostrarlo.

El apóstol usa dos verbos para describir la invitación del embajador: «Dios hiciera su invitación» (parakalountos) y «os rogamos» (deometha). La palabra parakalein tiene una amplia gama de usos, en particular, «amonestar, exhortar, suplicar, implorar, rogar», 32 y significa también «consolar, animar y fortalecer». Deomai, sin embargo, es menos ambiguo. Es verdad que a menudo es bastante débil (ver Hch. 8.34; 21.39; 26.3), pero realmente significa «pedir, suplicar, rogar, implorar». En el Evangelio de Lucas se aplica al leproso que, «viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó» ser limpiado (5.12); al endemoniado gadareno, quien primero cayó delante de Jesús y gritó en alta voz: «te ruego que no me atormentes», y más tarde «le rogaba que le dejase estar con él» (8.28, 38); y al padre del muchacho, al parecer epiléptico, que había rogado a los discípulos que echasen al espíritu inmundo y aĥora, gritando, decía a Jesús: «Maestro, te ruego que veas a mi hijo» (9.38, 40). Este verbo es también el que Pablo usa en algunos de los pasajes más personales y emotivos de sus epístolas (ver Gá. 4.12; 2 Co. 10.2 [v. 1 es parakalein]). En las oraciones también se usa esta palabra, a menudo con referencia a una petición habitual (p. ej., Mt. 9.38 = Lc. 10.2; Lc. 21.36; 22.32; Hch. 4.31; 8.22, 24; Î Ts. 3.10), pero otras veces de ēsis significa una súplica fuerte, como cuando Jesús agonizaba en el huerto de Getsemaní (He. 5.7), o cuando el apóstol expresa el «anhelo» de su corazón y su «oración» (deesis) a Dios por Israel «para salvación» (Ro. 10.1; cf. 9.1-3). A la luz de este uso del término en el Nuevo

43

Testamento, es lícito ver en la invitación hecha por el embajador una apremiante súplica a los hombres a que se reconcilien con Dios. Nada menos ferviente sería apropiado para el que obra «en nombre de Cristo», del Cristo crucificado.

La segunda manera en que el apóstol describe la invitación es aún más sorprendente. No se trata únicamente --afirma-de que «somos embajadores de Cristo» y que «rogamos» a los hombres que se reconcilien con Dios; se trata también de que Dios está haciendo «su invitación por medio de nosotros». El mismo Dios que llevó a cabo la reconciliación y nos dio el ministerio y el mensaje de la reconciliación, conserva la iniciativa en esta última etapa del proceso. Así como la realización fue suya, la invitación también es suya. Debemos ponderar la condescendencia divina. Aquel que una vez obró «por nosotros» (v. 21), ahora obra «por medio de nosotros» (v. 20). Sí, aquel que obró «por Cristo» (v. 18) para consumar la reconciliación, obra ahora «por medio de nosotros» (v. 20) para implorar a los pecadores que la acepten. En un caso, Cristo es su instrumento; en el otro, nosotros. ¡Tal es el inefable honor que él confiere a sus embajadores! Es como si Dios usase la comunicación de las buenas nuevas, en la proclamación y en la invitación, para hablar él mismo a los hombres, para manifestarse y llevarles la salvación.

Hay que tener cuidado al exponer esta tremenda verdad. Algunos estudiosos modernos se han preocupado tanto por centrar la atención en lo que ellos llaman «la naturaleza existencial de la predicación» que me parece que corren el peligro de ir demasiado lejos. Mounce, en el último capítulo de su obra, titulado «The Essential Nature of Preaching» [La naturaleza esencial de la predicación], señala: «La naturaleza de la cruz es en sí misma la continuación, o la extensión en el tiempo, de ese mismo acto redentor ... Prolonga la actividad redentora de Dios ... Cuando el predicador proclama por fe el gran acto de Dios, se da cuenta de que está llevándose a cabo una vez más ... Las barreras del tiempo están de algún modo superadas y ese acontecimiento supremo del pasado está llevándose a cabo una vez más.» De modo similar, en el prefacio de su libro escribe: «Estando en la encrucijada del

tiempo y la eternidad, el predicador tiene el eminente privilegio de prolongar en el tiempo ese poderoso acto de Dios que en un sentido pertenece a una fecha específica de la época del Imperio Romano.»35 Confieso que algo de este lenguaje me parece ambiguo y peligroso. ¿En qué sentido puede el heraldo por su proclamación «prolongar» o realizar una «extensión» o «continuación» del acto redentor de Dios en la cruz? Mounce parece indicar que de alguna manera la cruz «está llevándose a cabo una vez más». Por lo menos emplea esta expresión en dos ocasiones. Confío, sin embargo, que no quiere dar a entender que hay o podría haber una repetición de la muerte expiatoria del Salvador. Cristo murió hapax, una vez por todas, tal como repiten los escritores del Nuevo Testamento. Su obra se consumó, su sacrificio fue completo, su tarea se llevó a cabo en la cruz, y «...habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados» (He. 10.12), se sentó a la diestra del Padre.

Creo que lo que Mounce y otros estudiosos dicen en realidad --y con ello estoy sinceramente de acuerdo-- es que mediante la predicación Dios hace de la historia pasada una realidad presente. La cruz fue, y será siempre, un acontecimiento histórico y único del pasado. Y ahí permanecerá, en el pasado, en los libros, a menos que Dios mismo lo haga hoy real y relevante para los hombres. Por la predicación, en la que hace su invitación a personas por medio de personas, Dios completa su milagro. Les abre los ojos para que vean el verdadero significado de la salvación, su valor eterno y su mérito permanente. «La predicación --escribe Mounce-- es el nexo intemporal entre el gran acto redentor de Dios y su apropiación por parte del hombre. Es el medio a través del cual Dios actualiza su automanifestación histórica y le ofrece a la persona la oportunidad de responder en fe.»36 Pero aún hay más. Dios no sólo confronta a las personas por medio de la proclamación del predicador; de hecho las salva también por medio de esta proclamación. Esto lo afirma categóricamente Pablo: «Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura del kērygma» (1 Co. 1.21). De manera similar, el evangelio es en sí mismo «poder

de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Ro. 1.16). ¿No dijo Jesús en la sinagoga de Nazaret, citando Isaías 61: «El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos»? (Lc. 4.18). Su misión --dice-- no es sólo «pregonar libertad a los cautivos», sino ¡«ponerlos en libertad»! «Aquí hay --comenta Mounce-- una singularidad que caracteriza la proclamación del Nuevo Testamento: al mismo tiempo que el heraldo da su mensaje, se realiza su contenido. El anuncio de libertad simultáneamente libera. La predicación de la vista abre los ojos de los ciegos.»<sup>37</sup>

Todo esto no significa que la cruz y la predicación son dos partes equivalentes de la redención de Dios. ¡Lejos sea de nosotros este pensamiento! Dios ha consumado nuestra redención en la cruz; la predicación «comunica de manera eficaz el poder y la actividad redentora de Dios». <sup>38</sup> O, volviendo a 2 Corintios 5, Dios nos ha reconciliado consigo mismo por Cristo; lo que él hace por medio de nosotros es exhortar a las personas a reconciliarse con él y llevarlas así al gozo de la reconciliación.

Hemos de concluir ahora con una aplicación práctica de esta teoría. La gran lección que la metáfora del heraldo puede enseñarnos, tal como se la emplea en el Nuevo Testamento, es que la proclamación y la invitación van siempre juntas. No podemos separarlas. La una sin la otra hacen imposible la auténtica predicación del Nuevo Testamento. Las encontramos unidas en muchos lugares. Un ejemplo lo tenemos en las primeras palabras del Señor al principio de su ministerio público: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado [que es proclamación]; arrepentíos, y creed en el evangelio [que es invitación]» (Mr. 1.15). Otro ejemplo está en la parábola de la gran fiesta, donde se ordena al siervo que diga a los invitados: «Venid, que ya todo está preparado» (Lc. 14.17). «Todo está preparado» es la proclamación; «venid», la invitación subsiguiente. Podemos observar la misma estructura en los primeros discursos de los Hechos; por ejemplo: «Dios ... ha dado el más alto honor a su siervo Jesús, a quien ustedes entregaron ... mataron ustedes al [Autor de la vida, RV] que nos lleva a la vida. Pero Dios lo resucitó ... Por eso, vuélvanse ustedes a Dios» (Hch. 3.13-19 VP). Hallamos también este orden en 2 Corintios: primero vino el anuncio de la reconciliación realizada; luego, la invitación a recibirla. En efecto, primero «Dios nos reconcilió consigo mismo»; luego, «reconciliaos con Dios».

#### No hay invitación sin proclamación

De esta unión entre la proclamación y la invitación podemos aprender dos lecciones complementarias. En primer lugar, nunca debemos invitar sin antes haber proclamado. Por no hacer caso a esta regla tan simple, se ha hecho mucho daño a las personas y el nombre de Cristo ha sido deshonrado en gran manera. Con mucha frecuencia la predicación del evangelio ha consistido en una larga invitación a la decisión sin que la congregación tenga material alguno sobre el que hacer esta decisión. Pero el evangelio no es fundamentalmente una invitación a hacer algo. Es una declaración de lo que Dios ha hecho en Cristo por la salvación de las personas. No puede darse propiamente la invitación antes de hacer la declaración. La gente debe comprender la verdad antes de pedirle que responda a ella. Es verdad que el intelecto humano es finito y caído, pero jamás debe pedírsele a alguien que prescinda de él. Si alguien va a Jesucristo con arrepentimiento y fe tiene que hacerlo con el pleno consentimiento de su mente. Gran parte del fracaso de muchos convertidos después de campañas de evangelización se debe a que el evangelista hace caso omiso de esto. Si se dijera que en la predicación del evangelio no podemos tener en cuenta la mente humana porque se halla oscurecida, sólo puedo responder que los ápostoles tenían una opinión diferente. Algunos de los verbos que Lucas emplea en los Hechos para describir la predicación de los apóstoles son abiertamente intelectuales, como, por ejemplo, didasjein (enseñar), dialegesthai (argüir, conversar argumentando), syzētein (discutir), synjynein (confundir), paratithēmi (disputar) y symbibazein (demostrar), diakatalegkein (refutar poderosamente) (ver Hch. 20.31; 17.2, 17; 18.4, 19; 19.8, 9; 24.25; 9.29; 9.22; 17.3; 9.22; 18.28).

Algunas veces, también como resultado de esta predicación didáctica, leemos, no que algunos fueron «convertidos», sino que fueron «persuadidos» (Hch. 17.4 (BJ); 18.4; 19.8, 26; 28.23, 24). ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que los apóstoles estaban enseñando un cuerpo de doctrina y argumentaban para llegar a una conclusión. Intentaban conseguir una conquista intelectual, persuadir a las personas de la verdad de su mensaje, convencerlos para convertirlos. Este hecho tan interesante está confirmado además por otras dos consideraciones. La primera es que en ocasiones Pablo permaneció durante largo tiempo en un mismo lugar. El ejemplo más notable es su estadía en Efeso durante el tercer viaje misionero. Después de un ministerio de tres meses en la sinagoga, se apartó «discutiendo cada día en la escuela de uno llamado Tiranno [algunos manuscritos añaden «de la hora quinta a la décima»] ... por espacio de dos años» (Hch. 19.8-10; cf. 14.3; 16.12, 14; 18.11, 18). ¡Una disertación diaria de cinco horas durante dos años! Ello da como resultado más de 25.000 horas de predicación del evangelio. No es raro que en el versículo 10 leamos que, como resultado de esto, «todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús». No hay duda de que el kērygma apostólico primitivo estaba lleno de una sólida didajē.<sup>39</sup> La segunda confirmación del hecho de que había un cuerpo intelectual en la predicación evangélica de los apóstoles es que en el Nuevo Testamento la experiencia de la conversión se expresa frecuentemente en términos de respuesta, no a Cristo, sino a «la verdad». Es creer la verdad (2 Ts. 2.10-13), reconocer la verdad (2 Ti. 2.25; Tit. 1.1), obedecer la verdad (Ro. 2.8; 1 P. 1.22; cf. Gá. 5.7) y llegar a conocer la verdad (Jn. 8.32; 1 Ti. 2.4; 4.3; 1 Jn. 2.21), y la predicación en sí es «la manifestación de la verdad» (2 Co. 4.2). Pablo llega incluso a describir la conversión de los romanos con estas palabras: «...habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina [tupon didajēs] a la cual fuisteis entregados» (Ro. 6.17).

Así que debemos seguir el ejemplo de los apóstoles sin miedo a enseñar a las personas doctrina sólida o a razonar

con ellas. Desde luego, no pueden entender ni creer sin la iluminación del Espíritu Santo, pero esto no significa que tenemos libertad para diluir el contenido del evangelio. Como Gresham Machen sabiamente ha dicho, debemos hacer cuanto podamos para dar buenas razones del porqué deberían creer, pero es el Espíritu Santo el que abre la mente de ellas para «prestar atención a la evidencia».<sup>40</sup>

#### No hay proclamación sin invitación

La segunda lección que debemos aprender de esta unión bíblica entre proclamación e invitación es complementaria de la anterior: nunca debemos hacer una proclamación sin una invitación posterior. Si se tuviera que escoger entre las dos, yo más bien me inclinaría por la proclamación, pero afortunadamente no tenemos que hacer esta elección. En la predicación debemos encontrar lugar para ambas, proclamación e invitación, si queremos ser auténticos heraldos del Rey. No estoy insinuando cómo debería ser la invitación. Tampoco estoy defendiendo un método o técnica particular de evangelización. Simplemente digo que la proclamación sin la invitación no es una predicación bíblica. Predicar el evangelio no es suficiente; debemos instar a los hombres a que lo reciban.

Sin duda, hay muchos factores que impiden a los predicadores hacer esta invitación. Existe un tipo de hipercalvinismo que considera la llamada al arrepentimiento y a la fe como un intento de usurpar las prerrogativas del Espíritu Santo. Desde luego, estamos de acuerdo en que el hombre está ciego, muerto y atado; en que el arrepentimiento y la fe son dones de Dios; y en que las personas son incapaces de volverse de sus pecados a Cristo sin la gracia que proviene del Espíritu Santo. El apóstol Pablo enseñó estas verdades. Pero ello no debe impedirnos exhortar a la gente a que se reconcilie con Dios, jya que el mismo Pablo también lo hizo! Otros predicadores tienen verdadero pánico al sentimentalismo. También yo, si se entiende por sentimentalismo la excitación artificial de los sentimientos mediante trucos de retórica u otras artimañas. Pero no hemos de temer a una emoción genuina. Si podemos predicar a Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

Cristo crucificado y permanecer impasibles por completo, es que tenemos un corazón duro de verdad. Más que a la emoción, a lo que hemos de temer es al profesionalismo frío, a la exposición fría y aislada de un tema en la que no participa ni el corazón ni el alma. ¿Acaso el peligro de nuestros semejantes y la salvación de Cristo significan tan poco para nosotros que no sentimos ardor en nuestro interior cuando pensamos en ellos? Muy diferente era Richard Baxter, quien escribió en su Reformed Pastor [El pastor reformado] (1656): «Me asombra cómo puedo predicar ... ligera y fríamente, cómo puedo dejar a las personas solas en sus pecados, sin ir a ellas y rogarles que se arrepientan por causa del Señor, sin importarme su reacción ni el trabajo o las molestias que puedan costarme. Rara es la vez en que al bajar del púlpito no me aflige la conciencia de que no he sido suficientemente serio o ferviente. Me acusa no tanto por la falta de adornos humanos o de elegancia, ni por haber dicho una palabra que no quedaba bien; sino que me pregunta: "¿Cómo has podido hablar de la vida y de la muerte con este corazón? ¡No debías haber llorado por estas personas, y no debían tus lágrimas interrumpir tus palabras? ¿No debías gritar y mostrarles sus transgresiones e instarles y rogarles por la vida y la muerte?"»41

Así que el verdadero heraldo de Dios se preocupa, ante todo, de hacer una proclamación cabal y pensada del gran acto de la redención mediante la cruz de Cristo, y luego hacer una invitación sincera y encarecida a los hombres a que se arrepientan y crean. Nunca pueden estar la una sin la otra, sino ambas a la vez.

Tus heraldos trajeron buenas nuevas
A los grandes y también a los pequeños;
Mandan a todos acudir a la fiesta
Que da el gran rey a cada pecador.
Su Evangelio de redención,
Del pecado perdonado y el hombre restaurado,
Todo ello en esto se resume:
Restaura e incorpora al redimido
Una iglesia, una fe y un Señor.
¿Seremos, pues, infieles al mensaje?

¿Desmayaremos en la lucha atroz?
¿Evadiremos el conflicto,
Y arrojaremos nuestra corona?
¡No! En el sabio propósito de Dios
Se nos reserva algo mucho mejor:
Mantendremos fieles y tenaces
Una iglesia, una fe y un Señor.
E. H. Plumptree (1821-1891)

## Testigo La experiencia y la humildad del predicador

L a tercera palabra empleada en el Nuevo Testamento para el predicador cristiano es «testigo». Ciertamente, es posible ser un testigo del Señor Jesucristo sin ser un predicador, pero al mismo tiempo la actividad de predicar se describe algunas veces como «testificar». Por ejemplo, dirigiéndose a los ancianos de Efeso en Mileto, Pablo describe el ministerio que recibió «del Señor Jesús» como «dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios»; y, de nuevo, «testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo» (Hch. 20.24, 21).

Me pregunto qué les sugieren a ustedes las palabras «testigo» y «testificar». Para algunos representan lo que comúnmente se llama «dar testimonio», que en general significa explicar las circunstancias de la conversión y añadir quizás un breve esbozo autobiográfico del subsiguiente peregrinaje espiritual. Para otros, «testigo» se refiere sobre todo al testimonio de nuestra vida, más que al de nuestros labios, y significa la poderosa influencia de un ejemplo cristiano. Ambos puntos de vista son ciertos, por cuanto nuestro testimonio hablado debe estar corroborado, por un lado, por la autoridad de la experiencia personal y, por otro, por la evidencia de una vida consecuente. No obstante, el concepto de «testigo» en la Escritura es considerablemente

más amplio que cualquiera de estas dos ideas y es importante pensar en el predicador como «un testigo», teniendo en cuenta el trasfondo de la enseñanza bíblica sobre el tema. Para ello, a mi juicio, lo mejor que podemos hacer es tomar como base de nuestro pensamiento las palabras de Jesús registradas en Juan 15.26-27: «Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.»

La palabra «testigo» nos presenta una situación bastante diferente de las que hemos estado considerando en los dos capítulos anteriores. La del «mayordomo o administrador» es una metáfora doméstica. Nos lleva a una casa, donde pensamos en un padre de familia que confía a su administrador determinadas provisiones para el bienestar de la familia. La del «heraldo» es una metáfora política. Nos lleva al aire libre, quizás a una plaza o a la esquina de una calle donde el heraldo toca la trompeta para congregar a las gentes y luego, en nombre de su rey, hace una proclamación urgente de noticias alegres. Pero la del «testigo» es una metáfora legal. Nos lleva a los tribunales de justicia. Vemos al juez en su asiento y al reo en el banquillo de los acusados. Oímos a los abogados que discuten el caso: primero, el fiscal acusador; luego, los abogados defensores, que piden a los testigos que ratifiquen la verdad de lo que ellos dicen.

¿Ēn qué sentido, entonces, al predicador se lo llama «testigo» en el Nuevo Testamento y se espera que testifique? Sugiero que la situación que se contempla es la siguiente: Jesucristo es juzgado, ahora no ante el Sanedrín, ante Poncio Pilato el procurador o ante Herodes Antipas, sino ante el tribunal de la opinión del mundo. El «mundo», que en lenguaje bíblico significa la sociedad secular, impía, no cristiana, ora indiferente, ora hostil, protagoniza el papel de juez. El mundo está juzgando a Jesús continuamente, dando sus diferentes veredictos en cuanto a él. El diablo lo acusa con numerosas y perversas calumnias, y presenta cientos de testigos falsos. El Espíritu Santo es el paraklētos, el abogado defensor, y nos llama a nosotros para que seamos testigos

que apoyemos su causa. Los predicadores cristianos tienen el privilegio de testificar de y por Jesucristo, defendiéndolo, ensalzándolo, llevando al tribunal pruebas que debe escuchar y examinar antes de dar el veredicto.

Consideremos ahora con detalle este breve resumen.

#### El mundo

En primer lugar, el testigo cristiano da testimonio al mundo. Jesús es procesado ante el «mundo» y el mundo está juzgándolo, y no se puede entender o apreciar el testimonio del predicador hasta que tengamos una auténtica comprensión bíblica del mundo. Necesitamos estudiar la literatura de Juan si queremos averiguar la naturaleza, la actividad y el destino del mundo. Su príncipe o gobernante es el diablo (Jn. 12.31; 16.11). Sí, «el mundo entero está bajo el maligno» (1 Jn. 5.19). Está en un proceso de desaparición (1 Jn. 2.17), pero mientras perdura, su antagonismo hacia la iglesia, el pueblo de Dios, es cada vez más profundo y amargo (v.g., 1 Jn. 3.13). Los versículos de Juan 15 que estamos considerando están enclavados en un contexto de hostilidad y odio del mundo, y únicamente pueden entenderse dentro de ese contexto. «Si el mundo os aborrece --acaba de decir Jesús--, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros ... Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán ... Esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: "Sin causa me aborrecieron"» (Jn. 15.18, 20, 25). Luego, después de nuestro texto, prosigue otra vez: «...os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios...», y así continúa (Jn. 16.1-4). El mundo aborrece, el mundo persigue, el mundo destierra, el mundo mata. Este es el antagonismo del mundo.

«Pero [una conjunción adversativa muy fuerte] --Jesús prosigue-- cuando venga el Consolador ... él dará testimonio de mí y vosotros daréis testimonio también.» ¿Cómo tiene que reaccionar el cristiano cuando se enfrenta con la oposición del mundo? Ciertamente no debe vengarse. Tampoco debe sumergirse en la autocompasión. Ni debe retirarse a un lugar aislado, seguro y protegido, lejos de la desagradable

enemistad del mundo. No, valientemente tiene que dar testimonio de Jesucristo delante del mundo con el poder del Espíritu Santo. Aquí está el mundo, a veces indiferente y apático a simple vista, pero en el fondo vivamente agresivo y rebelde. ¿Cómo ha de oír, entender, arrepentirse y creer la gente del mundo? ¿Cómo han de ser movidos a pronunciar sentencia en favor de Jesús, juzgado delante de ellos? La respuesta es: mediante nuestro testimonio. A causa de la oposición a Cristo del mundo incrédulo, la iglesia necesita dar testimonio de Cristo.

#### El Hijo

En segundo lugar, el testigo cristiano da testimonio del Hijo. «Cuando venga el Consolador ... él dará testimonio de mí.» El odio del mundo se centra en Cristo. «Me odiaron sin causa.» «Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes.» Por tanto, el Espíritu y la iglesia testifican de Cristo. El aparece sometido a juicio y por él debe hablar el testigo.

A lo largo del Nuevo Testamento el evangelio es fundamentalmente «testimonio de Jesús». Así se lo llama en todo el Apocalipsis. Juan el vidente se presenta en su introducción como siervo de Dios «que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo» (Ap. 1.2). De manera similar, a la iglesia perseguida en el desierto se la describe como «los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo» (Ap. 12.17). Este testimonio de Cristo constituye también el nexo de unión entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, porque --dice Juan-- «el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía» (Ap. 19.10).

Ciertamente, los apóstoles no tenían ninguna duda sobre la dirección de su testimonio. Jesús les había dicho, antes y después de su muerte, que debían testificar de él (Jn. 15.26-27; Hch. 1.8), y ellos obedecieron su comisión. Sus sermones estaban llenos de Cristo, hablaban de su vida y su ministerio, «cómo éste [Jesús] anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él», y decían que podían hablar así, porque «nosotros somos

testigos de todas las cosas que Jesús hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén» (Hch. 10.38-39). Hablaban también de su muerte, de cómo los hombres le «mataron colgándole en un madero» (Hch. 10.39). No había duda sobre esto, por cuanto ellos mismos habían sido testigos «de los padecimientos de Cristo» (1 P. 5.1). Y no sólo daban testimonio del hecho histórico de su muerte, sino también de su significado expiatorio. Como Pablo escribió a Timoteo, «un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre ... se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo» (1 Ti. 2.5-6). Pero, especialmente en los primeros días, daban testimonio de su resurrección: «A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos», exclamó Pedro en su sermón el día de Pentecostés (Hch. 2.32); y de nuevo, en su segundo sermón: «matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos» (Hch. 3.15; cf. también Hch. 10.40-41; 13.30-31). No es sorprendente que Lucas, en uno de sus versículos-resumen de Hechos, describa así a los primeros predicadores: «y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús» (Hch. 4.33).

Tanto de lo que hoy se llama «testimonio» es en realidad autobiografía, e incluso algunas veces autopropaganda un poco disimulada, que necesitamos recuperar una perspectiva bíblica adecuada. Todo testimonio verdadero es testimonio de Jesucristo, ya que él es juzgado ante el mundo.

#### El Padre

En tercer lugar, el testimonio cristiano (que es testimonio de Cristo al mundo) lo da el Padre. El Padre es el principal testigo. Aunque el Espíritu --dijo Jesús-- «dará testimonio de mí», enfatiza con una repetición solemne que, en definitiva, el Espíritu vendría «del Padre» a dar testimonio. Jesús enviaría al Espíritu «del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre». Tanto la misión eterna del Espíritu Santo de estar en el cielo como la misión temporal de estar en la tierra son del Padre. El Espíritu procede del Padre eternamente y vino del Padre históricamente. Por tanto,

aunque el testimonio de Cristo es dado por el Espíritu, tal como veremos, tuvo su origen en el Padre.

El interés supremo del Padre era y es honrar y glorificar al Hijo. «Mi Padre es el que me glorifica», dijo Jesús; y más tarde oró con osadía: «Padre ... glorifica a tu Hijo» (Jn. 8.54; 17.1). El Padre da testimonio del Hijo para que los hombres le den gloria al Hijo. A fin de entender la comprensión que nuestro Señor tuvo de esta verdad, debemos examinar con cuidado sus palabras registradas en Juan 5.30-41. Voy a citar algunos fragmentos: «Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero (v. 31). Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero (v. 32). Vosotros enviasteis mensajeros a Juan y él dio testimonio de la verdad (v. 33). Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno ... (v. 34). Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado (v. 36). También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí ... (v. 37). Escudriñad las Escrituras ... y ellas son las que dan testimonio de mí...» (v. 39). En este mismo discurso, sumamente esclarecedor, Jesús señala que hay tres posibilidades de dar un testimonio válido de su persona: su autotestimonio, el testimonio de otra persona --representado por Juan el Bautista-- y el testimonio del Padre. Rechaza los dos primeros por ser insuficientes (vv. 31, 34) y asegura que el mayor testimonio que pueda concebirse acerca de él ya ha sido dado por el Padre mismo. «Sé que el testimonio que da de mí es verdadero» (v. 32).

Pero se puede preguntar: «¿De qué manera el Padre dio testimonio del Hijo? ¿En qué consistió su testimonio?» Jesús no deja lugar a dudas en cuanto a la respuesta. Primero, estaba registrado en las Escrituras del Antiguo Testamento. Segundo, se podía oír y ver en las palabras y en los hechos históricos del Hijo. La primera parte del testimonio que el Padre dio del Hijo es la Escritura del Antiguo Testamento. Dijo Jesús: «Las Escrituras dan testimonio de mí» (v. 39). «Moisés ... de mí escribió» (v. 46). Jesús confirmó esta verdad después de la resurrección cuando, hablando con dos

discípulos en el camino a Emaús, «comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían» (Lc. 24.27). Este es, pues, el carácter y el propósito primordial de las Escrituras del Antiguo Testamento. Son un testimonio divino de la venida del Mesías de los judíos y Salvador del mundo. «Por el espíritu de Cristo» mismo que estaba en los profetas, ellos anunciaron de antemano «los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos» (1 P. 1.10-11).

La segunda parte del testimonio que el Padre dio del Hijo estaba en las palabras y obras que sus contemporáneos oyeron y vieron. Estas palabras y obras no eran un testimonio propio, ya que, correctamente entendidas, no eran suyas sino del Padre que hablaba y obraba por medio de él. Lo que Jesús hacía, el Padre le concedía hacerlo (v. 36; cf. Jn. 10.25). Igual ocurría con sus palabras. «Mi doctrina no es mía --dijo--, sino de aquel que me envió» (Jn. 7.16; cf. 12.49). No habló en su propio nombre, con su propia autoridad, sino en nombre de Dios.¹ Uniendo las palabras y las obras, Jesús pudo decir: «¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras» (Jn. 14.10-11). Así pues, las poderosas obras del Mesías, «señales» mediante las que manifestaba su gloria (ver Jn. 2.11) y la evidencia clara de que el reino de Dios había llegado a aquella misma generación (ver Mt. 12.28 = Lc. 11.20), junto con «las palabras de gracia que salían de su boca» (Lc. 4.22), tenían su origen en el poder del Padre que moraba en él y eran, por tanto, el testimonio que el Padre daba del Hijo.

Puesto que estas palabras y obras de Jesús se registran e interpretan en el Nuevo Testamento, podemos decir que el testimonio que el Padre dio del Hijo se conserva como una reliquia en las Escrituras del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. La Palabra escrita da testimonio de la Palabra Viva. «Uno de los aforismos favoritos de los predicadores de antaño --ha escrito el profesor James Stewart-- era que, así como de todos los pueblos de Inglaterra salía una carretera

que, uniéndose después con otras, llevaba finalmente a Londres, igualmente, de cada texto bíblico, aun de los más extraños y los menos verosímiles, sale una carretera que conduce a Cristo.»<sup>2</sup> Cambiando la metáfora, la lectura de la Biblia es como la búsqueda de un viejo tesoro. Cada versículo es una pista que, conduciendo a otras, nos guía infaliblemente al tesoro escondido. En verdad, «el espíritu de la profecía», sea en los profetas del Antiguo Testamento o en los apóstoles del Nuevo, es «el testimonio de Jesús» (Ap. 19.10). Si queremos, pues, dar testimonio de Jesús tenemos que estar constantemente con la Biblia en la mano, porque ahí tenemos que encontrar el testimonio que el Padre dio del Hijo.

#### El Espíritu

En cuarto lugar, el testimonio cristiano es dado (por el Padre, respecto al Hijo, al mundo) mediante el Espíritu Santo. No hemos de imaginar que el testimonio divino que se da de Cristo delante de los hombres es un testimonio muerto en la Escritura. Es vivificado por el Espíritu. El Espíritu habla a los hombres en la Escritura y por ella. El testimonio del Padre no es por la Escritura sola ni por el Espíritu solo, sino por ambos a la vez. Sólo cuando demos por sentada esta maravillosa progresión trinitaria, el Padre que da testimonio del Hijo mediante el Espíritu, habremos empezado a comprender el concepto bíblico del testimonio cristiano.

Volviendo a nuestro texto, Jesús afirma llanamente que el Espíritu, el cual procede eternamente y viene históricamente del Padre, da testimonio de él (v. 26). El Espíritu Santo es el agente ejecutivo de la divinidad; lo que Dios hace hoy en el mundo, lo realiza por la mediación del Espíritu. Una de sus tareas primordiales es dar a conocer a Cristo, y Jesús pone aquí de manifiesto la aptitud del Espíritu para este trabajo. Se enseñan tres verdades sobre el Espíritu Santo.

En primer lugar, es el paraklētos. Sea que la traduzcamos «consolador» o «consejero», es importante observar que esta palabra, al igual que «testigo», tiene un sentido legal. Significa literalmente «llamado junto a», ya sea para ayudar,

aconsejar o consolar, y llegó a aplicarse al jurista, al abogado defensor en un juicio. Además de estos versículos del discurso del aposento alto, en el que al Espíritu Santo se lo llama paraklētos, el término sólo aparece de nuevo en 1 Juan 2.1: «Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.» Por tanto, Jesucristo es nuestro abogado en el cielo, mientras que el Espíritu Santo lo es en la tierra. Pero ¿de quién es abogado el Espíritu Santo? ¿Qué causa defiende? Para mí, el contexto demanda una sola respuesta: la de Cristo. La palabra bien puede usarse en este discurso con otros matices de significado, y ciertamente el Espíritu Santo es el Ayudador y Consolador de los hombres, pero asociándola con «testificar» en Juan 15.26-27 y con «convencer» en 16.8, que son expresiones legales, sugiere entonces poderosamente que el Espíritu Santo está defendiendo la causa de Jesucristo. Como Cristo es nuestro abogado en el cielo delante del Padre, así el Espíritu es el abogado de Cristo en la tierra delante del mundo. Nosotros sólo somos testigos ante el tribunal; la mayor responsabilidad para la defensa le corresponde a Dios mismo en la persona del Espíritu Santo.

En segundo lugar, al Espíritu Santo se le llama «el Espíritu de Verdad». «Cuando venga el Consolador ... el Espíritu de Verdad.» No es sólo que la verdad lo caracteriza; su misma naturaleza es la verdad. Así, Juan escribe en su primera epístola: «Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad» (1 Jn. 5.6b). Es inconcebible que él sea un testigo falso. Su testimonio es siempre verdadero porque él es verdadero.

El tercer requisito del Espíritu Santo para dar testimonio de Cristo es que él mismo es el Espíritu de Cristo. En el Nuevo Testamento se lo llama casi indiscriminadamente «Espíritu de Dios» y «Espíritu de Cristo», porque procede eternamente del Padre y del Hijo. Y en los versículos que estamos estudiando al final de Juan 15, Jesús dice de sí mismo: «a quien yo os enviaré del Padre» (cf. Hch. 2.33).

Si el Espíritu Santo es a la vez *paraklētos* y Espíritu de Verdad y Espíritu de Cristo, podemos entender entonces que Jesús continúe y diga: «El dará testimonio de mí.» Está perfecta y singularmente capacitado para hacerlo. El

TESTIGO

propósito de su venida fue dar a conocer a Cristo, «glorificarlo» ante la iglesia (Jn. 16.14) y «testificar» de él frente al mundo (Jn. 15.26).<sup>3</sup>

#### La iglesia

Esto nos lleva, por último, al quinto aspecto del testimonio cristiano que concierne al predicador. Hemos dedicado a este punto bastante espacio, pero solamente ahora estamos en condiciones de ver la obra del predicador en perspectiva. Podemos resumir el punto de vista bíblico del testimonio cristiano diciendo que es dado al mundo por el Padre respecto al Hijo mediante el Espíritu Santo y la iglesia. Si el Padre da testimonio vivo del Hijo mediante el Espíritu, también lo da mediante la iglesia. Por eso, dice Jesús: «El Espíritu de verdad ... dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio también.» Pedro hizo una afirmación parecida en uno de sus sermones delante del Sanedrín, cuando dijo: «Nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo...» (Hch. 5.32; cf. 1.8).

Este doble testimonio del Espíritu y de la iglesia es un fenómeno muy interesante. Constituye un ejemplo del hecho de que el testimonio, para que sea válido, ha de ser siempre plural. La declaración de un solo testigo no bastaba en el Antiguo Testamento para mantener una acusación: «No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» (Dt. 19.15; cf. 17.6-7; Nm. 35.30; He. 10.28). Este principio fue llevado al Nuevo Testamento. Jesús nos dijo con claridad que si un hermano ha pecado contra nosotros y no quiere escuchar cuando lo reprendemos a solas, debemos tomar «uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra» (Mt. 18.15-16; cf. 2 Co. 13.1; 1 Ti. 5.19). Además, este principio es válido no sólo al dar testimonio de los delitos de otro, sino al testificar de la verdad. ¿No fue por este motivo que Jesús envió a los doce y a los setenta «de dos en dos»? (Mr. 6.7; Lc. 10.1). Ciertamente, es la razón explícita por la cual pretendía que el testimonio que el Padre daba de él corroboraba el testimonio de sí mismo. «En vuestra ley está escrito --dijoque el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí» (Jn. 8.17-18). Quizás esto nos da también un poco de luz sobre la identidad de los «dos testigos» del Apocalipsis a quienes fue concedido poder para «profetizar» durante un cierto período de tiempo (Ap. 11.3-7). Todo esto nos enseña el valor de un testimonio colectivo, de las inmensas posibilidades que toda una congregación unida tiene de testificar de Jesucristo en el lugar en que la iglesia está ubicada. Si la declaración de sólo dos o tres testigos confirma y prueba toda palabra, ¿quién será capaz de resistir el impacto de una iglesia que testifica en conjunto?

#### La experiencia

Sin embargo, a pesar de la importancia del testimonio congregacional unido, el predicador tiene una función particular en el testimonio de Jesucristo. Para el cumplimiento adecuado de su deber necesita dos requisitos especiales: experiencia y humildad. Vamos a examinarlos uno tras otro.

Por «experiencia» no quiero decir experiencia en el ministerio de la predicación o en la vida en general, aunque ambas son necesarias para el predicador. Me refiero más bien a una experiencia personal con Jesucristo mismo. Esta es la característica primordial e indispensable del testigo cristiano. No puede hablar de oídas. Si así lo hiciera, no sería un testigo. Debe hablar de su propia experiencia personal.

Esto debería quedar claro en vista de las connotaciones legales de la palabra. Una de las maneras en que se usa es en la ratificación de transacciones legales. Por ejemplo, cuando Jeremías compra un campo a su primo en Anatot, dice: «Y escribí la carta y la sellé, y la hice certificar con testigos, y pesé el dinero en balanza», poniendo un gran énfasis en el hecho de que la carta de venta es firmada primero y luego sellada y dada a Baruc en presencia de los «testigos» (Jer. 32.10-12; cf. vv. 25 y 44). De manera similar, en la plaza pública, junto a la puerta, con los ancianos de la ciudad como testigos, Booz compra un campo de Noemí y a Rut, la

moabita, para que sea su esposa (Rt. 4.1-12).4 A estos testigos se los llama así porque «testifican» de un acuerdo. Ellos mismos oyen el convenio de las partes contratantes. Ven con sus propios ojos la firma y el sello de la escritura. Esto es más claro quizás cuando se invoca a Dios mismo como testigo. Un ejemplo del Antiguo Testamento será suficiente. Jeremías termina su carta a los exiliados de Babilonia con estas solemnes palabras: «Lo cual yo sé, y testifico, dice Jehová» (Jer. 29.23). Dios es el mejor testigo, porque conoce todas las cosas. Sus ojos están en todas partes. Ningún secreto puede ocultársele. Por esta causa, el apóstol Pablo, cuando afirma alguna verdad personal relativa a sus motivos íntimos o a sus actos privados, exclama cuatro veces en sus epístolas: «Dios es mi testigo» (Ro. 1.9; 2 Co. 1.23; Fil. 1.8; 1 Ts. 2.5). Sólo Dios podía leer sus pensamientos. Sólo Dios sabía si sus móviles eran sinceros y si su corazón estaba limpio. Y por esto, cuando lo acusaban o sospechaban de él, no podía pensar en nadie mejor que en Dios como testigo suyo.

El otro uso jurídico de la palabra testigo se refiere a los tribunales de justicia. Un ciudadano que comparece ante el tribunal como testigo en un juicio por conducir un vehículo peligrosamente debe haber presenciado el accidente para poder así prestar declaración. El verbo griego *martyrasthai* o *martyrein* significa, según el diccionario de Grimm y Thayer: «ser testigo, dar testimonio, testificar; v.g., afirmar que uno ha visto, oído o experimentado algo». He aquí otra definición: «Testigo es aquel que tiene conocimiento directo de ciertos hechos y declara delante de un tribunal de justicia lo que ha visto u oído. Da testimonio de lo que sabe.»<sup>6</sup>

Estas ideas sobre el uso legal de la palabra «testigo» se trasladan en la Biblia a la esfera del testigo cristiano. Refiriéndose de nuevo al texto que es la base de este capítulo, Jesús no sólo dijo a sus discípulos: «vosotros daréis testimonio también», sino que enfatizó su aptitud para este ministerio con las palabras «porque habéis estado conmigo desde el principio» (Jn. 15.27). Podían dar testimonio de él porque habían estado con él. Este era el requisito primordial. Si no le hubiesen conocido, no habrían podido testificar. Pero, por cuanto le habían conocido, tenían la obligación de

hacerlo.7 La misma secuencia se repite después de la resurrección, cuando les dice a ellos primero: «Y vosotros sois testigos de estas cosas» (Lc. 24.48), y luego: «me seréis testigos» (Hch. 1.8; cf. también 1.21-22; 2.32; 3.15; 4.33; etc.) Para dar testimonio se debe ser testigo. Este requisito es tan importante y recibe un énfasis tan reiterado en el Nuevo Testamento que debemos extendernos en él un poco más. La conexión más frecuente es entre los verbos «ver» y «testificar». El mejor testimonio es el visual.8 Juan el Bautista cumplía este requisito. Se escribe de él: «También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él ... Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (Jn. 1.32, 34). Jesucristo mismo insinuó también este derecho a haber conocido y visto personalmente cuando dijo a Nicodemo: «Lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos» (Jn. 3.11-13).9 También podemos mencionar a Juan, quien utiliza las diferentes acepciones de ver y testificar con más frecuencia que los demás escritores del Nuevo Testamento. El prólogo a su primera epístola incluye las conocidas palabras: «la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos»; y más tarde: «hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo» (1 Jn. 1.2; 4.14; cf. Jn. 19.35). El último ejemplo es el del apóstol Pablo, a quien, después de su conversión, Ananías dijo: «El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído» (Hch. 22.14-15; cf. 23.11; 26.22).

No pido disculpas por esta serie de ejemplos. Tal evidencia acumulativa debe convencernos de que la idea bíblica del testimonio cristiano presupone una experiencia viva y de primera mano de la salvación de Jesucristo. El apóstol vio y oyó al Jesús histórico objetivamente. Pero las palabras del Señor resucitado a Pablo sugieren lo adecuado de extender la idea de testimonio a una experiencia mística y subjetiva de Cristo, ya que le dijo a Pablo: «Porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti» (Hch.

26.16). No hay razón para suponer que estas experiencias futuras de Cristo fueron apariciones objetivas como, según dice, fue la revelación en el camino de Damasco. Más bien fueron algo interior y espiritual, y también de ellas debía dar testimonio. Lo mismo debemos hacer nosotros.

En nuestra predicación no sólo exponemos palabras que han sido confiadas a nuestra mayordomía. Ni tampoco proclamamos como heraldos sólo un poderoso acto de redención ya realizado. Hacemos esto, pero además lo hacemos como testigos, como aquellos que han llegado a una experiencia vital de esa palabra y ese acto de Dios. Hemos oído su voz suave y tierna a través de su Palabra. Hemos visto su acto redentor realizado por amor a nosotros y hemos tenido acceso por la fe a los inconmensurables beneficios de este hecho. Nuestra tarea no es dar una conferencia sobre Jesús con aire filosófico. Hemos entrado en una relación personal con él. Su revelación y su redención han cambiado nuestra vida. Nuestros ojos han sido abiertos para verlo y nuestros oídos han sido destapados para oírlo como nuestro Salvador y Señor. Somos testigos; así que debemos dar testimonio. Ciertamente, tenemos que enseñar de manera sistemática acerca de su persona y proclamar con denuedo las buenas nuevas de lo que ha realizado mediante su muerte. Pero no debemos dejar de recomendarlo a nuestros oyentes fuera de la experiencia personal. «Es bastante fútil --dijo William Temple-- decir a la gente: "Id a la cruz". Debemos poder decirles: "Venid a la cruz." Y solamente hay dos voces que pueden hacer esta invitación con eficacia: la del Redentor impecable, con la que no podemos hablar; y la del pecador perdonado, el cual se sabe perdonado. Y esa es la parte que nos toca a nosotros.»

Si la idea central del testimonio es una experiencia personal, se sobreentiende que debe haber una correspondencia exacta entre nuestra experiencia y nuestro testimonio. Hemos de ser rigurosamente sinceros. La Biblia nos advierte del grave pecado del falso testimonio. El noveno mandamiento prohíbe categóricamente dar falso testimonio de nuestro prójimo (Ex. 20.16 = Dt. 5.20; cf. Ex. 23.1). El testigo falso era considerado tan vil que se mandaba a los

magistrados que hicieran con él como él había pensado hacer a su hermano (Dt. 19.16-21). La aversión con que se miraba este pecado puede deducirse de que el falso testimonio aparece en el libro de los Proverbios como una de las seis cosas que Dios aborrece (Pr. 6.19), y Jesús lo incluyó en la lista de lo perverso que sale del corazón malvado del hombre (Mt. 15.19).<sup>10</sup>

Esta es, pues, la única alternativa que tenemos. Nuestro testimonio puede ser falso o verdadero. «El testigo verdadero no mentirá; mas el testigo falso hablará mentiras» (Pr. 14.5; cf. v. 25). El diablo es el testigo falso por excelencia. Es un calumniador, «el acusador de nuestros hermanos», «mentiroso, y padre de mentira» (Ap. 12.10; Jn. 8.44). Pero el predicador cristiano debe ser un testigo verdadero e irreprensible. No sólo debemos afanarnos por ser exactos al exponer la Palabra de Dios,11 sino que no podemos exagerar ni subestimar los hechos de nuestra propia experiencia. Si, para ser administrador, la fidelidad es un requisito indispensable, para ser testigo también lo es. La fidelidad del mayordomo consiste en dispensar a la familia en su medida exacta lo que le ha sido confiado; la del testigo, en declarar con sinceridad e integridad exactamente lo que sabe, sin ocultar la verdad, ni distorsionarla ni embellecerla. Es muy fácil exagerar, dar a los demás la impresión de que hemos avanzado por el camino estrecho más de lo que corresponde a la realidad. Debemos tener la honradez suficiente para confesar la verdad. No debería asustarnos el decir como el apóstol: «no que lo haya alcanzado ya, ni que va sea perfecto» (Fil. 3.12). El verdadero testigo está libre de cualquier sospecha de hipocresía: es transparentemente sincero.

Todo esto nos coloca, a quienes somos llamados a ser testigos de Cristo, bajo la obligación solemne de examinarnos y no descuidar la formación de nuestra alma, no sea que nos convirtamos en testigos mudos y no tengamos nada que decir. Verdaderamente los apóstoles hacían bien en entregarse a la oración y al ministerio de la Palabra, porque predicar sin oración es una burla. La mayor necesidad del predicador es conocer a Dios. Me tienen sin cuidado su falta de elocuencia

y arte, que su discurso esté mal construido o su mensaje pobremente expuesto, mientras sea evidente que Dios es real para él y que ha aprendido a permanecer en Cristo. La preparación del corazón es de mucha más importancia que la preparación del sermón. Las palabras del predicador, aunque claras y llenas de fuerza, no parecerán verdaderas a menos que hable con la convicción nacida de la experiencia. Muchas predicaciones que siguen las mejores reglas de la homilética tienen, sin embargo, un sonido hueco. Hay algo superficial, difícil de definir, en quien predica sermones de este tipo. Su tema da muestras de una mente bien provista y disciplinada; tiene una voz agradable, buena presencia y gestos moderados, pero de alguna manera su corazón no está en el mensaje. No puede decirse de él lo que en cierta ocasión un joven que trabajaba en una tienda de conservas dijo de Peter Marshall: «Parece conocer a Dios y me ayuda a mí a conocerlo mejor.»<sup>12</sup> Alexander Whyte, según parece, dijo una vez: «Aunque tuvieras una magnífica biblioteca si no te conocieras a ti mismo, no predicarías un sermón digno de ser escuchado.»<sup>13</sup> Esto es cierto, pero aún más importante que conocerse a uno mismo es conocer a Dios.

La predicación del testigo tiene espontaneidad, un fervor contagioso, un estilo directo y sencillo, un realismo profundo, todo lo cual se debe a un íntimo conocimiento de Dios. Hemos de tener, por tanto, hambre y sed de él. Debemos reclamar la promesa de Jesús de que se manifestará a aquellos que le aman y demuestran su amor con la obediencia (Jn. 14.21). Recordemos que la auténtica preparación de un sermón no estriba en las pocas horas que se dedican específicamente a ello, sino en todo el caudal de la experiencia cristiana del predicador hasta el momento de exponerlo, de lo cual el sermón es una gota destilada. Como ha dicho E. M. Bounds: «El hombre, todo el hombre está detrás del sermón. La predicación no es una actuación de una hora, es lo que emana de una vida. Se necesitan veinte años para hacer un sermón porque se necesitan veinte años para hacer un hombre».14

Una experiencia de Dios como ésta, tal como la hemos estado describiendo, es más preciosa que la vida misma, y

seguramente por ello, el testigo en el Nuevo Testamento está relacionado íntimamente con el sufrimiento, y la palabra griega que quería decir testigo (martys) llegó a significar de manera gradual mártir (Hch. 22.20 y Ap. 1.9; 2.13; 6.9; 12.11; 17.6; 20.4). ¡Que Dios nos dé hoy hombres de esta talla; hombres cuyo conocimiento del Señor Jesucristo sea de un valor tan sobresaliente que estén dispuestos a sufrir para dar testimonio de él y, si fuese necesario, sellar con su propia sangre tal testimonio!

#### La humildad

Si la experiencia es uno de los dos requisitos indispensables del testigo cristiano verdadero, la humildad es el otro. Todo predicador conoce la sutil tentación de vanagloriarse, y el púlpito contribuye a esto. Estamos allí en un lugar prominente, por encima de la congregación; somos centro de su mirada y objeto de su atención. Verdaderamente, es una posición peligrosa. Pero me atrevo a decir que una comprensión adecuada de la naturaleza y el propósito del testigo cristiano será una defensa eficaz contra los peligros del orgullo. Recordemos que el testigo cristiano es testigo de Cristo. No damos testimonio de nosotros mismos; y cuando hablamos de nuestra propia experiencia es solamente para ilustrar lo que estamos enseñando de Cristo. Juan el Bautista puede ser considerado en este aspecto el ejemplo perfecto del testigo. Se escribe de él: «Vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz ... no era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz» (Jn. 1.7-8; cf. vv. 15 y 19). Cuando hubo acabado ya su obra, y como resultado de su testimonio, los discípulos, uno a uno, empezaron a dejarlo y a seguir a Jesús (p. ej., Jn. 1.35-42). Juan no parece haber sentido resentimiento, sino únicamente satisfacción por el cumplimiento de su tarea. Fue como un precursor, como el que va delante con el objeto de preparar a la gente para la llegada del Rey. Pero cuando éste llega, ¿quién se fija en el precursor? De igual manera, en otra metáfora que utilizó el mismo Juan el Bautista, Jesús es el esposo celestial que ha venido a buscar a su desposada. Juan es el «amigo del esposo» y su deber consiste en hacer los preparativos para la boda. Pero ahora que ha llegado el

Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

esposo, se espera que la esposa no piense en nada más que en él. El «amigo del esposo» no tiene ningún deseo de interponerse entre él y ella. Ya ha cumplido su tarea. Ahora el esposo «tiene a la esposa». El «amigo del esposo» pasa a un segundo plano y «se goza grandemente de la voz del esposo». «Este mi gozo --añade Juan-- está cumplido», y concluye con un resumen perfecto sobre la actitud de un testigo humilde: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe» (Jn. 3.25-30). No debemos pretender centrar la atención de las personas en nosotros mismos o interponernos entre ellas y Cristo. El propósito esencial de nuestro ministerio de testimonio es que vean a Cristo y depositen su confianza en él.

En la iglesia de la cual soy pastor en Londres hay un famoso cuadro colgado en una pared detrás de la mesa de la Santa Cena. Mide alrededor de 3,60 por 2,70 metros y domina todo el interior de la iglesia. Lo pintó William Westall y fue presentado por el rey Jorge IV el día de la consagración de la iglesia en 1824. Representa al Señor Jesús, maniatado, pero majestuoso, cercado por sacerdotes de aspecto siniestro y rudos soldados que se burlan de él. Rodeando la cabeza del Señor, las manos de estos hombres señalan el objeto de su escarnio. Veo en este cuadro un símbolo de nuestro ministerio. Jesucristo es el centro de nuestro mensaje. Nosotros somos sólo indicadores que estamos señalándolo. Lo que estos soldados y sacerdotes del cuadro hacen con sorna y odio, nosotros lo hacemos con amor y adoración. En la medida en que nuestra visión esté llena de él, menos caeremos en la vanidad egocéntrica.

Pero el testigo cristiano no es sólo testigo de Cristo. Es, ante todo, testigo de Cristo por el Padre por medio del Espíritu Santo. No quiero dar a entender que nuestro testimonio humano sea innecesario o poco importante, sino más bien que lo hemos de mirar con sentido de proporción, y de este modo nos sentiremos menos inclinados al engreimiento. El testimonio de Jesucristo delante del mundo no depende, en último lugar, de nosotros. Es un testimonio poderoso iniciado por el Padre y continuado mediante el Espíritu. Y si el Espíritu utiliza a la iglesia como instrumento

por medio del cual se comunica su testimonio principalmente, el crédito le pertenece al Espíritu, no a la iglesia.

¡Que nuestro gozo sea siempre estar en esta posición humilde de testigos, participando en el testimonio que el Padre da del Hijo mediante el Espíritu!

# 4 Padre

## El amor y la ternura del predicador

P ensar y hablar del predicador en términos de un padre puede parecer en principio algo extraño. Las ideas que el título en sí conlleva no pertenecen, estrictamente hablando, al campo de la homilética. Pero Pablo no dudó en llamarse «padre» de los corintios, de los gálatas y de los tesalonicenses, así como de algunas personas individualmente, y no hay duda de que los requisitos de un padre, en concreto la ternura y el amor que menciona el apóstol, son indispensables para el predicador tal como se lo presenta en el Nuevo Testamento.

Hay un conjunto tan rico de metáforas en la Biblia para ilustrar el ministerio de la predicación que hasta cierto punto se superponen, y no es fácil reconciliarlas. Por ejemplo, si el administrador nos hacía pensar en una casa, el heraldo en la plaza pública de una ciudad, y el testigo en un tribunal de justicia, el padre nos trae de nuevo a una casa. Sin embargo, la relación del padre con sus hijos es, desde luego, bastante diferente de la del administrador con la familia. Es una relación de afecto más que de obligación, y ahora debe ser obvio lo que hay de nuevo en la metáfora del padre. Para verlo con claridad será útil contrastar las responsabilidades particulares de cada uno de estos hombres y sus ocupaciones. La responsabilidad del administrador está en realidad en los bienes que se le han confiado. Igualmente el predicador debe ser fiel en el mensaje que da a la familia. La responsabilidad del heraldo cristiano es proclamar el poderoso acto de la redención de Dios por Cristo e invitar a la gente a responder. El testigo debe poseer una experiencia de primera mano de lo que testifica. Hasta aquí hemos visto que el predicador está ocupado en el mensaje --qué es y cómo lo comunicará-y en sí mismo, en la experiencia personal de lo que está predicando. Pero en la metáfora del padre, el predicador se preocupa por su familia, por las personas a las que está administrando la Palabra y por su relación con ellas.

La predicación implica una relación personal entre el predicador y la congregación. El predicador no es como un actor que declama desde el escenario mientras el auditorio permanece a la expectativa. Tampoco es sólo un heraldo, gritando su proclamación desde lugares públicos, un intermediario entre el rey y el pueblo, aunque el pueblo le sea desconocido y él sea un desconocido para el pueblo. Es como un padre con sus hijos. Existe una amorosa relación familiar entre ellos. Se pertenecen unos a otros, y antes, durante y después del sermón el predicador es, o debería ser, consciente de esta relación. Puede que ello no sea tan manifiesto en predicaciones del evangelio al aire libre o en campañas especiales, donde la mayoría de la gente le es desconocida al predicador. Pero es evidente que debe aplicarse al predicador que tiene el privilegio inestimable de ministrar en una determinada congregación. Tal predicador nunca puede olvidar que es también pastor. Como dice el obispo Phillips Brooks: «Es necesario que el predicador sea pastor para predicar a personas auténticas. El pastor debe ser predicador para guardar viva la dignidad de su trabajo. El predicador que no es pastor se aísla, el pastor que no es predicador se empequeñece.»¹ Descubrirá que sus sermones hasta cierto punto expresan y están determinados por la relación que tiene con su congregación. El es su padre, ellos son sus hijos.

El cuadro se complica algo por el hecho de que el predicador normal tiene, por así decirlo, dos congregaciones diferentes: la compuesta por los miembros de la familia y la de aquellos que son ajenos a ella. El heraldo dirige su proclamación a todos; el testigo declara sobre Jesucristo que está sometido a juicio delante del mundo. Estas metáforas ilustran la predicación del evangelio. El administrador, sin

embargo, cuida de la casa, y el padre, de su familia. No obstante, creo que los requisitos de un padre han de manifestarse en el predicador, sean quienes fueren las personas a quienes esté hablando, sean miembros simpatizantes o adherentes nominales de la iglesia.

### La autoridad prohibida del padre

¿En qué sentido, entonces, puede llamarse al predicador «padre»? La palabra está tan estrechamente relacionada con los sacerdotes de la Iglesia de Roma que para entender la idea tendremos que sobreponernos a nuestros fuertes prejuicios protestantes. El tema es un ejemplo interesante del cuidado que debemos tener en la interpretación bíblica, puesto que en el Nuevo Testamento encontramos tres usos de la metáfora del padre, dos legítimos y uno falso. Tomando en primer lugar el uso falso, conocemos bien las palabras del Señor Jesús a sus discípulos: «Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos» (Mt. 23.9). En el contexto, Jesús está advirtiendo a sus seguidores contra el orgullo y la hipocresía de los fariseos, quienes iban detrás del status social y amaban «los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las salutaciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí» (Mt. 23.6-7). Los fariseos deseaban que se les dieran títulos honoríficos. Ello los halagaba, les proporcionaba un sentimiento de superioridad sobre todos los demás. En contraste con ellos, Jesús dijo que había tres títulos que sus discípulos no debían aceptar: «rabí» (esto es, maestro), «padre» y «señor». Vamos a ocuparnos ahora especialmente del sustantivo «padre». ¿Qué quería decir Jesús con esta metáfora?

El padre ejerce autoridad sobre sus hijos, por cuanto éstos dependen de él. Sugiero que lo que Jesús está diciendo aquí es que nunca debemos adoptar hacia nuestros semejantes en la iglesia la actitud de dependencia que un niño tiene hacia su padre, ni tampoco debemos exigir a otros que dependan espiritualmente de nosotros. Que esto es lo que Jesús quería decir lo confirma la razón que él mismo da: «porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos».

Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

Debemos dependencia espiritual a Dios, nuestro Padre celestial. El es nuestro creador, física y espiritualmente al mismo tiempo, y como seres creados dependemos por completo de su gracia. Pero no dependemos, ni debemos depender, del prójimo. Nuestro deseo como predicadores es (al igual que Pablo) «presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Col. 1.28). Anhelamos que los miembros de nuestra congregación crezcan hasta alcanzar la madurez espiritual en Cristo, una madurez adulta, independiente, esperando del Señor el sostén de todas sus necesidades, ya que es «en Cristo» que Dios «nos bendijo con toda bendición espiritual» (Ef. 1.3). No queremos que los miembros de la iglesia se queden pegados a nuestras piernas correteando a nuestro alrededor como los niños en torno a su madre. En todas las iglesias hay almas débiles a las que les gusta mucho revolotear en torno al pastor y solicitan constantemente entrevistas con él para consultarle sus problemas espirituales. Hemos de oponernos a esto y, además, enérgicamente. Con delicadeza pero con firmeza, deberíamos dejar claro que el propósito de Dios es que sus hijos lo consideren a él --y no a los hombres-- como su Padre. Quizás puedo sugerir de paso que la razón por la que Cristo prohibió los otros dos títulos es sustancialmente la misma. No debemos dejar que nos llamen «rabí», colocándonos como maestros autorizados por derecho propio, ni «señor», como si esperáramos que los hombres nos obedezcan servilmente. Nosotros somos siervos de los demás y no al revés (Mt. 23.11).

La explicación principal de esta categórica negativa del Señor a permitir tales nombres en la iglesia cristiana es que veía en ello una afrenta a Dios. Dios es nuestro Padre (Mt. 23.9), Cristo es nuestro Jefe (Mt. 23.10 VP), y (aunque ello no se afirme explícitamente en el texto) el Espíritu Santo es nuestro Maestro. Así pues, ponernos como padres, señores y maestros de los hombres es usurpar la gloria de la Trinidad y arrogarnos una autoridad que sólo pertenece a Dios.

El segundo motivo por el que el Señor insiste en este punto puede verse en sus palabras «y todos vosotros sois hermanos» (Mt. 23.8). Ciertamente, hay diferentes oficios y ministerios en la iglesia, pero esa diferencia no afecta la igualdad básica de todo el pueblo cristiano. Es ridículo que un creyente pretenda autoridad paterna sobre su prójimo y le exija subordinación como a un niño, si los dos son en realidad hermanos. A los fariseos les gustaba sobremanera hacer que la gente los adulara. Los ministros cristianos no deberían hacer nada parecido.

## La relación y el afecto de un padre

Así pues, lo que nos está prohibido es ejercer la *autoridad* como un padre hace con sus hijos dependientes. Pero la metáfora del padre se usa de otras dos maneras en el Nuevo Testamento que sí son permisibles. Ambas se encuentran al final de 1 Corintios 4 y voy a citar desde el versículo 14:

«No escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos amados. Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio. Por tanto, os ruego que me imitéis. Por esto mismo os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseño en todas partes y en todas las iglesias ... ¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?

El primer uso legítimo del símil padre-hijo que encontramos en este pasaje se refiere a aquel que ha sido instrumento para la conversión de otros. Pablo no duda en escribir a los gálatas: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gá. 4.19). La metáfora es aquí un poco confusa. Ya son sus «hijitos», pero la misma vida espiritual de ellos parece estar en peligro, de modo que siente como si tuviera que sufrir dolores de parto otra vez por causa de ellos. En esta metáfora él es la madre. El los dio a luz cuando visitó sus ciudades en el primer viaje misionero. Igualmente, habla de haber engendrado a los corintios «por medio del evangelio» (1 Co. 4.15), aludiendo, sin duda, a su visita a Corinto durante el segundo viaje misionero. El apóstol usó la misma expresión al referirse individualmente a personas a quienes había llevado a Cristo. Onésimo, el esclavo fugitivo, se había convertido evidentemente por el ministerio de Pablo durante su encarcelamiento en Roma, de manera que el apóstol pudo escribir a Filemón: «Te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones» (Flm. 10). Es probable que Tito y Timoteo hayan llegado a ser cristianos también por medio de él, ya que a ambos los llama sus hijos.<sup>2</sup>

El segundo uso legítimo de la metáfora padre-hijo es transmitir una relación íntima y afectuosa. Este es el sentido de 2 Corintios 4 y, de este modo, utilizo la metáfora como una descripción de lo que debería ser el predicador. Los corintios eran los «hijos ... amados» del apóstol (v. 14) y todo predicador puede llegar a pensar de la misma manera respecto a la congregación que sirve. Para aclarar lo que quiere decir, Pablo traza una distinción entre el «ayo» y el «padre». La palabra del versículo 15 que se traduce «ayos» (RV) o «tutores» (NBE) es paidag ōgous. El paidag ōgous era el tutor de un niño durante su minoría de edad.<sup>3</sup> Normalmente era un esclavo, pero tenía que supervisar la conducta del menor, incluyendo su modo de vestir, su alimentación, su lenguaje y su educación. No era el instructor del niño (pues enseñaba poco o nada), sino el encargado de disciplinarlo. En dibujos antiguos se lo ve frecuentemente con un látigo en la mano, ya que le estaba permitido aplicar el castigo físico. Por ello el apóstol escribe en el versículo 21: «¿Iré a vosotros con vara?» O, como dice el obispo J. W. C. Wand, «con un gran bastón»,4 es decir, ¿querían los corintios que Pablo fuera su paidagōgous y los tratara con severidad y dureza? ¡Seguramente no! «Aunque tengáis diez mil ayos en Cristo --dice Pablo--, no tendréis muchos padres» (1 Co. 4.15). En otras palabras, muchos estaban preparados para disciplinarlos, pero no tantos podían amarlos con el amor de un padre, que es lo que Pablo hizo y quería continuar haciendo.

Es evidente, sin embargo, en este pasaje que el padre puede hacer algunas veces el papel de *paidagōgous*. Ciertamente, todo padre «al que ama, disciplina. Y azota a todo el que recibe por hijo» (He. 12.6; tomado de Pr. 3.12). Y el ministro está dotado de cierta autoridad para ejercer la disciplina. Tal autoridad no es más incompatible con el amor que con la humildad. Esta combinación de actitudes se ilustra de manera muy interesante en 1 Tesalonicenses 2, donde en un versículo Pablo señala su autoridad apostólica al afirmar

que su palabra no era «palabra de hombres» sino «la palabra de Dios», y en otros versículos recuerda a los tesalonicenses el comportamiento que había tenido con ellos cuando les dice: «Sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduvieseis como es digno de Dios» (1 Ts. 2.11-12).

El amor es, por tanto, el principal requisito a que se refiere el apóstol cuando usa la metáfora para ilustrar su ministerio: no un sentimentalismo blando o enfermizo, sino un amor fuerte, desinteresado, que se preocupa y que no es incompatible con la disciplina. Este amor es la virtud preeminente del cristiano. Pablo mismo, el gran apóstol de la gracia y la fe, escribe que el amor es el primer fruto del espíritu (Gá. 5.22). Como adalid de la ortodoxia teológica, afirma incluso que el amor es superior al conocimiento, ya que «el conocimiento envanece, pero el amor edifica» (1 Co. 8.1-3). Y en su exquisito himno al amor en 1 Corintios 13, no nos deja duda alguna sobre su indispensable necesidad en el predicador: «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy» (1 Co. 13.1-2). No podía poner más énfasis en este punto. Un predicador sin amor no es sólo como un ruido discordante. Es peor y menos que esto. No es «nada».

Habiendo intentado mostrar que cuando el apóstol emplea la metáfora del padre está pensando no tanto en la autoridad del padre como en su afecto, estamos en condiciones ahora de preguntarnos de qué manera podemos esperar que se manifieste este amor y, especialmente, cómo puede expresarse en el ministerio de la predicación. Tengo seis sugerencias que hacer al respecto.

## La comprensión de un padre

En primer lugar, el amor de un padre nos hará entendidos en nuestro acercamiento. Las personas a las que les predicamos tienen muchos problemas, intelectuales, morales, personales,

familiares. Una vez, Peter Marshall aconsejó a los alumnos del Seminario Teológico de Gettysburg: «Debéis arraigar la predicación en la realidad, recordando que los que están delante de vosotros tienen problemas, dudas, temores y ansiedades que corroen su fe. Vuestro deber, así como el mío, es penetrar tras las fachadas convencionales que están sentadas en los bancos, hilera tras hilera...» Tenía mucha razón. En nuestra predicación hay demasiado de académico y teórico; tenemos que aplicar esto a las realidades prácticas de la vida diaria. No basta con hacer una exposición exacta de algún pasaje de la Palabra de Dios si no la relacionamos con las necesidades reales de los hombres. Esto es lo más interesante de la predicación: aplicarla a la necesidad humana. El predicador debería conocer a la gente y la mundo que la rodea tanto como a Dios.

Pero la pregunta es: ¿cómo podemos llegar a entender los problemas que perturban y agobian a los que servimos? La respuesta es sencilla: con amor. Un padre se esfuerza por comprender a sus hijos mientras crecen; se preocupa tanto por ellos que hará todo lo posible para comprender sus ilusiones y temores, sus debilidades y sus dificultades. Del mismo modo, un predicador, si ama a su congregación con el amor de un padre, se preocupará por averiguar cuáles son sus problemas. Por lo general, el ministro lleva una vida un tanto aislada. Puede conocer algo de la vida familiar, pero probablemente no tiene ninguna experiencia del mundo de los negocios. Nunca ha tenido que hacer frente a los conflictos éticos, las presiones, la competencia, las relaciones con colegas, el esfuerzo, el ajetreo diario, que son el denominador común de cualquier hombre de negocios. En mayor o menor grado la congregación sabe esto y está bastante convencida de que su pastor no comprende estas dificultades. Habla con soltura sobre la vida y el testimonio cristianos. Pero, ¿ha tenido que estar alguna vez en una oficina, una tienda o una fábrica, como el único creyente, privado, por tanto, de la comunión con otros cristianos? Es muy importante que pensemos en la situación de los miembros de nuestra congregación; que nos identifiquemos con ellos en sus penas, dificultades y tensiones; y que no vivamos, o no parezca que vivimos, aislados en una torre de marfil. Esta separación entre el predicador y la gente es muy nociva para la proclamación y la recepción del mensaje. El que habla y los que escuchan no están en la misma longitud de onda.

¿Cómo podemos efectuar un re-acercamiento? Primeramente, tendremos que leer libros, revistas y periódicos, no sólo para profundizar en el conocimiento de la naturaleza humana en general, sino para llegar a conocer cómo vive y piensa la gente en particular. Y dejaremos que ella nos hable. No hay método más rápido para construir un puente sobre el abismo que hay entre el predicador y las personas que reunirnos en sus casas y en la nuestra propia. El predicador eficaz es siempre un pastor diligente. Sólo si cada semana dedica un tiempo específico para visitar a las personas y conversar con ellas, estará en condiciones de predicarles. Cuanto más hablen con él en su estudio entre semana, mejor les hablará él desde el púlpito los domingos.

El amor ayudará al predicador a ser comprensivo en su acercamiento, no sólo porque entonces se preocupará por llegar a conocer a los miembros y sus problemas, sino también porque cuando los conozca podrá apreciarlos mejor. El amor tiene una extraña facultad intuitiva. Jesús nuestro Señor la poseía de manera perfecta. Una y otra vez se dice de él que conocía los pensamientos de las personas que lo rodeaban. Ciertamente, el apóstol Juan escribe: «Y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre» (Jn. 2.25). Los hombres sentían instintivamente que él los comprendía. Era el gran kardiognōstēs (Hch. 1.24) o conocedor del corazón, el que «escudriña la mente y el corazón» (Ap. 2.23), y nosotros deberíamos buscar de él el discernimiento para ser y hacer lo mismo. El amor, el afecto desinteresado que anhela comprender y de este modo ayudar, es uno de los secretos más grandes de la comunicación. Cuando el predicador ama a sus miembros, ellos dirán de él: «Nos comprende.»

#### La ternura de un padre

En segundo lugar, el amor de un padre nos hará tiernos en nuestra manera de ser. Muchos de nosotros somos por naturaleza bruscos y agresivos. Temperamentalmente no somos ni dóciles ni sensibles. Sin embargo, el verdadero padre, sea cual fuere su carácter y por más estricto que fuere en la disciplina, muestra ternura hacia sus hijos. Su amor lo hace bondadoso. Esta virtud dominó el carácter del Señor Jesús. ¿No dijo de sí mismo; «soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11.29), y no escribió Pablo acerca de «la mansedumbre y ternura de Cristo» (2 Co. 10.1)? También en esto «el discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor». Verdaderamente, «bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor» (Mt. 10.24-25). Por ello, Pablo manifiesta a los corintios su deseo de ir a ellos «con amor y espíritu de mansedumbre» (1 Co. 4.21), la misma mansedumbre que es parte del fruto del Espíritu (Gá. 5.23). En todas estas citas «mansedumbre» es la misma palabra, praütēs.

Y si la ternura o mansedumbre ha de caracterizar a todo cristiano tal como caracterizó a Cristo, cuánto más necesario es que se manifieste en los predicadores y maestros. Un buen pastor «pastoreará suavemente a las recién paridas» (Is. 40.11). Realmente, algunas veces deberá ser tan tierno que va a parecer más una enfermera al cuidado de un recién nacido que un pastor con sus ovejas. «Fuimos tiernos entre vosotros --escribió Pablo a los tesalonicenses--, como una nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos» (1 Ts. 2.7). ¡Y cuánto necesitamos nosotros esta ternura! Los niños crecen despacio. Es absurdo esperar de ellos que tengan la inteligencia y la educación de los adultos mientras aún están en la infancia. Debemos tener paciencia con ellos. En ocasiones parecerán duros de entendimiento y nos exasperaremos tanto con su torpeza como Jesús con los doce. No obstante, debemos perseverar. Nunca debemos perder el tino o desesperarnos. Somos llamados a velar por las almas de las personas (He. 13.17); nunca debemos cejar en nuestra vigilancia. Y cuando nos violentamos, quizás por divisiones en la iglesia o la aparición de alguna enseñanza falsa, debemos recordar las instrucciones que se nos han dado: «Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido;

que con mansedumbre corrija a los que se oponen» (2 Ti. 2.24-25).

Y aquí hay otro punto: es trágico ver que un pastor se hace huraño. Después de muchos años de decepción y frustración, con escasos resultados visibles y pocas voces que lo animen en su camino, algunas veces el pastor queda amargado. Entonces recurre al sarcasmo cruel. Pero tal sarcasmo es un arma que el amor no usaría nunca. Con frecuencia es una expresión deshonesta de la autocompasión y el amor propio. No nos sentimos respetados ni apreciados al pensar en lo que deberíamos ser, y entonces nos vengamos con el sarcasmo. Es una señal inequívoca de amor hacia uno mismo, ya que si amáramos a los otros más de lo que nos amamos a nosotros mismos, nunca desahogaríamos nuestra amargura a expensas de los demás. El amor nos mantendrá apacibles. Pablo admite que ha de comunicar algunas cosas desagradables sobre la complacencia arrogante de los corintios, pero se apresura a afirmar que su propósito al hacerlo no es humillarlos sino llevarlos a una mejor actitud. «No escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos amados» (1 Co. 4.14). Un padre verdadero no querrá nunca reprender o empequeñecer a sus hijos delante de otros. Los ama demasiado para hacerlo. Los niños necesitan, a menudo, estímulo más que amonestación, que se elogie su buen comportamiento tanto como se reprocha su mala conducta. Los padres no deben «exasperar» a sus hijos «para que no se desalienten» (Col. 3.21; cf. Ef. 6.4). «Me ha impresionado grandemente en estos últimos años --escribe el Dr. J. H. Jowett-- una frase que he encontrado al ojear numerosas biografías. El Dr. Parker repetía una y otra vez: "¡Predicad a los corazones quebrantados!" Y ahí está el testimonio de Ian Maclaren: "El fin principal de la predicación es el consuelo..." No puedo olvidar nunca lo que me dijo un distinguido erudito que solía asistir a mi iglesia: "Lo mejor que ha hecho desde el púlpito ha sido animar a sus oyentes para la semana siguiente." Y permitidme citar un pasaje casi desgarrador del Dr. Dale: "Las personas quieren ser consoladas ... Necesitan consolación; no es que simplemente lo deseen: realmente lo necesitan."»6

#### La sencillez de un padre

En tercer lugar, el amor de un padre nos hará sencillos en nuestra enseñanza. ¡Con qué paciente sencillez un padre deletrea el alfabeto a su hijo! Se humilla hasta el nivel del niño. Olvida sus talentos intelectuales, su erudición, sus premios y títulos académicos y está muy contento de retroceder a los rudimentos de la enseñanza por amor a su hijo. Nosotros debemos hacer lo mismo si queremos ser auténticos «padres» para nuestra congregación. Si los amamos, nuestro objetivo no será impresionarlos con nuestra erudición, sino ayudarlos a crecer con su saber. Mientras sean niños debemos alimentarlos con leche. J. C. Ryle, quien había sido obispo de Liverpool, aseguró que uno de los secretos del avivamiento evangélico de Inglaterra en el siglo 18 fue que sus líderes predicaban con sencillez. «Para conseguir esto --escribió-- no se avergonzaron de crucificar su estilo y de sacrificar su reputación de eruditos ... Pusieron en práctica la máxima de Agustín: "Una llave de madera no es tan bonita como una de oro, pero si sirve para abrir la puerta mientras que la de oro no, es mucho más útil."»7 Para dar más fuerza a esta verdad, el obispo Ryle citó a otros líderes cristianos. Lutero dijo: «Nadie puede ser un buen predicador si no está dispuesto a predicar de tal manera que a algunos les parezca pueril y vulgar.» También, «hacer difícil lo fácil --dijo James Ussher, arzobispo de Armagh en el siglo 17-- es propio de todo hombre; pero hacer fácil lo difícil es el deber de un gran predicador.» John Wesley escribió en el prólogo a un tomo de sermones: «Intento presentar la verdad sencilla a gente sencilla ... procuro evitar toda palabra que pueda ser difícil de entender». 10 Y William Grimshaw predicaba deliberadamente en la iglesia de Haworth en lo que él solía llamar «lenguaje de café».<sup>11</sup>

Pasando a nuestros días, he oído decir varias veces a Billy Graham, y con razón, que el defecto que tenemos los pastores es nuestra tendencia a predicarnos unos a otros. No nos damos cuenta de que muy a menudo somos ininteligibles. «¡Cuánto de lo que le es normal al predicador --escribió R. W. Luxton, médico de consulta, en un artículo de la revista

British Medical Journal, en 1957-- es ininteligible para el que está sentado en los bancos! Me contaron de un paciente en la capilla de un hospital para enfermos mentales a quien, después de escuchar un rato al capellán, le oyeron decir: «¡Ahí voy yo por la gracia de Dios!» La manera directa y sencilla con que el propio Billy Graham llega a sus oyentes es un ejemplo para todos nosotros, y así lo reconoció Geoffrey Fisher, ex arzobispo de Canterbury, quien escribió en la edición de junio de 1954 de las Canterbury Diocesan Notes este comentario sobre la «Greater London Crusade»: «Las iglesias ... esperan que sus miembros comprendan frases enteras sobre la vida y la doctrina de la iglesia antes de que se les havan enseñado las letras del alfabeto cristiano y las palabras de una sola sílaba. Es el error natural del maestro sagaz. El Dr. Graham nos ha enseñado a empezar desde el principio en la evangelización y a hablar por el poder del Espíritu Santo del pecado y la justicia del juicio.»<sup>12</sup>

La sencillez ha de empezar por el tema de la predicación. Debemos dedicar la mayor parte del tiempo a exponer los puntos centrales del evangelio. Podemos dejar a un lado los asuntos más oscuros de la profecía y las cuestiones que pueden dar lugar a controversias o especulaciones. Además, nuestro estilo debe ser tan simple como nuestro tema. Una sintaxis retorcida, rica en oraciones subordinadas, puede ser adecuada para la pluma, pero está fuera de lugar en el púlpito. En la palabra hablada, el punto seguido es mejor que la coma. Y un estilo de frases cortas es el mejor. «Prediquen --dijo el obispo Ryle-- como si fueran asmáticos.» A un tema simple y a un estilo simple debemos añadir palabras simples. Nuestro vocabulario puede ser rico (porque debemos evitar clisés anticuados) sin ser oscuro. Y debemos abstenernos de la jerga. Naturalmente, la congregación debe llegar a aprender el significado de palabras importantes como «justificación» y «propiciación», pero al principio tendremos que explicar incluso lo que la Biblia quiere decir con términos como «gracia» y «fe», «esperanza» y «amor». Si somos prudentes, no daremos nada por sabido. Al menos en estos días, si conociésemos la realidad, creo que la ignorancia bíblica de la mayoría de personas nos asombraría. «No ha

habido nunca una época --escribía *The Times* al publicarse en 1957 el *Oxford Dictionary of the Christian Church*, del profesor F. L. Cross-- en la que tantas personas cultas conocieran tan poco del cristianismo.»

Podría decirse mucho más acerca de la sencillez en la predicación, sobre la división del sermón en secciones o puntos y sobre el empleo de las reiteraciones e ilustraciones, pero me daré por satisfecho con un punto más: el uso del lenguaje gráfico. Estamos acostumbrados a los métodos audiovisuales en la enseñanza de los niños. Aprendemos y recordamos mucho más rápidamente con los ojos que con los oídos. Pero no es necesario usar métodos audiovisuales reales con los adultos si logramos que visualicen lo que estamos hablando. Los niños tienen una imaginación viva, concreta. Al hacerse mayores, afortunadamente, no la pierden por completo. No tengamos miedo, pues, de despertar los poderes de la imaginación de nuestros oyentes. Como reza un proverbio oriental: «un hombre elocuente es el que convierte en ojos los oídos de los que lo escuchan y hace que vean lo que dice». 13 Jesús lo hizo constantemente no sólo mediante palabras sino también con su lenguaje, y nosotros debemos aprender a hacer lo mismo.

#### El empeño de un padre

En cuarto lugar, el amor de un padre nos hará diligentes en nuestra amonestación. «Mamá --exclamó una niña al oír a Charles Simeon predicar por primera vez en Cambridge--, ¿por qué se apasiona tanto ese señor?»<sup>14</sup> En el capítulo 2 ya mencioné algo sobre la seriedad de la invitación del heraldo. El empeño es también una característica del padre. ¿Puede acaso ver que sus hijos empiezan a andar por mal camino y permanecer indiferente? ¿Puede verlos en peligro y no amonestarlos? Un padre que ama se preocupa y un padre que se preocupe no dudará en usar la súplica si tiene motivos para estar ansioso por sus hijos. Pablo fue un verdadero padre de sus hijos. Refiriéndose a sus tres años de estancia en Efeso, dice: «de noche y de día no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno» (Hch. 20.31). ¿Cuándo lloramos por última vez con aflicción de espíritu por algún alma? «Dale,

de Birmingham, estaba inicialmente inclinado a considerar a Moody con desprecio. Pero fue a oírlo y su opinión cambió por completo. Después de aquel día lo miró siempre con un profundo respeto y consideró que tenía derecho a predicar el evangelio, "porque era incapaz de hablar de un alma perdida sin lágrimas en los ojos"». 15

Así como el padre advierte del peligro a sus hijos, el predicador fiel debe hablar en ocasiones del pecado, el juicio y el infierno. Su ministerio será equilibrado. Intentará dar a conocer «la bondad y la severidad de Dios» (Ro. 11.22), la autenticidad del juicio así como la grandeza de la salvación. No es una muestra de amor dejar a las personas solas en el peligro. Si están pereciendo sin Cristo, debemos advertirles seriamente del juicio futuro y rogarles vehementemente que acudan a Jesús, «quien nos libra de la ira venidera» (1 Ts. 1.10). Siempre me ha gustado cómo el profesor Chad Walsh definió la predicación: «La verdadera función del predicador es inquietar a los tranquilos y tranquilizar a los inquietos.»<sup>16</sup> Ya hemos hablado de la necesidad que el hombre tiene de consuelo, puesto que es mucho lo que nos turba en estos días. Pero hay algunos que no están turbados y deberían estarlo. Están satisfechos de sí mismos y se creen autosuficientes. No sienten la necesidad de Dios ni han pensado en el juicio y el destino eternos. ¿Podemos abandonarlos en este paraíso de necedad? Sin duda, nuestro deber es intentar por todos los medios legítimos despertarlos de su peligroso sueño. Desde luego, si queremos halagar a los hombres y lo que más nos importa es nuestra reputación, vamos a dejar de lado estos asuntos tan desagradables. Seremos como los falsos profetas que decían: «Paz, paz», cuando no había paz, y Dios demandará de nuestra mano la sangre de estas almas (ver Ez. 33.1-9).

Pero si amamos a los demás más que nuestro propio nombre, proclamaremos la ira de Dios sobre el pecado, así como su gracia hacia los pecadores. Y si este mensaje brota del amor, lo predicaremos con amor, porque no podemos atrevernos a hablar estas cosas con aspereza o sin sentir pasión por ello. Y si predicamos con amor, los oyentes prestarán atención. Los hijos no hacen oídos sordos a la

severa amonestación de sus padres cuando están seguros de su amor. Del mismo modo, aquellos a quienes hablamos van a escuchar nuestras palabras si ven que tenemos lágrimas en los ojos. Se dirán a sí mismos de su ministro: «No sólo nos comprende, sino que nos ama.» Como el obispo Ryle escribió de George Whitefield: «No podían aborrecer a quien tanto lloraba por sus almas», y añadió: «Una vez que te has convencido de que alguien te ama, escucharás con alegría todo lo que tenga que decirte.»<sup>17</sup> ¡Dejemos, por tanto, que el amor ponga empeño en nuestra amonestación! Si me permiten citar de nuevo el gran libro de Richard Baxter The Reformed Pastor: «En todo lo que hagas, deja que los demás vean en ti un buen celo ... ¡Cuán pocos ministros predican con toda su fuerza! ... ¡Ay! Hablamos tan calmada y suavemente que los pecadores dormidos no pueden oír. El golpe es tan ligero que no llegan a sentirlo los de corazón endurecido ... ¡Qué doctrinas tan estupendas tienen a mano algunos ministros y las dejan morir por falta de una aplicación ajustada y viva! ... ¡Con qué sencillez, con qué cuidado y celo deberíamos dar un mensaje de la naturaleza del nuestro cuando lo que está en juego es la vida eterna o la muerte eterna de las personas! ¿Cómo podemos hablar fríamente de Dios y de la salvación de los hombres? ... Un trabajo como predicar la salvación deberíamos hacerlo con todas nuestras fuerzas para que la gente nos sienta predicar al mismo tiempo que nos oye.»<sup>18</sup>

#### El ejemplo de un padre

En quinto lugar, el amor de un padre nos hará coherentes con nuestro ejemplo. Este es otro de los aspectos del tema que no concierne estrictamente al campo de la homilética; y, sin embargo, no podemos aislar el púlpito o divorciar lo que el predicador dice de lo que es. El padre juicioso vigila su comportamiento y se esfuerza por dar a sus hijos un ejemplo bueno y ser coherente en todo. Conoce el poder casi temible del ejemplo para bien o para mal, un poder del que la Escritura tiene mucho que decir. Recuerda las severas palabras de Jesús sobre «los escándalos», sobre «hacer tropezar a alguno de estos pequeños...», y cómo «mejor le fuera

que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar» (Mt. 18.6-7). Pero si un mal ejemplo es corruptor, un buen ejemplo puede elevar e inspirar. Pablo lo sabía. Después de declararse padre de los corintios, añadió: «Por tanto, os ruego que me imitéis» (1 Co. 4.16). Requiere un alto grado de confianza en sí mismo invitar a los demás a seguir el propio ejemplo, pero Pablo lo hizo varias veces en sus epístolas. Sin duda, el predicador será demasiado modesto para hacerlo, pero lo haga o no, la congregación lo seguirá hasta cierto punto. El es el único representante oficial de la fe cristiana que muchos de ellos conocen. Se sienten en el deber de seguirlo, no sólo mientras están escuchando sus sermones, sino al fijarse en su vida. No puede darse el lujo de cometer descuidos; al igual que su Jefe, es observado continuamente. Es mucho más fácil dictar la ley desde el púlpito que ponerla en práctica en el hogar. Encontramos más sencillo dar instrucciones sobre el camino que andar nosotros mismos por él guiando a los demás. Pero el mandato que Pedro nos da es claro: «Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros ... no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (1 P. 5.2, 3). Esta es la alternativa que tenemos ante nosotros: o bien somos «señores», dogmáticos, dominantes, o bien «ejemplos» que intentamos humildemente mostrar el camino. Creo que el decano Inge fue el primero en usar el esclarecedor epigrama que dice que «el cristianismo se contagia, no se enseña [caught not taught]». Es un contagio que se transmite por el contacto con un ejemplo brillante; no se aprende meramente de los libros de texto. La ayuda visible más poderosa que Dios tiene en la educación de la humanidad es un cristiano coherente.

Por tanto, nuestra vida debe concordar con nuestra profesión, no sea que no practiquemos lo que predicamos. Richard Baxter nos da un buen consejo en esto también cuando describe el gran impedimento que ponemos a obrar si nos contradecimos: «¡si tus acciones desmienten tus palabras, y si lo que edificas con las palabras durante una hora o dos lo derribas con tus acciones en el resto de la semana! ... El que de veras siente lo que dice obrará

indudablemente de acuerdo con lo que habla. En esos ministros que hacen tal dicotomía entre su predicación y su vida, es un error evidente que estudian mucho para predicar rectamente, pero estudian muy poco o nada para vivir rectamente. Toda la semana es apenas suficiente para predicar durante dos horas y, sin embargo, una hora parece demasiado para estudiar cómo vivir durante la semana. Una doctrina práctica debe predicarse de forma práctica. Hemos de estudiar con tanto ahínco el modo de vivir bien como el modo de predicar bien.»<sup>19</sup>

#### Las oraciones de un padre

En sexto lugar, el amor de un padre nos hará cuidadosos en nuestras oraciones. No puedo imaginar un padre cristiano que no ore cuidadosamente por su familia. Sin embargo, ¡qué pocos predicadores oran de manera sistemática por su congregación! La oración y la predicación son inseparables. No quiero decir con esto solamente que hemos de engendrar y alimentar nuestros sermones con la oración o que hemos de orar por nosotros mismos antes de subir al púlpito, sino que hemos de orar por aquellos a quienes predicamos. No puede pasarnos inadvertido cómo el Señor Jesús solía pasar el día predicando o enseñando y luego se retiraba solo a orar por aquellos con los que había estado; ni tampoco la regularidad con que Pablo aseguraba a sus amigos, a los que instruía en sus epístolas, que también oraba por ellos y lo hacía sin cesar. Este es el ministerio equilibrado, persistir «en la oración y en el ministerio de la Palabra» (Hch. 6.4).

Y solamente el amor nos dará esta diligencia, porque la oración es un trabajo duro y secreto. Puesto que es un ministerio exigente, sólo vamos a dedicarle tiempo si nuestro amor por las personas es tan grande que no queremos negarles el beneficio que la oración va a brindarles. Porque es algo secreto y, por tanto, no recompensado por los hombres, solamente lo realizaremos si nos preocupamos por su bienestar espiritual más que por las muestras de agradecimiento que puedan darnos. Pablo escribió: «Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación» (Ro. 10.1). Este

es el significado de la oración. Es una expresión del deseo del corazón. La intercesión es imposible sin amor. Richard Baxter lo expuso brevemente así: «Nuestra obra, al igual que nuestra predicación, debe apoyarse en la oración; no predica sinceramente a su pueblo quien no ora por él...»<sup>20</sup>

Y no tenemos este amor como algo natural; solamente podemos recibirlo por gracia. Por naturaleza somos orgullosos, perezosos y buscamos la alabanza de los hombres. Hay una única manera para aprender a amar, y es preocuparnos vivamente por los que nos rodean, como decía Pablo, «con el entrañable amor de Jesucristo» (Fil. 1.8). Si este amor inescrutable e inextinguible nos llenara, podríamos amar a los que nos rodean. Y un amor así, abnegado, interesado solamente en el bien de los demás aun a costa de nosotros mismos, hará que nos preocupemos por nuestra gente como un padre se preocupa por sus hijos. Este amor nos hará comprensivos y tiernos, sencillos y ardorosos, coherentes con nuestro ejemplo y cuidadosos en nuestras oraciones.

# 5 Siervo

## El poder y la motivación del predicador

A l referirme al predicador como «siervo», tengo en mente un versículo de las Escrituras y todo el contexto en que se encuentra: 1 Corintios 3.5, donde Pablo pregunta «¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor.»

De muy diversas maneras la iglesia de Corinto había dado muestras notables de la gracia de Dios. Algunos de sus miembros, ahora «lavados ... santificados ... justificados» (1 Co. 6.11), habían sido redimidos de las profundidades del pecado, y otros maravillosamente «enriquecidos» por Cristo «en toda palabra y en toda ciencia», de modo que «nada os falta en ningún don» (1 Co. 1.5, 7). Sin embargo, la vida interior de la iglesia parecía estar gravemente contaminada por el pecado y el error. Sobre todo, la congregación estaba escindida en facciones resentidas. «Hermanos míos ... entre vosotros hay contiendas», tuvo que escribir Pablo. «Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo» (1 Co. 1.12). No hay evidencia en la epístola de que estas divisiones fuesen doctrinales y que cada parte sostuviera una posición teológica diferente. El apóstol más bien plantea las rivalidades entre los corintios en términos de lo que hoy llamaríamos un culto a la personalidad. Los cristianos mostraban una deferencia exagerada hacia algunos líderes de la iglesia bien conocidos y hacían odiosas comparaciones entre ellos. Pablo se

horroriza por lo que oye. Ve cómo estos cristianos de Corinto están dando a meros hombres una alabanza que es debida sólo a Dios. «¿Fue crucificado Pablo por vosotros?», pregunta con asombro, queriendo decir: «¿Estáis poniendo vuestra confianza en mí como si fuera yo quien ha muerto para ser vuestro salvador?» Y otra vez: «¿Fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?» (1 Co. 1.13). Es decir: «¿significó vuestro bautismo el inicio de una comunión conmigo?». Tanto la conversión como el bautismo cristianos tienen como centro a Cristo mismo. La conversión es la fe en Cristo, el bautismo es el sacramento de incorporación a Cristo. ¿Cómo se atreven los corintios a hablar y actuar como si el objeto de su fe y su bautismo fuesen hombres pecadores y mortales? Y ¿cómo pueden emplear lemas partidistas, lo cual implica que «pertenecen» a líderes humanos como Pablo, Pedro y Apolos? La verdad es --prosigue el apóstol-- que si alguno puede decir que «pertenece» a alguien, entonces el ministro es de la congregación, no la congregación del ministro. «Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas ... todo es vuestro» (cf. 1 Co. 1.12; 3.4 con 3.21-22).

El vergonzoso culto a personas humanas que empañó la vida de la iglesia de Corinto en el siglo I persiste aún en la cristiandad y hoy se tributa una veneración sobremanera impropia e indecorosa a algunos líderes de iglesias. No quiero dar a entender que el ministerio cristiano no sea una vocación honorable. ¡Claro que lo es! Ciertamente, la Escritura nos manda «obedecer», «someternos», «tener respeto» a nuestros pastores espirituales y «estimarlos y amarlos mucho, por el trabajo que hacen» (He. 13.17; 1 Ts. 5.12-13 VP). Pero este pasaje deja claro que hemos de honrarlos humildemente por el cargo divino que ocupan, lo que no quiere decir que debemos halagarlos como personas, o que hemos de permitir que los demás nos halaguen. Nunca debemos mostrar hacia los dignatarios eclesiásticos una veneración que sólo se debe a Dios. Los predicadores están expuestos de una manera especial al peligro de la adulación. Temo que la disposición con la que algunos cristianos van a la iglesia es equivocada. No van a adorar a Dios o a oír la Palabra de Dios: acuden a oír a un hombre. Así que no es el mensaje lo que escuchan sino la oratoria. Saborean el sermón con la mente como si saboreasen un manjar exquisito. Luego comentan lo mucho o lo poco que les ha gustado. Pero no se pretende que los sermones «se disfruten». Su propósito es dar provecho a los oyentes, no placer. Los sermones no son creaciones artísticas que hay que evaluar críticamente por su forma. Son «utensilios y no obras de arte».¹ Un sermón no es nunca un fin en sí mismo, sino el instrumento para un fin: «salvar almas».2 No tengo reparo en decir que tanto aquel que «felicita» al predicador por su sermón, como el predicador que espera tal felicitación de sus oyentes están ofendiendo a Dios en gran manera. Los hombres no son llamados a predicarse a sí mismos, sino a Jesucristo como Salvador y Señor (1 Co. 1.23; 2 Co. 4.5). Lo que importa, por consiguiente, es Cristo mismo, el que es proclamado, y no los hombres que son los proclamadores. Pensar u obrar de otra manera es no sólo usurpar la gloria de Dios, sino arriesgar todo el ministerio del predicador, llevándolo primero al descrédito y luego a la ruina.

El apóstol Pablo vio con una claridad cristalina el error y el peligro en la conducta de los corintios, contra lo cual, y como resultado, escribió con gran vehemencia. Dijo que era una clara evidencia de su inmadurez y su carnalidad. Su visión no era de Dios sino de hombre (1 Co. 3.1-4). Y prosiguió a instarlos a una mejor actitud. La lealtad excesiva y mal encaminada que estaban mostrando hacia algunos líderes se debía a su idea falsa del ministerio. Si hubiesen cultivado un concepto sensato, correcto y equilibrado del ministerio cristiano, se habrían guardado de la vana jactancia de los hombres. Así, exclama: «¿Qué es Apolos? ¿Qué es Pablo?» Hay que notar que ni siquiera pregunta: «¿Quién es Apolos? ¿Quién es Pablo?» Está dispuesto a hablar de Apolos y de sí mismo con desprecio, casi irrespetuosamente. Y por ello usa el neutro; lo que es tanto como decir: «¿Quiénes piensan acaso que somos que nos atribuyen tanta importancia?» La respuesta es inmediata. Somos meros siervos, afirma, siervos de Jesús el Señor, y ¿qué gloria se le debe a un siervo? Somos «servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

lo que a cada uno concedió el Señor» (1 Co. 3.5). Habiendo dicho esto, Pablo amplía el concepto del ministerio cristiano a lo largo de éste y los siguientes capítulos de su epístola.

Son varias las palabras griegas que se traducen «siervo». Una de ellas es oiketes, el siervo de la casa o de la familia del que hablamos en el capítulo 1. Otra es doulos, el esclavo que carece de derechos legales y pertenece a su amo como una posesión personal. Otra palabra es hupēretēs, que aparece en el siguiente capítulo (4.1), vocablo cuyo significado original se refería a aquel que remaba en la fila inferior de una galera de guerra y, por extensión, a un subordinado. Pero la palabra que Pablo usa aquí es diakonos, que en el Nuevo Testamento tiene tanto un sentido particular como un sentido general. En su sentido particular, significa «diácono», traduciéndose así en tres pasajes (Fil. 1.1; 1 Ti. 3.8, 10, 12, 13; Ro. 16.1) o, menos específicamente, lo que llamaríamos un ministro ordenado (p. ej., 2 Co. 3.6; 6.4; 11.23; Ef. 3.7; Col. 1.23, 25; 1 Ti. 4.6). Pero aquí no parece tener este significado, y, como escribió el obispo Westcott, «no hay pruebas de que en este tiempo diakonia y diakonein tuviesen un sentido exclusivamente oficial». En efecto, estas palabras se emplean a menudo en el Nuevo Testamento para describir en general «la obra del ministerio» (Ef. 4.12) a la que son llamados todos los cristianos. Somos a la vez siervos de Cristo (Jn. 12.16; etc.) y siervos de los hombres (Mr. 9.55; 10.43). Según el diccionario de Grimm y Thayer, el diakonos es «el que cumple con las órdenes de otro, especialmente de un amo; un siervo, sirviente, ministro». Parece que hay dos elementos en la palabra: primero, de servicio personal y, segundo, de servicio bajo las órdenes de otro. El elemento de servicio personal aparece claro en Marta, que «servía»; en el denominado «ministerio de las mujeres»; en la suegra de Pedro después que fue sanada de la fiebre (Lc. 10.40 = Jn. 12.2; Lc. 8.3 = Mr. 15.41; Lc. 4.39); y en las ayudas prácticas, como la de Onésimo y Onesíforo a Pablo, y la de Pablo mismo en la ofrenda para los cristianos de Judea que eran pobres» (Fil. 13; 2 Ti. 1.16-18; Ro. 15.25; cf. 10.22-25). Que esta diakonia era normalmente ejercida bajo las órdenes y la autoridad de otra persona lo sugiere el uso de diakonos para describir a los sirvientes de un rey, los criados que sirvieron comida y bebida en la fiesta nupcial de Caná, e incluso el magistrado que actúa como «servidor de Dios» (Mt. 22.13; Jn. 2.5, 9; Ro. 13.4). En ninguno de estos ejemplos el *diakonos* está obrando por iniciativa privada: es el representante de una autoridad superior cuya comisión y ordenanza está cumpliendo. Actúa en nombre de su amo, y de este modo su amo está actuando por medio de él.

Parece que con este énfasis el apóstol usa aquí la palabra. Somos --escribe-- «servidores por medio de los cuales habéis creído», es decir, por medio de quien nuestro Señor obró para despertar la fe en ustedes. La frase preposicional por medio de, en el contexto de estos primeros capítulos de 1 Corintios, tiene una significación importante. No somos siervos, «de quienes habéis creído», como si los predicadores fuésemos los creadores de la fe de los hombres, avivándola y evocándola. Tampoco somos siervos en quienes habéis creído, como si los predicadores fuésemos el objeto de la fe de los hombres. Tal como ya hemos visto, los hombres creen y son bautizados en Cristo. El ministerio de la palabra y de los sacramentos manifiesta a Jesús como el único objeto de la fe (cf. 1 Co. 1.13-15; 2.5). En lugar de esto, somos «servidores por medio de los cuales habéis creído», instrumentos mediante los cuales Dios obra y por los que él despierta la fe en los oyentes de la Palabra. La función del predicador, como la de Juan el Bautista, es dar «testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él» (Jn. 1.7).

En el capítulo 2, cuando pensamos en el predicador como embajador por medio del cual Dios dirige su mensaje (2 Co. 5.20), empezamos a considerar esta verdad del predicador como instrumento o siervo mediante el cual Dios obra. Que los hombres pueden ser canales de la gracia y el poder de Dios, se sugiere en muchas ocasiones en el Nuevo Testamento (v.g., Hch. 15.12, «por medio de ellos»; cf. Hch. 14.27, «con ellos»). Pero Pablo elabora muy bien la idea en 1 Corintios 3: somos «servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor.» Es decir, a cada siervo se le ha asignado una tarea diferente, pero el Señor obra por medio de cada uno. Los deberes particulares de Pablo y Apolos se describen así: «Yo planté, Apolos regó;

pero el crecimiento lo ha dado Dios» (1 Co. 3.6). El apóstol recurre a una sencilla metáfora del campo. La iglesia de Corinto es «labranza de Dios» (1 Co. 3.9), pero aunque el campo era suyo, dejaba que los hombres trabajasen en él.

Pablo mismo, visitando Corinto en su primer viaje misionero, hizo la siembra inicial. Apolos lo siguió para regar lo que Pablo había sembrado. No obstante, aunque Pablo «plantó» y Apolos «regó» (ambos verbos están en aoristo, describiendo la terminación de una etapa), «el crecimiento lo ha dado Dios». En contraste con los otros verbos, éste es un imperfecto, indicando con ello la actividad continua de Dios. Los hombres llegaron y se fueron, pero Dios mismo todo el tiempo estaba haciendo que la semilla brotase, creciese y floreciese. Siendo así, «ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento» (1 Co. 3.7).

Sembramos y esparcimos la semilla En buena tierra y en erial desolador, Pero es regada y fielmente mantenida Por la mano poderosa del Señor.

Y lo que es cierto respecto a las semillas puede aplicarse con igual fuerza a la simiente de la Palabra de Dios. Tenemos el privilegio de sembrar y regar, pero todo nuestro trabajo va a ser en vano a menos que Dios dé el crecimiento. El predicador es un instrumento divino o *diakonos*, y todo su servicio se echará a perder si el Señor no obra poderosamente por medio de él para despertar la fe en los oyentes de la Palabra. Nuestro tema en este capítulo final es, pues, el predicador y el poder de Dios.

#### La necesidad de poder

Debemos empezar recordándonos a nosotros mismos la urgente e indispensable *necesidad* del poder de Dios en la predicación. Espero que todos estemos oprimidos por la falta de poder de la iglesia de hoy. Demos gracias a Dios por que en algunas partes del mundo él está mostrando su poder salvador. Pero en demasiados lugares, especialmente en las iglesias históricas, hay escasas señales de vida o poder. Puede haber numerosos servicios, una gran actividad social y un

programa cargado, pero hay poco poder. En mi propio país al menos, si somos sinceros, la iglesia hace escaso impacto sobre la nación como tal. Las grandes masas ignoran o se muestran indiferentes al evangelio. Consideran a la iglesia como algo pasado de moda e irrelevante, un vestigio singular y anacrónico que pertenece a una época pasada. Para ellos la iglesia es algo impotente y en decadencia. Y si a la iglesia en general le falta poder, ¿qué diremos de nuestro ministerio? ¿Hay hombres y mujeres que se conviertan como resultado de nuestra predicación? No que tengan una experiencia emocional y una impresión superficial, sino una regeneración profunda y permanente, fruto de la obra de gracia del Espíritu Santo. Si los púlpitos estuviesen ocupados por hombres «investidos de poder desde lo alto» (Lc. 24.49) demostraríamos de nuevo que el evangelio «es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego» (Ro. 1.16).

El primer paso hacia esta provisión de poder es el reconocimiento humilde de nuestra falta. Si se puede generalizar, las iglesias están usando estadísticas para ponerse una venda sobre sus propios ojos. Parece que no queremos admitir el estado actual de la iglesia, sumamente débil. Nos contentamos con juzgar humanamente y con mirar sólo las apariencias externas. En consecuencia, no vemos la mundanalidad de la iglesia, la falta de convicción de pecado y de visión de Dios, la superficialidad de gran parte de nuestra adoración, la frivolidad de nuestra comunión, la desobediencia en la tarea de evangelizar y la pobre aproximación de nuestra vida al nivel de mansedumbre y santidad que se nos presenta en las bienaventuranzas.

Necesitamos poder no sólo en nuestra vida, sino en nuestro ministerio. Como predicadores, no empezaremos a buscar el poder de Dios hasta que hayamos comprobado la futilidad de pretender proclamar su Palabra en nuestra debilidad humana. Que esto es una insensatez lo vemos al considerar la opinión bíblica sobre la condición depravada del hombre, que está por completo fuera del alcance de la iluminación o la persuasión meramente humanas, y que sólo responderá al poder vivificante de Dios. Así pues, la Escritura

nos enseña que el hombre, en su estado natural, sin redimir ni regenerar, está ciego. «El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4.4). ¿Cómo puede entonces un hombre ver y creer? Para responder a esta pregunta, Pablo traza una analogía entre la vieja creación y la nueva. Hace retroceder nuestros pensamientos a millones de años atrás. al caos primitivo cuando «la tierra estaba desordenada v vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo» (Gn. 1.2). Todo estaba sin forma, sin vida, triste, oscuro y vacío hasta que la palabra creadora de Dios trajo luz y calor, forma y belleza. Así ocurre con el corazón sin Cristo del hombre natural. El pálido crepúsculo de la naturaleza (su razón y conciencia) solamente atenúa la oscuridad que, de otro modo, sería impenetrable; pero todo está a oscuras, vacío y frío hasta que el dramático fiat de Dios origine una nueva creación. «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Co. 4.6).

Los hombres no están solamente ciegos, sino también muertos, «muertos en ... delitos y pecados», «ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón» (Ef. 2.1; 4.18). Jesús mismo lo enseñó: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Jn. 5.24). Si los que oyen y creen pasan de este modo de muerte a vida, está claro que previamente estaban muertos.

Este es, pues, según las Escrituras, el estado del hombre irredento. Está a la vez sin vista y sin vida, ciego y muerto. ¿Cómo podemos alcanzarlo? ¿Somos tan necios como para imaginar que de alguna manera podemos, con nuestros argumentos y nuestra retórica, producir en su interior comprensión o vida espiritual? No, no nos es dado a nosotros el dar vista a los ciegos o vida a los muertos. Sólo Dios es el autor de la luz y de la vida. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos, y aquel que abrió los ojos a los ciegos y

resucitó a los muertos puede hacer lo mismo hoy. Sólo su mano puede conseguir que las escamas caigan de los ojos de los hombres. Sólo su voz puede levantar al muerto de su tumba (Jn. 5.25).

Si sabemos que únicamente el poder de Dios puede lograr que los ciegos vean y los muertos vivan, ¿dónde hemos de encontrar ese poder? ¿Cómo pueden los predicadores llegar a ser canales de este poder para ser «servidores mediante los cuales» otros crean? No hay otra exposición más clara en el Nuevo Testamento sobre el poder de Dios que 1 Corintios 1.17-2.5. Es, quizás, el pasaje de la Escritura que los predicadores deberíamos leer y estudiar más que cualquier otro, y con él deberíamos juzgar y reformar nuestro ministerio.

En este pasaje encontramos cinco referencias a *dynamis*, poder, y en particular a *dynamis Theoii*, el poder de Dios. El apóstol teme que la cruz de Cristo «pierda su eficacia» (v. 17 NVI), y dos veces afirma que la «palabra de la cruz» o del «Cristo crucificado» es, «para los llamados» y por tanto «los que se salvan», «*poder* de Dios» (1.18, 23-24). Además, anhela proclamar este mensaje no «con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de *poder*», para que la fe de los hombres «no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el *poder* de Dios» (2.4-5).

Dónde reside este poder divino, está ya implícito en el versículo con el que se inicia el pasaje: pues Cristo no me envió a bautizar sino a predicar el evangelio, y eso sin discursos de sabiduría humana, para que la cruz de Cristo no perdiera su eficacia (v. 17 NVI). En estas palabras, Pablo nos presenta a la vez el origen de nuestro mensaje (se nos confían buenas nuevas para que las demos a conocer), su sustancia (son buenas nuevas de la cruz de Cristo) y el modo de proclamarlo (no con palabras de sabiduría humana). Hemos de considerar con detenimiento qué más tiene que decir el apóstol sobre estos tres aspectos del ministerio de la predicación. Voy a intentar resumirlo en tres puntos.

#### La Palabra de Dios

En primer lugar, hay poder en la Palabra da Dios. El poder para salvación no está en la sabiduría humana sino en la

Palabra de Dios. Por tanto, si los hombres quieren salvarse, deben volverse a la Palabra de Dios; y si los predicadores quieren ejercer un ministerio salvador, deben predicar la Palabra. El apóstol traza una clara distinción entre la sabiduría divina y la humana. Cita el mensaje de juicio de Jehová sobre los «hombres sabios de Judá en los días de Isaías» (Is. 29.14), y dice: Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos (v. 19). Y prosigue: ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? (v. 20). Lo que era cierto de Judá en el siglo VIII a.C., era cierto de Corinto en el siglo I d.C. La actitud de Dios ante la arrogancia intelectual no ha cambiado. La gente no puede encontrar a Dios por su propia sabiduría. Dios es infinito y, por tanto, incognoscible para los intentos de la mente humana. Dios mismo debe tomar la iniciativa para hablar y salvar, y esto lo ha hecho en su gracia: Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (v. 21). La satisfacción y el propósito de Dios están expuestos aquí sencillamente en las contrapartes negativa y positiva de este interesante versículo. Negativamente, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría. Es decir, la sabiduría humana ha sido dejada de lado por la sabiduría de Dios. Dios, en su sabiduría, ha determinado que nadie lo encuentre por su propia sabiduría humana. No hay poder en la mente del hombre finito y caído para hallar o examinar a Dios. Dios está por completo fuera del alcance del hombre. Por consiguiente, en el sentido positivo, agradó a Dios suplir la carencia del hombre y hacerlo por la locura de la predicación», es decir, mediante el kērygma. A través de este mensaje, que es locura a los ojos del mundo, cumple Dios su voluntad de salvar a los creyentes.

Es importante observar los vívidos contrastes que el apóstol traza en su declaración. Primero hay un contraste intencionado entre los verbos *conocer* y *salvar*. Dios se complace no sólo en que los hombres lo conozcan, sino en que sean salvos por medio de él. La capacidad intelectual no es suficiente; nuestra necesidad primordial es la salvación

del pecado. Luego, Dios anhela llevarnos a este conocimiento salvador de sí mismo, no por nuestro talento o sabiduría, sino mediante su Palabra; no por la razón humana, sino por la revelación divina, por el evangelio, por el kērygma. En tercer lugar, el plan de Dios es salvar, mediante el evangelio, no a los que son inteligentes y sabios, sino a los creyentes. La condición para la salvación es la fe, no la brillantez intelectual.

El apóstol prosigue, para reforzar estas verdades generales, con una referencia más particular a judíos y griegos. Los judíos piden señales, --escribe-- y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado (vv. 22-23). Observen los verbos de esta frase. «Los judíos» hacían demandas imperiosas insistiendo en algunas señales antes de estar preparados para aceptar las pretensiones de Jesús. «Los griegos» buscaban e inquirían con insistencia sabiduría. «Pero nosotros predicamos...»: es decir, nuestra tarea como predicadores cristianos no es responder suimisamente a todas las preguntas que se nos hagan; tampoco consiste en satisfacer todas las demandas que aparezcan; ni en hacer con actitud titubeante sugerencias tentadoras a las personas de mente filosófica, sino más bien proclamar un mensaje que es dogmático porque es divino. La responsabilidad del predicador es la proclamación, no la discusión. Hay en nuestros días demasiada discusión sobre el cristianismo, particularmente con los no creyentes, como si nos preocupáramos más por las opiniones que las personas tienen de Cristo que por el honor y la gloria de Cristo mismo. ¿Hemos de echar nuestra perla inestimable a los puercos para dejar que la pisoteen como les dé la gana? No, somos llamados a proclamar a Cristo, no a discutir sobre él. Como ya hemos visto, somos «heraldos», encargados de difundir por el mundo un mensaje que no tuvo su origen en nosotros (por lo que no podemos pretender vulnerarlo), sino en aquel que nos los confió para difundirlo. Aquí está descrito como buenas nuevas (v. 17), el kērygma. (vv. 21 y 24) y el «testimonio» o «misterio» (lecturas alternativas de 2.1) de Dios. Los oyentes deben someterse con humildad a este mensaje revelado. «Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante IMÁGENES DEL PREDICADOR EN EL NUEVO TESTAMENTO

para que llegue a ser sabio» (1 Co. 3.18). Creo que este «hágase ignorante» es uno de los términos más duros de la Escritura para la mente y el corazón humanos. Al igual que los brillantes intelectuales de la antigua Grecia, nuestros contemporáneos tienen una confianza ilimitada en la razón humana. Quieren idear su camino a Dios por ellos mismos y conseguir el mérito de hallarlo con esfuerzos propios. Pero Dios resiste este orgullo de la criatura finita. Desde luego, al hombre se le ha dado la mente para que la use, como hemos visto en capítulos anteriores, y no debe nunca asfixiarla o ahogarla, sino que ha de doblegarla reverentemente ante la revelación de Dios, haciéndose «ignorante» --en palabras de Pablo-- y «niños» --en palabras de Cristo (Mt. 11.25). Dios se revela sólo a los niños y a los ignorantes, a quienes hace sabios.

Si el pecador debe humillarse para recibir la Palabra de Dios, el predicador debe hacer lo mismo para proclamarla. Hay poder en ella. Es «como fuego ... como martillo que quebranta la piedra» (Jer. 23.29). Además, «la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (He. 4.12). Pero no pensemos que su poder es principalmente destructor, como un fuego abrasador, un martillo demoledor o una espada cortante. El evangelio es, ante todo, «poder de Dios para salvación» (Ro. 1.16). No hay argumento más fuerte en favor de la predicación expositiva que éste: a Dios le agrada salvar a los creyentes mediante el *kērygma*, las buenas nuevas reveladas y confiadas a nosotros. No existe poder salvador en las palabras de los hombres. El diablo no suelta sus prisioneros al mandato de meros mortales. Para él ninguna palabra tiene autoridad excepto la Palabra de Dios. Proclamemos y expongamos entonces la Palabra de Dios, confiando que «permanece operante» (1 Ts. 2.13 BJ) en aquellos que creen.

#### La cruz de Cristo

La segunda proposición que podemos sacar de este pasaje es que hay poder en la cruz de Cristo. La Palabra de Dios es la palabra de la cruz (v. 18). El kērygma mediante el cual Dios salva a los creyentes es Cristo crucificado (vv. 21, 23). En la cruz, Jesucristo llevó nuestros pecados y destruyó el poder del enemigo (v.g., 1 P. 2.24; Col. 2.15; He. 2.14); en consecuencia, sólo por la cruz los hombres son librados personalmente del pecado y de Satán. En Cristo crucificado deben poner su confianza; por tanto, debemos proclamar a Cristo crucificado.

Sin embargo, en este siglo, como en el primero, encontraremos a muchos que no ven en la cruz muestras de la sabiduría o del poder divinos. Es un tropiezo más que un estímulo; les causa confusión más que claridad. Predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios (vv. 23-24). Lo que para los judíos era tropezadero (v. 23) continúa siendo ofensivo para sus descendientes espirituales, los que están imbuidos de un espíritu legalista, quienes, «ignorando la justicia de Dios», están «procurando establecer la suya propia» y no someterse a él (Ro. 10.3). Para todos los que se enorgullecen de su propia moralidad e imaginan que pueden conseguir la salvación por su propio mérito, la cruz seguirá siendo siempre skandalon, piedra de tropiezo. Hiere gravemente su orgullo. Cristo parece decirles desde la cruz: «Estoy aquí a causa de vuestros pecados. Si os pudierais salvar por vosotros mismos, no sería necesario que yo estuviera aquí.» Ante este dilema, el moralista debe renunciar a su propia justicia y aceptar agradecido la de Cristo, o bien aferrarse orgullosamente a sí mismo y repudiar la bondadosa oferta de Dios en Cristo.

La cruz es también *locura para los gentiles* (v. 23) o para *los griegos* (vv. 22, 24). Si la pasión de los judíos era la justicia, la de los griegos era la razón. Por ello, mientras el judío representa al moralista o legalista que se jacta de su propio carácter, el griego representa al intelectual cuya jactancia radica en su sabiduría. La cruz era *skandalon* para el primero, y *mōria*, locura, para el segundo. Es bien sabido lo ridículo que era para un gentil que alguien adorase a un Dios que había muerto escarnecido en una cruz romana. Según Orígenes, Celso, el filósofo pagano del siglo II, se refirió con desdén a los cristianos como «los que no adoran más que a

un muerto».<sup>4</sup> Una representación hallada en el Palatino de Roma muestra una caricatura cruel de la adoración cristiana, al representar a un esclavo arrodillándose ante un asno en una cruz, con el rótulo: «Alexámenes adora a Dios». La mente moderna no es más amiga del evangelio de Cristo crucificado que lo que era la de los antiguos griegos o romanos. Yo mismo he oído a intelectuales desechar con desprecio la cruz como «un residuo de los primitivos ritos de sangre», «una superstición superada hace tiempo por las personas preclaras».

¿Hemos de cambiar o modificar entonces nuestro mensaje simplemente porque ofende el orgullo del carácter y el intelecto humanos? He leído que los misioneros jesuitas de China del siglo XVII lo hicieron así. Deseaban no herir el refinado gusto de los eruditos chinos y por ello redactaron de nuevo la historia del evangelio omitiendo todo aquello que pudiera ser objetado, especialmente la crucifixión. No es sorprendente que lo que Hugh Trevor-Roper, profesor de historia moderna en Oxford, ha descrito como «residuo libre de objeciones», no contenía poder divino para ganar verdaderos conversos.

Tampoco debemos esperar ningún resultado si nosotros mismos negamos o dejamos de predicar a los demás la fe de Cristo crucificado. Hay poder en la cruz de Cristo. Lo que es tropezadero para unos y locura para otros, para los llamados (v. 24), y los que, habiendo respondido al llamado de Dios en arrepentimiento y fe, se salvan (v. 18), judíos y griegos, es poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres (vv. 24-25). Esta es la paradoja. Lo que ofende al orgulloso salva al humilde. Hay un poder maravilloso en la cruz de Cristo. Puede despertar la conciencia más insensible y ablandar el corazón más duro; limpiar al inmundo; reconciliar al que está lejos y restaurar su comunión con Dios; redimir al prisionero de su cautiverio y levantar al pobre de su miseria; romper las barreras que separan a los hombres; transformar nuestro carácter descarriado a la imagen de Cristo, y finalmente hacernos aptos para llevar ropas blancas delante del trono de Dios. Todo esto es la salvación que Dios

obra en las personas mediante el *kērygma* de Cristo crucificado. *La palabra de la cruz es ... poder de Dios* (v. 18). No lo olvidemos nunca.

Así que hombres y mujeres no pueden salvarse por su propio poder (como creían los judíos) o por su propia sabiduría (como creían los griegos); pueden salvarse por Cristo crucificado, poder y sabiduría de Dios. El poder y la sabiduría están en Dios, no en los hombres. Incluso lo insensato de Dios es más sabio, y su debilidad más fuerte que los hombres. Para enfatizar esta verdad, que el poder y la sabiduría por los que el hombre se salva no vienen de él mismo sino de Dios en Cristo y por Cristo, el apóstol recuerda a los corintios las circunstancias de la conversión de ellos. Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos... (v. 26) ¡Exacto! Si los hombres están obsesionados con su poder o sabiduría, no están deseando someterse humildemente al poder y sabiduría de Dios. El poder de Dios se perfecciona en la debilidad humana (cf. 2 Co. 12.9) y su sabiduría, en la locura del hombre. Por tanto, rara vez ha escogido Dios a los que son sabios y poderosos por naturaleza. Por el contrario, a lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es (vv. 27-28). ¿Por qué? Pablo prosigue en seguida para darnos el motivo: a fin de que no se enorgullezca ningún viviente en la presencia de Dios (v. 29). Nadie puede salvarse a sí mismo; únicamente la cruz de Cristo puede hacerlo. El hombre le debe todo a Dios. Como ser creado, depende por completo de su creador y, como pecador, de su salvador. Jactarse de uno mismo, de su sabiduría o de su poder es locura. Dios, y sólo Dios, nos ha unido con Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención (v. 30). Mediante nuestra sabiduría no podemos conocer a Dios. Necesitamos su autorrevelación en Cristo. Y carecemos de poder para salvarnos a nosotros mismos; el poder para la salvación, sea la justificación inicial, la santificación progresiva o la redención final, está sólo en Cristo. Sin él no tenemos ni poder ni sabiduría. Sin él estamos

Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

perdidos. *De esta manera* --concluye Pablo--, como dicen las Escrituras: "Si alguno quiere enorgullecerse, que se enorgullezca del Señor (v. 31 VP).

Habiendo argumentado que el poder salvador no está en los oyentes de la palabra, el apóstol continúa en los primeros versículos de 1 Corintios 2 para mostrar que tampoco está en el predicador de la palabra. Me atrevo a decir que los cristianos evangélicos se sienten más convencidos de lo primero que de lo segundo. Es decir, no nos cansamos nunca de repetir que nadie puede salvarse por sus propias obras. Pero ¿no nos comportamos y predicamos a veces como si pensáramos que puede salvarse por las nuestras? Debemos ser coherentes. Si exhortamos a los hombres a renunciar a su propia sabiduría y poder para recibir a Cristo, debemos guardarnos de hacer alarde ante ellos de nuestra propia sabiduría o poder como el objeto de su fe. No deben confiar ni en los suvos ni en los nuestros, sino únicamente en los de Dios. El apóstol Pablo percibió esta verdad mucho mejor que la mayoría de nosotros hoy. Estaba dispuesto a humillarse a sí mismo y a los demás delante de Dios. No dudaba que la sabiduría para conocer a Dios y el poder salvador venían de Dios en Cristo, y no del hombre ni en el hombre. Por ello ilustró aún más su exposición, ahora no desde las circunstancias de la conversión de los corintios, sino desde su propia experiencia como predicador. «Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría» (v. 1). Para que su predicación tuviera efecto, no contaba con su sabiduría o facilidad de palabra. Su mensaje y el modo de expresarlo están exentos de la corrupción del orgullo y el valor humanos. ¿Cuál era su mensaje? No «sabiduría» según el mundo, sino más bien: «Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (v. 2).

En cuanto a su estilo, evitó el uso de «ostentanción de elocuencia» (v. 1 NBE). Había rechazado la idea de predicar el evangelio con «elocuencia» (1.17 NBE). Por el contrario, prosigue: «Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor» (v. 3). Le había agradado, al visitar Corinto, predicar un mensaje «loco» con debilidad humana.

Ciertamente, los corintios no habían sido llevados al conocimiento de Dios por una exhibición de la sabiduría del apóstol. El había renunciado a esto por la locura del *kērygma* de Dios concerniente a Cristo crucificado. Tampoco se habían convertido por una demostración poderosa de la oratoria de Pablo, sino por el poder del Espíritu Santo.

#### El Espíritu Santo

Esto nos lleva a la tercera proposición que podemos deducir de este pasaje: hay poder en el Espíritu Santo. Escuchemos otra vez a Pablo: «Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder» (v. 4). Ya ha mencionado antes en qué consistía su mensaje, kērygma, en cuanto a su origen y contenido. Vino de Dios y se centró en Cristo; Dios fue su autor y Cristo su esencia. Sin embargo, este glorioso evangelio dado por Dios y centrado en Cristo podía ser ineficaz. Si fuese predicado con «discursos de sabiduría humana», «la cruz de Cristo» perdería «su eficacia» (1.17 NVI). Pablo rehusó confiar en su propia elocuencia al intentar comunicar su mensaje a los demás. Deliberadamente renunció a lo que llamaba «palabras persuasivas de humana sabiduría» (v. 4). Se refería, sin duda, à las sutilezas retóricas de los oradores griegos, quienes competían entre sí en destreza y brillantez. En contraste, afirma que al dar su mensaje lo hacía con «demostración del Espíritu y de poder» (v. 4). Es decir, confiaba en la demostración o prueba (apodeixis) poderosa que el Espíritu Santo podía añadir a sus palabras sencillas o vacilantes. Hablaba con tal debilidad humana que por ella sola nadie habría podido llegar jamás a una comprensión clara de la fe salvadora. Pero el Espíritu Santo llevaba su fiel proclamación del evangelio a la mente y conciencia de los oyentes con poderosa convicción para que viesen y creyesen.

Esto no era una experiencia nueva para el apóstol Pablo. Ya en Tesalónica, en el mismo viaje, el evangelio que predicó no había sido «en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre» (1 Ts. 1.5). Lo que era cierto en el ministerio de Pablo debería igualmente

Imágenes del predicador en el Nuevo Testamento

caracterizar al nuestro. Todo predicador dotado de los dones de una personalidad atractiva y facilidad de expresión conoce la tentación de confiar en el poder de su propia habilidad. Si sólo es brillante, elocuente, dogmático y persuasivo podrá inducir a sus oyentes a recibir la salvación de Cristo y someterse a él. Ciertamente puede excitar sus emociones y moverlos a una acción de cualquier tipo. Pero esta obra no será ni profunda ni duradera. Únicamente el Espíritu Santo puede convencer la conciencia, iluminar la mente, inflamar el corazón y mover la voluntad. Únicamente la demostración poderosa que el Espíritu Santo puede dar a la Palabra tiene poder para influir en las personas para que la reciban y la asimilen con rapidez, y llevar así fruto con paciencia. Ciertamente, esto no quiere decir que estemos en libertad de abandonar el estudio o descuidar la preparación del mensaje. Tampoco podemos inferir de esto que hemos de predicar siempre improvisadamente, sin molestarnos mucho en escoger las palabras que pueden dar claridad y fuerza a nuestra exposición. Si la inspiración divina de la Escritura se extiende a las palabras mismas que usaron los autores humanos (cf. 1 Co. 2.13), no podemos imaginar que la elección de palabras sea algo sin importancia. Un mensaje preciso sólo puede comunicarse con un lenguaje preciso. No; lo que Pablo está enfatizando es que el objeto de nuestra confianza en la proclamación de la palabra no es la fuerza de nuestra personalidad o argumento (no importa cuánto discutamos y argumentemos correctamente con nuestros oyentes), sino el poder del Espíritu Santo.

Se dice que Charles Haddon Spurgeon, maravillosamente dotado por Dios como predicador poderoso, solía decirse a sí mismo cuando subía las escaleras de su elevado púlpito: «Creo en el Espíritu Santo, creo en el Espíritu Santo, creo en el Espíritu Santo.» Spurgeon escribió también: «El evangelio es predicado a todos, pero sólo llega con poder a algunos. El poder que hay en el evangelio no radica en la elocuencia del predicador; si fuera así los hombres serían convertidores de almas. Tampoco radica en la erudición del predicador; si fuera así, estaría basado en la sabiduría humana. Podemos predicar hasta secarnos la lengua, hasta agotarnos; pero jamás se

convertirá una sola alma a menos que haya un poder misterioso en ella: el Espíritu Santo, que cambia la voluntad del hombre. Oh, señores, predicar a la humanidad es como predicar a las paredes a menos que el Espíritu Santo esté con la Palabra para darle poder a fin de convertir a las almas.»

Las tres proposiciones que hemos sacado del principio de 1 Corintios indican que la fuente de poder en la predicación es trinitaria. *Dynamis Theoü*, el poder divino para salvar, está en la Palabra de Dios concerniente a la cruz de Cristo cuando es mostrada o confirmada por el Espíritu Santo. Es decir, el origen, la esencia y la comunicación del mensaje son igualmente divinos. El predicador no está facultado para alterar el contenido o el estilo de su predicación. Se le manda que proclame el *kērygma* de Dios, que es Cristo crucificado, con el poder del Espíritu Santo. Tan insensato es si intenta predicar su propio mensaje con poder divino como si predica el mensaje de Dios con poder humano. Su estilo debe conformarse a su contenido; debe dar la Palabra de Dios de la manera que Dios quiere.

Debería quedar clara, a la luz de lo expuesto, la diferencia que hay entre la predicación cristiana y una propaganda secular. Son completamente diferentes. No digo que no pueda existir una propaganda o publicidad cristiana; estoy empleando aquí el término «propaganda» de modo amplio para referirme al uso creciente de los medios modernos de comunicación en los que los medios justifican el fin. La incompatibilidad de tales métodos con una verdadera predicación cristiana puede verse en las tres esferas que hemos estado considerando, a saber: el origen y la sustancia del mensaje, y el estilo empleado para comunicarlo. En primer lugar, el propagandista puede suprimir, distorsionar o embellecer la verdad; mientras que el predicador se entrega a proclamar fielmente la palabra que le ha sido confiada. En segundo lugar, el propagandista aspira a complacer, a atraer, a adular y a ganar popularidad, en tanto que el predicador se entrega a predicar el mensaje de Cristo crucificado sabiendo que hiere el orgullo, y es piedra de tropiezo para unos y locura para otros. En tercer lugar, el propagandista confía en hábiles técnicas psicológicas, pretendiendo

convencer y convertir mediante la presión, el humor, la emoción, el engaño, la lógica, la repetición o la adulación, mientras que el predicador se entrega a proclamar un mensaje sencillo, sin sutilezas, basándose únicamente en el poder invisible del Espíritu Santo.

### Santidad y humildad

Hay una última pregunta que debemos contestar: ¿en qué condiciones puede el predicador convertirse en vehículo de este poder divino? Ya hemos visto que hemos de ser fieles al manejar la Palabra de Dios, exponiendo las Escrituras y predicando la cruz, porque hay poder en la Palabra de Dios y en la cruz de Cristo. Pero, ¿cómo podemos llegar a ser canales del poder del Espíritu Santo? ¿Cómo se puede cumplir la promesa de Jesús que de nuestro interior brotarán «ríos de agua viva» hacia la vida de otros (ver Jn. 7.38-39)? Creo que hay dos condiciones esenciales: santidad y humildad.

No vamos a dedicar mucho tiempo a la necesidad de la santidad, por cuanto ya nos hemos referido a ella en varias ocasiones en estos capítulos, y Pablo no la menciona en el pasaje que estamos estudiando ahora. Baste decir que si alguno anhela el honor de ser «utensilio para uso noble, santificado y útil para su Dueño, y dispuesto para toda obra buena», entonces debe tener cuidado en «mantenerse limpio de todo lo malo» (2 Ti. 2.21 VP). El Santo de Israel solamente emplea los vasos santos. Tenemos que tener presentes las memorables palabras escritas por Robert Murray M'Cheyne al Reverendo Dan Edwards el 2 de octubre de 1840, después de su ordenación como misionero a los judíos: «Espero que pases un tiempo agradable y provechoso en Alemania. Sé que vas a dedicarte mucho al estudio del alemán; pero no olvides la cultura del hombre interior, la del corazón. Con qué diligencia el oficial de caballería tiene siempre el sable limpio y afilado; quita las manchas con un cuidado extraordinario. Recuerda que tú eres espada de Dios, su instrumento. A él le encomiendo un vaso escogido para que testifique de su nombre. En gran parte el éxito será proporcional a la pureza y perfección del instrumento. No

es tanto a los grandes talentos que Dios bendice, como a aquellos cuya vida es verdaderamente cristocéntrica. Un ministro santo es un arma muy poderosa en la mano de Dios.»<sup>5</sup>

La segunda condición indispensable para disfrutar el poder del Espíritu Santo en la predicación es la humildad, y aquí el apóstol Pablo pone su énfasis. Es inequívoca la enseñanza de que el poder de Dios se revela a través de la debilidad humana, y su sabiduría, a través de la locura humana. Es un principio de actividad divina, que el apóstol ve ilustrado tanto en la conversión de sus lectores como en su propio ministerio; Dios había escogido lo débil y lo necio para demostrar que la salvación de los corintios se debía únicamente a su divino poder y sabiduría. Igualmente, mediante la debilidad y la locura de la predicación de Pablo se daban a conocer la sabiduría y el poder de Dios. Sabiendo que él no podía ganar a los hombres por su propia sabiduría, Pablo renunciaba expresamente a ella y en su lugar practicaba la locura del kērygma (v. 21). Sabiendo también que los hombres no podían salvarse por su propio poder de oratoria, expresamente renunció también a esto y fue a Corinto «con debilidad, y mucho temor y temblor» (v. 3). Repito que esto lo hacía deliberadamente. Se humillaba delante de Dios y de la gente. Provisto de una gran capacidad intelectual y dotado para impartir sabiduría a los que habían alcanzado madurez (1 Co. 2.6), se propuso «no saber cosa alguna» entre los inconversos «sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (v. 2). Deseaba ser insensato «por causa de Cristo» (1 Co. 4.10 CI), para que la sabiduría de Dios fuera engrandecida. De manera similar, no confió en su personalidad o en su oratoria, sino que estuvo con ellos «con debilidad» (v. 3), a fin de que el poder de Dios se manifestase en Cristo y por él. Fue a Corinto con un mensaje dado con debilidad. No debemos minimizar lo que el apóstol describe aquí. No exagera. Está describiendo la auténtica debilidad física que sufrió durante su primera visita a Corinto. Estaba asustado, se sentía tan nervioso que temblaba con temor. Sin embargo, no se resintió a causa de estos síntomas humillantes. Lejos de ello. Llegó a ver que, puesto que la debilidad humana era una condición necesaria

para recibir el poder divino, Dios a menudo mantiene a sus siervos físicamente débiles. «Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Co. 4.7). La tradición afirma que Pablo era pequeño de estatura y feo; la Escritura añade que tenía «una espina ... en la carne», la cual era casi con seguridad una dolencia física, fuese persecución o enfermedad. Al principio pidió a Dios encarecidamente que lo librara de ello, pero Cristo le reveló que su gracia le era suficiente, añadiendo: «Mi poder se perfecciona en la debilidad.» Una vez persuadido de esto, el apóstol pudo decir: «De buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo»; y añade: «porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co. 12.7-10 CI, RV).

No puedo dejar de preguntarme si éste es el motivo por el que hay tan pocos predicadores usados por Dios en nuestros días. Hay muchos predicadores populares, pero no muchos poderosos, que prediquen con el poder del Espíritu. ¿Acaso es porque el precio de esta predicación es demasiado alto? Parece que la única predicación que Dios estima, aquella en la que se expresan su sabiduría y poder, es la de aquel que está dispuesto a ser débil y necio. Dios no sólo escogió lo débil y lo necio como el objeto de su salvación, sino que los instrumentos para salvar son también predicadores débiles y necios, o al menos predicadores que admiten ser débiles y parecer necios a ojos del mundo. No siempre estamos dispuestos a pagar este precio. Nos vemos constantemente tentados a ambicionar una reputación como eruditos u hombres de influencia; a buscar el honor en círculos académicos y a comprometer nuestro mensaje anticuado para conseguirlo; y a cultivar el encanto y la fuerza personal para dominar a aquellos cuyo cuidado nos ha sido confiado.

Para resistir con firmeza estas tentaciones vamos a necesitar móviles poderosos. Es aquí donde se revelan las motivaciones del predicador. Si la ambición de nuestro corazón es nuestra propia gloria, continuaremos usando nuestro propio poder para predicar nuestra propia sabiduría. Pero si verdaderamente nos preocupa el bien de los hombres

y la gloria de Dios, no dudaremos en sacrificar nuestra reputación de sabiduría y poder.

Esta era la posición del apóstol Pablo. Les dice a los corintios que ha desechado deliberadamente la sabiduría del mundo y la fuerza de su propia oratoria, «para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (v. 5). Los corintios han tenido la inclinación a poner su fe en líderes humanos (1 Co. 1.12-15), pero Pablo no lo aprueba. No puede soportar el pensamiento de que pongan su confianza en él. Él no es el objeto adecuado de la fe de ellos. Si tuviesen que poner su confianza en la sabiduría y poder de Pablo, estarían construyendo su casa sobre la arena. No hay ningún cimiento sólido sobre el que los hombres construyan con seguridad excepto Dios. Así que por el bien espiritual de los corintios mismos, Pablo renuncia a la elocuencia y la sabiduría humana. ¿Qué es su reputación comparada con la felicidad eterna de los corintios? De buena gana se humilla por amor a ellos, predicando la locura del mensaje de Cristo crucificado con poder, no de sí mismo, a fin de que puedan encontrar la salvación en el Dios omnisciente y todopoderoso.

El segundo y gran motivo del apóstol, por el cual deja de lado su propia sabiduría y poder, es la gloria de Dios. El anhelo ferviente de su vida, tomando palabras de Pedro, es «que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo» (1 P. 4.11), y por ello la jactancia de los corintios hiere su espíritu. Luego continúa refiriéndose a esto. «Le mot l'obsède», comentó Renan. Pablo lo menciona ocho veces en esta epístola y cuatro en los primeros capítulos. Los corintios se jactan de sí mismos y de sus líderes humanos. Pero el apóstol no tiene nada que ver con esta jactancia. «Ninguno se gloríe en los hombres» (1 Co. 3.21), escribe. Los hombres no tienen de qué gloriarse, pues todo lo que poseen les ha sido dado. «Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Co. 4.7). Nadie puede salvarse a sí mismo y nadie puede salvar a otro. Dios es el único Salvador. Y Dios escoge deliberadamente lo débil y lo necio a fin de que nadie se jacte en su presencia (1 Co. 1.29). Por la misma razón, Pablo, quien no quiere usurpar la gloria de Dios, desea ser necio y débil, a fin de que *el que se gloría, gloríese en el Señor* (1 Co. 1.31). El poder de la salvación no está en los hombres, sean predicadores u oyentes. Está sólo en Dios, en la Palabra del Padre, en la muerte del Hijo y en el testimonio del Espíritu Santo. Así que humíllense el predicador y la congregación, deseando ser despreciados como débiles y necios, para que toda la sabiduría y el poder de la salvación sean atribuidos a quien pertenecen, es decir, a las tres personas gloriosas de la Trinidad.

Retrocedemos, por último, a la frase con la que empezamos. «¿Qué son los predicadores cristianos?», pregunta Pablo. Son sólo «servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor»; es decir, agentes mediante los cuales Dios ha obrado para despertar la fe de ellos. Siendo así, no se debe la gloria al agente por medio del cual se hace el trabajo, sino al Señor, quien realiza la obra por su propio poder.

Concluyo con unas palabras que se encuentran en la placa de una pared de St. Mary-at-Quay, Ipswich, en la Iglesia de Hatherleigh Parish, y facilitadas por el pastor Basi Gough de Oxford:

Al hablar de tu gratuita salvación, Que mi corazón y mi alma se concentren En absorbentes pensamientos sobre Ti; Y cuando los corazones se inclinen y se eleven Por la influencia de tu Palabra, Escóndeme detrás de tu cruz.

#### **Notas**

### Capítulo 1

- 1 K. H. Rengstorf, «Apostelship», Teologisches Wörterbuch zum Neuen Testament (1932/33), A. and C. Black, 1952.
- 2 *Ibíd.*, p. xii.
- 3 Ibíd., p. 26.
- 4 J. N. Gendelhuys, Supreme Autorithy, Marshall, Morgan and Scott, 1953.
- 5 *Ibid.*, pp. 53-54.
- 6 *Ibid.*, p. 54.
- 7 Rengstorf, op. cit., p. 43.
- 8 Op. cit., p. 74.
- 9 Op. cit., p. 44.
- 10 *Ibíd.*, p. 33.
- 11 Op. cit., p. 74.
- 12 Ibíd., pp. 59-60.
- 13 La expresión «falso apóstol» aparece sólo en 2 Co. 11.13 (cf. Ap. 2.2). Pablo se refiere a alguien que pretende ser apóstol de Cristo sin tener su autorización (Rengstorf, *op. cit.*, p. 67).
- 14 W. F. Arndt y F. W. Gingrich, A Greek English Lexicon of the New Testament and other Christian Literature, C.U.P., 1957.
- 15 Cf. Gn. 15.2. Pudo haber sido Eliezer, a quien fue confiada la tarea de buscar esposa para Isaac (Gn. 24).
- 16 David tenía oficiales que son descritos en 1 Crónicas 28.1 como mayordomos de toda la propiedad y ganado del rey y de sus hijos. Uno de los «funcionarios» de Salomón era Ahisar, quien servía como «mayordomo de palacio» (1 R. 4.6, VP).
- 17 Es nombrado en 2 R. 18.19 (cf. Is. 36.23) como «mayordomo de palacio».
- 18 Oikia era, estrictamente, la totalidad de la casa, y oikos un departamento de ella; pero ambas palabras se usaban para designar una casa o edificio donde vivía gente.
- 19 La palabra *oikiakos* aparece sólo en Mt. 10.25, 36, y ambas palabras *oikos* y *oikia* eran aplicadas a los habitantes así como al edificio, o sea, a la familia tanto como a la casa (véase *oikos* en Hch. 7.10; 10.2, y *oikia* en Jn. 4.53 y Fil. 4.22).
- 20 En Mt. 10.25 son distinguidos, en cambio, claramente el padre de la familia y la familia de la casa.
- 21 *Oiket &*s se encuentra cuatro veces en el Nuevo Testamento (Lc. 16 13; Hch. 10.7; Ro. 14.4 y 1 P. 2.18). Cf. *oiketeia*, en Mt. 24.45 como nombre colectivo para todos los criados.
- 22 Los nombres oikonomos (mayordomo) y oikonomia (mayordomía) se encuentran juntos con el verbo oikonomein, actuar como mayordomo, en la parábola del siervo injusto (Lc. 16.1-9). En griego moderno el verbo se ha desarrollado hasta tener el simple significado de «hacer arreglos», (Moulton y Milligan, The Vocabulary of the Greek New Testament, Eerdmans, Grand Rapids, 1985, p. 443) fijar transacciones, administrar o manejar alguna cosa.

- 23 El mayordomo injusto parece ser un hombre libre (Lc. 16.1-9); en cambio, los mayordomos de Mateo 24.45 y Lucas 12.42-43 son llamados siervos o esclavos.
- 24 El tabernáculo era la *oikos* de Dios (Mr. 2.26), y asimismo lo era el templo (Mr. 11.17). Pero ahora es la iglesia su templo (1 Co. 3.16; 6.19; Ef. 2.21-22); cf. He. 10.21.
- 25 Oikos (1 Ti. 3.15 y 1 P. 4.17; cf. He. 3.2-6) y oikeois (Gá. 6.10 y Ef. 2.19).
- 26 Cf. el empleo que hace Cristo de esta expresión en relación con el reino de Dios (Mt. 13.11).
- 27 P. ej., 1 Ts. 2.4 y sus referencias en la epístola a Timoteo a «el depósito». Véase más adelante.
- 28 Según el v. 11, el fundamento que ha de ser puesto está ya allí.
- 29 Cf. 1 Ti. 1.4 (nota de pie CI), donde las especulaciones humanas son contrastadas con «la administración de Dios».
- 30 Carta a Thomason, 1822.
- 31 J. S. Stewart, Heralds of God, Hodder and Stoughton, 1946, p. 210.
- 32 Ver R. E. Day, *The Shadow of the Broad Brim*, The Judson Press, 1934, p. 131.

#### Capítulo 2

- 1 C. Senft, «Preaching», Vocabulary of the Bible, J. -J. von Allmen, ed., Lutterworth, 1958.
- 2 «Preach», A Theological Word Book of the Bible, A. Richardson, ed., S.C.M., 1950.
- 3 J. S. Stewart, op. cit., p. 5.
- 4 R. H. Mounce, *The Essential Nature of the New Testament Preaching*, Eerdmans, Grand Rapids, 1960, p. 52.
- 5 *Op. cit.*, p. 5.
- 6 *Ibíd.*, p. 12.
- 7 *Ibíd.*, p. 13.
- 8 La predicación apostólica y sus desarrollos, , p. 7.
- 9 P. ej., Mt. 4.23 (enseñanza) = Mr. 1.39 y Lc. 4.44 (predicación); y Mr. 1.21, 22, 27 (enseñanza) = 1.38 (predicación).
- 10 Op. cit., p. 42.
- 11 *Ibíd.*, pp. 42-43.
- 12 Dodd, op. cit., p. 24.
- 13 Mounce, *op. cit.*, p. 61.
- 14 *Ibíd.*, p. 64.
- 15 *Ibíd.*, p. 77.
- 16 *Ibíd.*, p. 84.
- 17 *Ibíd.*, p. 110.
- 18 *Ibid.*, p. 88. En su capítulo 6, titulado «Clues to a pre-pauline *Kerygma*» (pp. 88-109), analiza especialmente 1 Co. 15.3ss; Ro. 10.9; 1.3-4; 4.24-25; 1 Co. 11.23ss.; Fil. 2.6-11.
- 19 Mounce, op. cit., p. 78.
- 20 *Ibíd.*, pp. 90-91.
- 21 William Carus, Memoirs of the Life of the Rev. Charles Simeon, Hatchard, Londres, 1847, p. 28.
- 22 Cf. la relación entre nuestras palabras «embajada» y «legación».

- 23 *Presbeutes* en 1 Macabeos 13.21; 14.21-22, y *presbeus* en 1 Macabeos 9.70; 11.9 y 13.14.
- 24 P. T. Forsyth, The Work of Christ, Hodder and Stoughton, 1910, p. 89.
- 25 Ibíd., p. 86.
- 26 J. Denney, The Death of Christ, Tyndale, 1951, p. 85.
- 27 La relación, en el pensamiento y enseñanza apostólica, entre la impecabilidad de Cristo y su muerte por nuestros pecados puede ser vista también en He. 7.26-27; 1 P. 1.18-19; 2.22, 24; 3.18 y 1 Jn. 3.5.
- 28 El Dr. León Morris, en el capítulo 6 de su libro *The Apostolic Preaching of the Cross* (Eerdmans, Grand Rapids, 1955), <u>arguye</u> que la idea de cambio es el significado básico de *allaso*, «reconciliar», y sus derivados. Da, a propósito, ejemplos rabínicos, una referencia de Josefo y tres de 2 Macabeos, en los cuales se dice que Dios ha de ser reconciliado con el hombre.
- 29 Expositor's Greek Testament, ad loc.
- 30 Op. cit., p. 86.
- 31 En cuanto al mismo incentivo en sufrir, más bien que en servir, ver Hch. 5.41 y Fil. 1.29.
- 32 Grimm y Thayer, ad. loc.
- 33 Mounce, op. cit., p. 153.
- 34 *Ibíd.*, pp. 153-155, 159.
- 35 *Ibíd.*, p. 7.
- 36 *Ibíd.*, p. 153.
- 37 Ibíd., p. 18.
- 38 *Ibíd.*, p. 155.
- 39 Ver Hch. 13.12 y 17.19, donde la predicación del evangelio es llamada didaje, y (p. ej.) 5.42; 28.31, donde «predicación» y «enseñanza» no pueden significar simplemente enseñanza a los convertidos y predicación a los inconversos.
- 40 J. G. Machen, *Christian Faith in the Modern World*, Hodder and Stoughton, 1936, p. 70.
- 41 R. Baxter, The Reformed Pastor, Epworth, 2a. ed. revisada, 1950, pp. 105-106.

#### Capítulo 3

- 1 Ver en Jn. 7.17 el contraste entre *ek tou Theo* (de Dios) y *ap' emautou* (de mí mismo).
- 2 J. S. Stewart, op. cit., p. 61.
- 3 Respecto al testimonio interior del Espíritu en el creyente, que es otro tema, ver Ro. 8.16 y 1 Jn. 5.10.
- 4 Respecto al uso de piedras en vez de personas como testigos de un pacto, cf. Gn. 31.43-50 y Jos. 24.22, 25.
- 5 Otros ejemplos son Jue. 11.10; 1 S. 12.5; Job 16.19; Jer. 42.5; Mi. 1.2 y Mal. 2.14 y 3.5.
- 6 S. de Diètrich, «Witness», J. -J. von Allmen, op. cit.
- 7 El pecado de dejar de testificar cuando una persona ha sido testigo de un hecho se condena en Lv. 5.1.
- 8 Ver, sin embargo, Lc. 4.22, en cuanto al testimonio de lo que ha sido *oído*; Jn. 2.25; Hch. 15.8 y 25.6, en cuanto al testimonio de lo que ha sido

- conocido; y 3 Jn. 3.6, en cuanto al testimonio de una experiencia general de una persona.
- 9 Ver 3.32, así como 1 Ti. 6.12-13 y Ap. 1.5; 3.14, donde se mencionan la «buena confesión» y el «fiel testimonio» de Jesús.
- 10 En cuanto a otras referencias a «falsos testigos», ver Sal. 27.12; 35.11; Pr. 12.17; 19.5, 9; 24.28; 25.18; Mr. 14.55-63 y Hch. 6.13 y 7.58.
- 10 Pablo da un ejemplo hipotético de esto en 1 Co. 15.15, donde dice que si Cristo no ha resucitado, los apóstoles son falsos testigos de Dios, puesto que han testificado coherentemente de su resurrección.
- 12 Catherine Marshall, A Man Called Peter, Peter Davies, 1952, p. 43.

#### Capítulo 4

- 1 P. Brooks, Eight Lectures on Preaching, H. R. Allenson, 1895, p. 77.
- 2 Ver, en cuanto a Timoteo, 1 Co. 4.17; 1 Ti. 1.2; 2 Ti. 1.2; 2.1. En cuanto a Tito, Tit. 1.4. También la referencia de Pedro en cuanto a Marcos en 1 P. 5.13 y la referencia de Juan a sus «hijitos» a lo largo de toda su primera epístola.
- 3 Cf. el argumento de Pablo en Gá. 3.23-4.7, donde la ley es llamada nuestro *paidog* Çgos para llevarnos a Cristo.
- 4 The New Testament Letters, O.U.P., 1944, ad loc.
- 5 Marshall, op. cit., p. 244.
- 6 J. H. Jowett, The Preacher, p. 107.
- 7 J. C. Ryle, *The Christian Leaders of England in the Last Century*, Chas. S. Thynne Popular Edition, 1902, pp. 24-25.
- 8 Ibíd., p. 25.
- 9 *Ibíd.*, p. 52.
- 10 *Ibíd.*, p. 89.
- 11 *Ibíd.*, p. 116.
- 12 Citado por F. Calquhoun en *Harringay Story*, Hodder and Stoughton, 1954, p. 190.
- 13 Obispo J. C. Ryle, *Light from Old Times*, Thynne and Jarvis, 1890, quinta edición, p. 407.
- 14 C. E. Padwick, Henry Martin, I.V.F., 1953, p. 37.
- 15 Citado por David Smith en *Expositor's Greek Testament* (Hodder and Stoughton, 1910) con referencia a 2 Jn. 12.
- 16 Chad Walsh, Campus Gods on Trial, 1953, p. 95.
- 17 Obispo J. C. Ryle, The Christian Leaders, p. 55.
- 18 R. Baxter, op. cit., pp. 145, 106.
- 19 *Ibíd.*, p. 162.
- 20 *Ibíd.*, p. 137.

#### Capítulo 5

- 1 P. Brooks, op. cit., p. 112.
- 2 Idem.
- 3 Las palabras citadas en este capítulo que se toman de 1 Co. 1.17-2.5 aparecen en itálica para que la exposición fluya con más claridad.
- 4 Contra Celsum 4.7.
- 5 Andrew A. Bonar, Memoir and Remains of the Rev. R. Murray M'Cheyne, Oliphants, 1892, p. 282.